This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

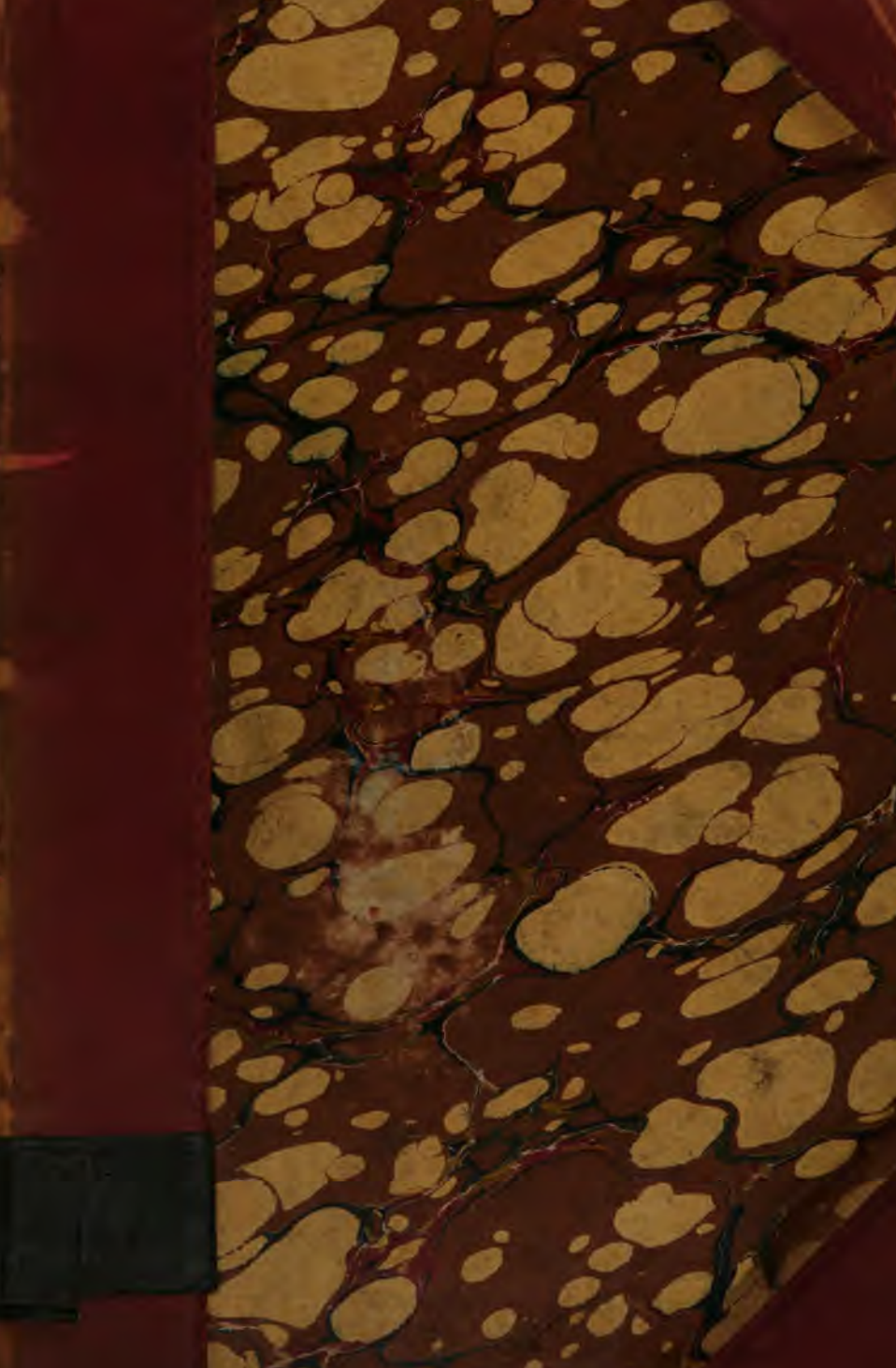
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



27A dd 35
Peru V A. 24.

~~SAE 2 FAL 75/2~~
Vet. Span. III B. 447

PERU

TRADICIONES

POR

Ricardo Palma.

LIMA
IMPRENTA LIBERAL DE "EL CORREO DEL PERÚ."
ESCRITORIO, CALLE DE ESPADEROS, Nº 196.
1874

THE TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
23 NOV. 1937
OF OXFORD

Juicio, en nuestro concepto decisivo á la par que muy favorable, ha expresado ya el criterio literario de la América que habla el idioma castellano, en cuanto al mérito relevante de las *Tradiciones* de Ricardo Palma, cuyo segundo tomo aparece hoy.

Rara será, en efecto, entre esas *Tradiciones* la que, una vez publicada por los periódicos de esta capital, no haya sido reproducida, en el término de la distancia, por cuantas hojas literarias ó puramente políticas, sirven de órgano de expresion al activo pensamiento de estas sociedades. En Méjico como en Colombia, en Venezuela como en el Plata, en Chile, en Bolivia, en el Ecuador, en los Estados Centro Americanos y aun fuera de los lindes jurisdiccionales de la hermosa lengua de Cervantes, en donde esta se habla y se escribe escepcionalmente; en todas las dichas partes hemos tenido el gusto de ver reproducidas, con tácito ó expreso elogio, las *Tradiciones* de Palma, copias felicísimas de nuestro pasado social y político, trazadas con firme mano, y empleándose material, forma y método nuevos y de singular atractivo.

Tan dilatada resonancia, solo la obtienen en nuestros

dias las composiciones literarias de indisputable mérito, aquellas en que su autor, tratando temas de general interes y trascendencia, ha sabido agregar á tan valiosa circunstancia, la limpieza y originalidad del estilo, el vigor y la verdad del concepto y la ingenua intencion de contribuir con los frutos de su inteligencia al brillo de su época y al adelanto de la sociedad en que vive. De modo que, si este libro necesitara de algun género de recomendacion para su lectura, respecto de los que no lo conocen, ó para su especial aprecio y conservacion en las bibliotecas, de parte de los que ya han leido algunas de sus páginas, bastaria recordar á unos y otros, que él es apenas la material representacion de un voto unánime, conforme al cual las *Tradiciones* de Palma, merecen vivir una vida menos breve, que la que alcanzan las diarias producciones del periodismo, en cuyas columnas corren impresas.

El autor de estas líneas tampoco se propone al escribir las, que ellas alcancen á ser lo que ordinariamente se llama un juicio, ya fuese él de severa crítica ó puramente apologético. Sin las peculiares aptitudes para ejercer aquella crítica amable y delicada que como la abeja convierte en miel el polvo de las flores, sabe desdeñar, sin embargo, la que se limita á la fácil tarea de censurar los defectos de una obra, suprimiendo al mismo tiempo, por incapacidad para admirar ó por bajeza de espíritu, la contemplacion de sus bellezas; y así, falto de fuerzas para lo primero ó de voluntad para lo último, prefiere seguir, hasta donde le sea posible, la regla de Aristóteles, conforme á la cual en las producciones literarias de indisputable mérito, el que las lea y quiera juzgarlas con acierto, debe esforzarse por hallar razones para excusar los defectos, exaltando lo mucho que ellas tienen de bueno. Lo que equivale á juzgar con el espíritu las obras del espíritu.

No es de esta oportunidad el averiguar si la América que hasta ayer fué colonia española, tiene ya ó aún carece de espíritu literario, y en caso afirmativo, cuáles son las obras que ese espíritu expresan y cuáles tambien su

carácter y tendencias. Al entrar en semejante cuestion, correriamos riesgo de pecar con algunos por generoso optimismo, ó con otros por insultante desden, y al huir de uno y otro extremo, forzosamente terminariamos por dejar sin resolver el mismo punto que fuera tema de nuestro esclarecimiento. Las letras son como ya se ha dicho, el lujo de las sociedades avanzadas, y una literatura noble, ingeniosa, fruto espontáneo de nuestra civilizacion y nuestro clima, presupone elementos tan apreciables y valiosos, que no sabemos hasta que punto con negar ó con sostener que sea uu hecho no mas el brote de semejante literatura, exagerariamos la realidad de nuestro atraso, ó amplificariamos con artificio, el innegable progreso quo en ciertos caminos y para determinadas materias hemos alcanzado y que es segura prenda de un mayor adelantamiento.

Dejamos, pues, en tela de juicio la existencia ó siquiera la acertada iniciacion de una literatura verdaderamente americana, con el habla de Cervantes por instrumento y el peculiarismo de nuestra civilizacion republicana y democrática, como principal orígen de sus inspiraciones y aun de su estímulo, para sentar de uua manera resuelta, como una verdad evidente, que si esa literatura está aún por formarse, sóbranle sinembargo, elementos en cuanto á la índole y alcance de nuestros ingenios, temas fecundísimos en nuestra propia historia, y resonancia y porvenir gloriosos; puesto que no es teatro exíguo ni sin vastos horizontes aquel en que hablan y escriben el idioma español treinta millones de individuos, que á su turno son escuchados por los diez y ocho que pueblan la Península. Aparte de que esta copiosísima emigracion que hallando estrecho ya é ingrato el suelo del antiguo mundo, viene año tras año, á hacerse ciudadana en América, ha de aceptar nuestro idioma, hablándolo y escribiéndolo á la par con sus nuevos compatriotas.

Inspiracion que se enciende á los rayos de nuestro sol, y se refresca bañándose por decirlo así en la verdura de

nuestros valles, historia con tradiciones de todo género, presente en generosa lucha regeneradora, porvenir con magníficas esperanzas; y por instrumento una lengua sin rival en cuanto á riqueza y magestad ¿de qué mas hemos menester, para la formacion de una literatura eminentemente americana, que no desdiga ni del soberbio espectáculo de nuestra naturaleza física, ni del ideal cristiano de los principios bajo cuya proteccion constituimos nuestras sociedades?

La vida de nuestro continente, considerada como material histórico ó fuente de literaria inspiracion, se divide naturalmente en tres períodos, cada uno de por sí interesante y todos armónicos.

El primero, que llamaremos pre-cristiano, abarca el hasta hoy poco ménos que ignorado arranque y desenvolvimiento de las civilizaciones indianas, cuyas tradiciones aunque veladas por el humo ú oscurecidas por la sangre que derramó una conquista devastadora, ó abandonadas en su parte sobreviviente y clara á la incuria de los tiempos, convidan, sin embargo, á fin de rehacer la historia y crear el poema verdaderamente indígenas, ya á las imaginaciones melancólicas, cuya musa es el pasado, como á los gustos arqueológicos é investigadores, que recomponen un cuerpo, adivinando la filosofía del conjunto por la de algunas de sus partes, ó á los que se limiten á describir lo que al traves de las edades, ha logrado perpetuar su existencia.

No son pocos los escritores hispano-americanos, que han explotado los filones de oro de tan rica veta, creando algunos de ellos obras de indisputable mérito. Así en Méjico como en las Repúblicas del Plata, se han hecho felices ensayos de ese género, habiendo merecido preferencia especial las formas de la tragedia y del drama, sobre las de la novela.

El colombiano José Fernández Madrid, poeta de dulcísimas y correctas inspiraciones, enalteció en la escena trágica el brioso y tesonero carácter de Guatimozin, últi-

mo de los emperadores Aztecas. Caicedo Rojas, ha tegido preciosísimas telas, con los escasos hilos de la historia del imperio muisca, que la espada del conquistador respetó ó no pudo cortar. Pérez (Felipe) marchando paralelamente en sus varios romances con el historiador Prescott, ha revestido de muy bellas formas y engalanado con las flores de la imaginacion la historia de la guerra civil entre Atahualpa y Huascar, y la de cada una de sus decisivas consecuencias, hasta hacernos asistir en «Jilma ó los Pizarros» á la caida y muerte de Gonzalo, el último de los de esa familia famosa, y á la de su Nestor, el terrible Carbajal. El ilustre venezolano Toro, daba tregua á sus labores de consumado diplómata y luchador político, pulsando con maestra mano su lira de poeta, para cantar con ella el genio de las ruinas en las antigüedades americanas, que contempló atentamente.

«En torno de este santuario,
Veloz el tiempo acarrea
Cada siglo en su librea,
Cada pueblo en su sudario;
Y van allí á reposar
Como en vasto cementerio,
Sobre el polvo de un imperio
Las cenizas de un hogar.»

En las letras brasileras, el *Caramurú* de Santa Rita Durao, así como el *Guarani* del autor de las *Minas de plata*, la *Yracema* de Alencar, y otras obras literarias no ménos leidas y celebradas que las que citamos, son romances y poemas verdaderamente indígenas en los que la vida salvaje ó poco ménos de los antiguos habitadores de este suelo, constituye el fondo de cada cuadro y los colores de la pintura son tan enérgicos y jugosos, como los del césped en el tupido bosque, la sombra de los árboles, el azul del cielo y el centellear de las estrellas en la naturaleza de aquella magnífica zona.

La anterior breve enumeracion de algunos de los trabajos literarios que se refieren al período indiano de nuestra América, y á las leyes, caracteres, costumbres y peripecias de sus sociedades, prueba que él, aunque desconocido casi y muy difícil de escudriñar, ha inspirado no obstante, suficiente interes, tanto á las imaginaciones que gustan de embeberse y meditar con el pasado de los pueblos, como á las inteligencias que prefieren estudiar al hombre y analizar sus pasiones, en la época en que el uno es mas sincero por mas natural, y las otras mas vivas é impetuosas.

Muere apénas Colon, poco ménos que ignorante de la grandeza y novedad de su descubrimiento, cuando principia sobre las huellas de su virtud y de su ingénio el período de la conquista y colonizacion, lleno de proezas inauditas y horribles escándalos, de tenacidad sin ejemplo anterior, de pujanza sobre todo, unas veces producida por nobilísimos sentimientos que dignifican á la humanidad aun en medio de los extravios que engendra su exageracion, y las mas por insaciable codicia de riquezas, y sed de dominacion y vasallaje.

Acababa de salir España de aquel estado bárbaro á que redujo á la Europa entera la lucha de los reyes, de los nobles, del clero y de las comunidades; y aunque tenia artes y ciencia y literatura, debajo de su gloria, entónces mas que nunca excelsa, se escondian apénas las tradiciones del feudalismo, alma de las costumbres, y sobre ellas estaba como estampada la indómita fiereza que engendra el hábito de las violencias. Acerbos los caracteres, en tinieblas el mayor número de las inteligencias, la miseria dominando como fruto de las grandes heredades constituidas en provecho exclusivo de los nobles y los sacerdotes, corrompida la doctrina religiosa, entre otras causas, por la reciente introduccion del Santo Oficio, bien se explica que, con tales elementos, la conquista de América, hecha en nombre de la religion, tuviese por móvil principal la codicia, que fuesen instrumentos suyos la ig-

norancia, el engaño y la violencia, y el mas inmediato de sus resultados, el exterminio, ó poco ménos de las sencillas numerosas gentes, que divididas en naciones y parcialidades, poblaban entónces y gozaban la tierra del que se llamó Nuevo Mundo, obedeciendo todas á la ley natural, no tan oscurecida como lo supusieron los primeros que levantaron en alto la enseña de la Cruz.

Afortunadamente no duró por mucho tiempo el desarrollo en América de la trasplantada feudalidad europea, pues que, viviendo aun los principales héroes y personajes de la conquista, la corona de ambas Castillas y la de Aragon, ceñidas ya á las sienes de un solo soberano, principiaron á dictar providencias á propósito para levantar tambien aquí, en este vírgen suelo, las mismas barreras que allá habian contenido á los señores feudales, fortaleciendo por una parte la autoridad real é iniciando por otra la de los pueblos recien formados con hombres libres, por la creacion de ayuntamientos ó cabildos. Así, poco fué en efecto, y relativamente hablando, el tiempo de que dispusieron los paladines de la conquista para porfiar sus ambiciones, degollándose los unos á los otros con militar desenfado, en el Perú, en Méjico y en Venezuela, ó para proscribirse leguleyamente como en el interior del Nuevo Reino de Granada; pues la autoridad real, que á poco sacudió todo freno en la misma España, se enseñoreó con habilidad y energia de las nuevas colonias, y de ese enseñoreamiento y del papel que la Iglesia cristiana desempeñó, en lo general con celo, de medianera entre el conquistador y el conquistado, fué surgiendo lentamente la sociedad colonial; mezcla al comienzo, indefinible y extraña, luego providencial, de todas las razas, y gobernada con un sistema cuya aparente dulzura era mas bien el fruto de la sumision sin reserva del colono, que de la benignidad del amo; sociedad que con una civilizacion imperfecta, prácticas supersticiosas, predominio clerical y costumbres semi-bárbaras, mezclaba sinembargo á su vida, colores y matices, que la hacian poética y novelesca. Es el

hecho, que para fines del pasado siglo, ostentábanse fuertes los caracteres que en ella descollaban, la imaginacion creadora, desasosegada la existencia, como de gentes que entreveian mucho y aspiraban á gozarlo, superabundante la sávia de la vida, y por último, que las almas principiaban á llenarse con la grande ambicion, con la ambicion política, que hasta entónces les habia sido poco ménos que ignorada.

Durante los albores de semejante período de madurez, los colonos se lanzaron á consumar la revolucion de su independencia, llevando á la lucha aquella nativa constancia española, con la cual, dice el ilustre Bello, «los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica, fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia jóven, que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua, en la defensa de sus hogares.»

Si no los pueblos todos de la América, sus gentes mas ilustradas y enardecidas por la ambicion, lanzáronse entusiastas en pos de la libertad, esta musa de todos los tiempos, que habia de prepararles la misma embriaguez y los mismos goces, pero tambien las mismas decepciones y caidas, que la mujer primeramente amada, al fogoso é inexperto corazon de la juventud. Brotó entónces el canto del patriotismo revolucionario; la epopeya escrita acompañó acordadamente al cañon en los campos de guerra en que, vencedores nuestros padres, creaban un mundo; y el idioma general de la poesia fué la natural expresion de las luces y de los prodigios que aparecian sobre la faz de la América.

Vendrá luego la tranquila luz del pensamiento á alumbrar el incendio que atiza la pasion, y esta declinará no poco. A la heroicidad de la Oda, sustituirá el canto reflexivo de la melancolía que es «mas que la gravedad y ménos que la tristeza.» El entusiasmo impetuoso cederá el puesto á la meditacion y al exámen; y no tratándose ya de destruir sino de reedificar, el huracan revoluciona-

rio irá apagando lentamente sus voces y con la cadencia de un trabajo que se siente seguro del porvenir y reconciliado con el pasado, la poesia razonadora, la novela social y de costumbres y la historia con todas sus severidades, serán el objeto de las imaginaciones creadoras y de las inteligencias investigadoras y estudiosas.

Hé aquí dos periodos de mayor interes y mas fecundos como fuente de literaria inspiracion, que el primero puramente indígena. Por desgracia, la musa americana y el buril de nuestros historiadores apénas han tocado el de la formacion de la sociedad colonial, desdeñosos los unos y pagando su parte de tributo al maldecir de la pasion en ciertos casos, á la ignorancia en los mas; airados otros todavia, cual si dañase á la justicia de nuestra emancipacion, el hacérsela en cuanto lo merecen á los que fueron nuestros tutores. El hecho es que nada ó muy poco se ha escudriñado con verdadero criterio, de ese interesante período de nuestra vida, de manera que hasta el dia, y salvo rarísimas excepciones, sobre la colonia y sobre su sistema no han escrito sino los españoles para enaltecerlos, escarneciendo á los americanos con el título de ingratos, y estos para maldecirlos á su turno, renegando de todo su pasado, como si quien se emancipa por haber llegado á su mayor edad, necesitara de considerar con sistemático horror el dia de ayer, á fin de sentirse satisfecho del presente y seguro del porvenir. Procediendo de esta manera, y echando en olvido que ningun progreso es extraño á lo mismo que reemplaza, apénas hemos tenido cantos y recuerdos, miéntras llega la hora de los juicios reposados, para los héroes y las hazañas de nuestra emancipacion política.

El literato autor de la obra que hoy se completa, estableciendo respecto de aquel desvío una de las pocas excepciones que hemos mencionado, ha preferido ocuparse en averiguar lo que hicieron nuestros abuelos, conquistadores y colonos, y en pintarlos tales como los descubre su sagaz investigacion; y de semejante preferencia en sus

gustos y de sus particulares aptitudes, han surgido vivas y llenas de interes, las *Tradiciones*.

Mas antes de expresar la literaria simpatia que ellas nos inspiran y el deleite de que gozamos con su lectura, habrémos de observar que á Palma le aconteció al principio de sus trabajos con el tesoro de inspiracion sobre que acabamos de echar una ojeada y con su propio claro ingénio, lo mismo que á todos los hombres de talento de nuestra época, que han empuñado una pluma, procurando conquistarse un nombre en las letras. Tambien él hizo de su inteligencia y de su imaginacion, un instrumento aéreo, y lo expuso á la aventura, al primer impulso, buscando solo que él despidiese sonidos, ya dulces ó poderosos.

Poeta y trovador amante, periodista político, crítico literario ó simple satirizante y zumbon de malas obras y de peores opiniones y personajes; de las prensas de Lima y Valparaiso habian salido multitud de producciones de su númen, que aunque con un mérito positivo y ganánciosas para su autor de buena fama, no reflejaban sin embargo, ni toda la fuerza, ni la típica originalidad de su talento, hasta que en hora feliz para él y para los que somos amigos de la literatura que se propone algun objeto, ocurrióle entrarse por los archivos del antiguo vireinato, consultar sus roñosos códices y empolvados expedientes, y dar nueva vida á las muchas interesantes tradiciones de nuestro pasado colonial.

Son varias y diversas las facultades perceptivas y creadoras del ingénio humano; pero, por fortuna, cada una de ellas tiene como ley de vida, en cuanto á lo que ha de promover su desenvolvimiento y aplicacion, la ley natural, que junta al iman con el acero. Embebido Palma en la contemplacion y estudio de los tiempos coloniales, los ménos atendidos, como queda dicho, por los escritores de América, y hallando en ellos tesoros que explotar con harto provecho, no solo de la bella literatura sino de la crítica social y de la política, dedicó su pluma á la ani-

macion literaria de cuantas tradiciones certifican ser verídicas los documentos de los archivos ó la popular version. Datan de la fecha del primer ensayo en ese género estos cuadros, llenos de originalidad en cuanto á la composicion, de magistral ligereza en el desempeño y realzados todos con riquísimo colorido; cuadros que bien podemos considerar como que constituyen la galeria de la colonia, porque en sus lienzos bulle y se agita el espíritu de aquellos tiempos. La gorguera de sus letrados, el casco y coraza de sus hombres de guerra, la toca de sus damas, el hábito de sus frailes, y el coselete de cuero de sus pecheros, se presentan ahí á nuestra vista, tan nítidos y graciosos, tan terriblemente frios ó prosaicamente reales como los de los personajes y gentes que los vistieron y á quienes el autor obliga á desfilar ante nosotros, haciéndolos hablar y obrar como ellos hablaron y obraron realmente, ó mejor dicho, como se los dictó su época. Podemos decir que en las escenas que Palma presenta y describe, hay ojivas; que se ven los chispazos del acero con tanta inquietud y vigor manejado en aquella época; que percibimos el contínuo murmurar y motejar del criollo encopetado á quien lastiman y humillan las prosperidades que alcanza el español advenedizo: en las calles mas escusadas de nuestras antiguas ciudades, que no alumbraba ninguna luz, parécenos ver las sombras rápidas y como recelosas, de los que entónces amaban con un amor que se empeñaba en todo genero de sacrificios, ó del vicioso por aventura, que se encaminaba al garito. Aquí la graciosa niña que suspira tras la celosía, allá en el balcon la dama que deja caer al paso de un embozado una flor, un billete perfumado. Todo en misterio, todo arrostrando peligros; los de la espada de la ley; la autoridad de la familia, el despotismo de esos tiempos, temerosos sobre todo del escándalo, las contradicciones de la conciencia, los terrores de la religion. Semejantes matices, los objetos que los ostentan, los personajes y el espíritu que á estos mueve, el fondo general de la época, mezcla de sombra y luz, en

que la segunda es mas viva porque aquella es mas negra y densa, hé ahí cuanto abarcan las tradiciones de Palma.

Porsupuesto que para rayar como ha rayado muy alto, en este género de escritos, ha necesitado el autor comprender mucho el espíritu de los tiempos coloniales, desentrañar su filosofía en los acontecimientos que narra, adivinar el color local, tarea que en tratándose de describir antiguallas, requiere estudio no poco y sobre todo intuicion; y finalmente hablar él y hacer hablar á sus interlocutores, un lenguaje que sin arcaismo en los vocablos, lo haga trascender no obstante en las ideas y en el tono general del escrito; pues nada choca mas con el gusto, que poner en boca de un contemporáneo de los Soliz y los Mendoza, los neologismos y galicismos ó simplemente los nuevos giros que en el lenguaje ha introducido nuestra época, así como un héroe de esto que hoy se usa, indigestaria cuando ménos, si apareciera remedando enfáticamente á Luis de Granada ó al de Leon.

No negaremos que algunas de las *Tradiciones* hacen decaer el interes que otras han inspirado, ya en relacion con el hecho que es su tema, como por lo que respecta al estilo de su narracion y á la vivacidad de sus diálogos; pero en cambio muchas hay (y son el mayor número) en las que argumento, lenguaje, sátira y doctrina, nada dejan que desear. Entre estas últimas algunas alcanzan á ser páginas de verdadera y por tanto fecunda historia, ora por la autenticidad de los sucesos, cuanto por lo certero de su apreciacion y la exactitud de su crítica. Para hacer del famoso Carbajal un retrato de cuerpo entero, perfectamente parecido al original, hále bastado coordinar muchos y buenos datos históricos pacientemente recogidos, narrarlos con el color de aquellos tiempos, y dar al cuadro uno que otro tono característico: el personaje se desprende, por decirlo así, del lienzo, y su índole y la de su época, no ménos extraordinaria, están á la vista.

En las *Tradiciones* que este volúmen contiene, el narrador ha puesto mas cuidado que en las que forman la

primera série publicada en 1872, para lo que es fijar sóbriamente, pero con firmeza, el carácter de los vireyes y el de sus respectivos gobiernos; de manera que hará, hasta cierto punto, un buen curso de historia colonial peruana, quien quiera que solo crea entretenerse con deleite, leyendo la garrida prosa de nuestro coronista.

Hemos oido censurar, cual otros tantos defectos de las *Tradiciones*, su brevedad por algunos, y los frecuentes dejos del estilo en que están escritas, por otros.

En nuestra humilde opinion, lo primero, léjos de ser un lunar, es una circunstancia ó condicion muy propia del género que cultiva Palma; pues en él no se trata de desleir historia, sino de pintar los mas salientes relieves de un gran edificio, para lo cual es menester proceder al modo de ciertos coloristas, que con dos ó tres pinceladas ó toques felices, crean un cuadro lleno de vida y que avasalla la admiracion de cuantos lo contemplan.

En cuanto á peculiaridades de estilo, recuérdese que son tradiciones las que se narran y tradiciones eminentemente locales, por cuyo doble motivo, no solo es menester admitir, sino que es preciso encomiar cuanto en el lenguaje y sobre todo en las dialogaciones sepa á barrio ó contenga tecnicismo de clases y condiciones sociales. Cuando se copia, lo único que es permitido exijir es que el original comparezca decorosamente.

Concluimos estas líneas, cuyas dimensiones excusará nuestra índole mas admirativa que crítica, advirtiendo que si ellas aparecen al comienzo de este libro, campeando en él á manera de *prólogo*, en ello no hay osadía de nuestra parte, sino bondad, con peligro para nosotros, de la de su autor.

Supo él que nos ocupabamos en admirar por escrito sus bellos trabajos, y no solo nos pidió lo que teniamos borrajeado, sino que señaló para la aparicion ante el público de nuestros pobres pero sinceros juicios, este tan solemne sitio.

Quisimos saludar al paso al amigo y al literato, y él

nos puso á la grupa en el alado corcel de su merecida fama.

Lima, Mayo 25 de 1874.

RICARDO BECERRA.

CARTA-TONICO-BILIOSA.

A UNA AMIGA.

Espíritu de otros dias,
En nuevas ropas envuelto,
Mas que la imágen de un vivo
Soy la realidad de un muerto.
A. HURTADO.

Leyendo mis Tradiciones
Me dicen que te complaces.
Gracias! Gracias! Pues tal haces
A tí ván estos renglones.

Charlemos en puridad
Un momento:—oye con calma—
Dar quiero espansion al alma
En tu sincera amistad.

¿Temes que exhale en sombrías
Endechas el alma toda?
No! Ya pasaron de moda
Los threnos de Jeremías.

Eso quedo á los poetas,
Sándios, entecos, noveles,
Que andan poniendo en carteles
Sus angustias mas secretas;

Y todo ello en realidad
Es como el zumbar de un tábano,
Y de sus ayes un rábano
Se le dá á la humanidad.

¡Pues fuera grano de anís
Que, ostentando duelo y llanto,
En imitar diese á tanto
Poeta chisgaravís!

Arca santa el corazon
Sea de los sufrimientos:
Darlos á los cuatro vientos
Es una profanacion.

Tú sabes bien que el dolor,
Si es verdadero y profundo,
Há de esconderse ante el mundo
Con cierto noble rubor.

¡Tú, que la cruz arrastrando
Vás de un padecer tremendo,
Con los labios, sonriendo,
Con el corazon, llorando!

¿Por qué escribo estas leyendas?
¿Por qué de siglos difuntos
Dán á mi péñola asuntos
Las consejas estupendas?

La razon vóite á decir.
Es mi libro, bien mirado,
Lecciones que dá el pasado
Al presente y porvenir.

Vanidoso desahogo
Encontrará un zoilo en esto
Y murmurará indigesto:
—¿Quién lo ha hecho á usted pedagogo?

No se queme las pestañas
Descifrando mamotretos
Sobre tiempos y sujetos
Que alcanzó Mari-Castañas.

Deje usted seguir la gresca,
Que la humanidad bendita
Ya es bastante talludita
Y sabe lo que se pesca —

Razona así el egoismo
Del siglo razonador,
Y así vamos por vapor
Y en línea recta al abismo.

Fé y sapiencia nombres vanos,
Como ogaño, no éran antes;
Hoy, presumen de gigantes
Hasta los tristes enanos.

Hoy, ya no inspira entusiasmo
Lo sério sino el can-can,
Y en leal consorcio ván
La risa con el sarcasmo.

Hoy es el mercantilismo
La vida del pensamiento;
Es Dios el tanto por ciento
Y es su altar el egoismo.

Son nuestros tiempos fatales!
Por eso, por eso vivo
Hecho un ambulante archivo
De historias tradicionales.

Y á veces tanto, en verdad,
Me identifico con ellas
Que hallar en mí pienso huellas
De que viví en otra edad.

Y me digo, como cierto
Gran poeta, cuando escribo:
Si mas que imágen de un vivo
Seré realidad de un muerto?

El presente, á mi entender,
Con sus luces y progreso
Es muy prosáico...por eso
Pláceme mas el ayer.

No al cielo con álas de Icaró
Se alzaba la mediania
Que hasta el pícaro, á fé mia,
Era grandemente pícaro.

Y de que no siento error,
Sentando concepto tal,
Dá prueba testimonial
Lope de Aguirre el Traidor.

Dirán que no es lisongero
Estasiarse en el pasado;
Que es la empresa que he abarcado
Propia de sepulturero;

Que malgasto mis vigilias,
Restaurador de esqueletos,
Y á la estampa doy secretos
En mengua de las familias;

Que á los héroes desentierro
Y, en prosa de municion,
Los presento en un salon
Con guantelete de hierro.

¿Qué ha de ser sino un borrico,
Un animal de bellota,
Quien sin ton ni son esplota
Los siglos del rey Perico?

Dirán que no sin solapa,
Y con agravio de Dios,
Simpáticos hago á *Los*
Caballeros de la capa;

Que á vireyes del Perú
Del negro sepúlcro evoco,
Para respetarlos poco
Y tratarlos tú por tú;

Que con fines muy nefandos,
Calumniador de la historia,
Sombras echo en la memoria
Del ilustre *Pepe Bandos;*

Que tal vez estando obispo
Esas quimeras hilvano,
Pues que trato liso y llano
Al fraile y al arzobispo;

Que doy escándalo grave
Refiriendo el gatuperio
Que condujo á un monasterio
A la *Monja de la llave;*

Que no merece laurel
Sino palo, mucho palo,
Quien vé un dulce de regalo
En *Leonorcica Michel;*

Que allí descubro mi juego
Por la idea y la palabra;
Que al monte tira la cabra
Y debo ser mujeriego;

Que ha de arder en el infierno
Por inmoral cuanto he escrito,
Y que debe andar proscrito
En casa de buen gobierno;

Y añadirá la traidora
Chusma, que es pura invencion
La sublime abnegacion
De *Evangelina Zamora;*

Que si hay pensamiento bueno
Que merezca aplauso pío
En el librejo, no es mio
Sino del cercado ajeno;

Que al publicar un volúmen
Malo, hasta leido grátis,
He querido solo satis—
Facer mi frívolo númen;

Dirá la procacidad
Que soy un torpe avechucho
(Que importa al crítico mucho
Nuestra personalidad).

Y el insulto se conjuga
En perfecto é imperfecto.....
¿Hay un personal defecto?
Pues, señor! á la verruga!!!

Razon de la sinrazon
Es la personal diatriva.
¿Qué tiene que ver la jiba
Con los versos de Alarcon?

Que mentiras y verdades
Sobre tiempos que no he visto
Ensarto, dirán.....¡De Cristo
Dijeron barbaridades!

¿Qué mucho si me hace añicos
Un crítico y si me ultraja,
Siendo en la humana baraja
Yo de los triunfos mas chicos?

¿Y hay quien á escribir se atreve?
Por San Jorge! Amiga mia,
Pierde la pedanteria
A este siglo diezinueve.

A todos sopla la musa
De la vanidad y todos
Hoy, de vanidad beodos,
Nacemos con ciencia infusa.

La muchedumbre infatuada
No vé serena jamas
A los que, entre los demas,
Se elevan média pulgada.

Y en sanhedrin literario
Grita á aquel que sobresale:
—A ese! A ese! Dále! Dále!
Fuera el vil! Fuera el plagiario!

Apacígüese el belen!
Chico pleito, por Dios trino!
¿Es tan estrecho el camino
Que por él no quepan cien?

Y pues dí con el busilis
En la pregunta anterior,
Y en versos de arte menor
He desfogado mi bilis;

Y pues que no dejo acceso
Para el crítico nefasto,
Colocándome el emplasto
Antes que salga el divieso;

Basta de jaculatoria
Y sigamos: yo, escribiendo:
Tú, mis leyendas leyendo:
Y aquí paz y despues gloria.

RICARDO PALMA.

Lima, Mayo de 1874.

Imp. Lemercier & Cie, de Seine 57 Paris

R. PALMA

Imp. Lemercier & Cie, de Seine 57 Paris

R. PALMA

TRADICIONES.

LOS CONQUISTADORES.

SILUETAS HISTORICAS.

En lo creado hay cosas mas fuertes
las unas que las otras.
Las montañas.
El fierro que las allana.
El fuego que funde el fierro.
El agua que apaga el fuego.
La nube que absorve el agua.
El viento que arrastra la nube.
El hombre que desafia el viento.
La embriaguez que aturde al hombre.
El sueño que disipa la embriaguez.
La ambicion que quita el sueño.
La muerte que mata la ambicion.

MAHOMA.—El Koran.

Los hombres caracterizan las épocas. Por eso pensamos que una de las mejores formas de historiar la conquista y los crímenes que la acompañaron, es relatar la vida de algunos de los hombres que sobresalieron como tenientes.

Presentamos los hechos aislados y sin apreciaciones. Nuestra pluma es humilde para seguir la senda de Tácito y Macaulay.

En las pocas siluetas que hoy ofrecemos al lector, no aspiramos mas que á merecer el título de cronista verás y concienzudo.

I.

Pedro de Candia.

Cuando Francisco Pizarro se vió, en la isla del Gallo, abandonado por sus compañeros de aventura, solo trece hombres se resolvieron á permanecer con él y sufrir todas las penalidades anexas á lo desesperado de la situacion. Esos trece hombres eran almas verdaderamente heróicas. Llamábanse Nicolas de Rivera el Viejo, Bartolomé Ruiz, Juan de La Torre, Francisco de Cuellar, Alonso Briceño, Cristobal de Peralta, Alonso de Molina, Pedro Alcon, Domingo de Sorialuce, Antonio de Carrion, García de Jérez, Martin Paz y Pedro de Candia.

Tres de ellos debian morir sin ver realizada la conquista. Alonso de Molina se quedó en Tumbes, enamorado de una india, y fué asesinado por los naturales; Pedro Alcon murió loco y Martin Paz falleció en la Gorgona, víctima de la fiebre. Alonso de Molina es el héroe de una bellísima novela de Marmontel.

Luego que Pizarro, trascurridos muchos meses, recibió refuerzos y salvó de la crítica situacion en que se habia hallado en las islas del Gallo y de la Gorgona, se dirijió á Tumbes en cuyo puerto hizo desembarcar á Pedro de Candia en calidad de embajador. Todos los cronistas están unánimes en que Pedro, natural de la isla de Candia, en el archipiélago griego, era un mancebo de arrogantísimo porte. Se presentó en Tumbes ante los indios, armado de coraza y casco relucientes, espada, rodela y una cruz, y su sola figura ejerció una influencia mágica sobre los sencillos habitantes.

A propósito de su embajada, muchos historiadores refieren con gran seriedad la fábula siguiente:—Los habitantes de Tumbes aceptaron la amistad de los españoles convencidos de que eran seres divinos; pues habiéndole echado un tigre al embajador Pedro de Candia para que

lo devorase, éste amansó á la fiera presentándole la cruz que llevaba en la mano.

Despues de esta espedicion, Pizarro se dirigió á España para entenderse directamente con el emperador y alcanzar mercedes y facilidades para realizar la conquista. Su compañero de viaje fué Pedro de Candia, á quien la reina doña Juana acordó el uso del Don, declarándolo hidalgo, por mucho que en sus primeros años hubiera sido marinero y luego pirata. Ademas lo nombró regidor perpétuo de Tumbes y artillero mayor de Pizarro.

En la captura del inca Atahualpa, fué Pedro de Candia quien, disparando una pequeña pieza de artillería, dió la señal para que comenzase la matanza de los indios.

De notar es que de los trece héroes de la isla del Gallo solo se hallaron presentes en la empresa de Cajamarca Pedro de Candia y Alonso Briceño. Los demas habian reñido con su jefe y vuéltose á España ó quedado en Panamá, ménos Rivera el Viejo que estaba en Nicaragua desempeñando una comision del gobernador Pizarro.

Del rescate del inca le tocaron á Pedro de Candia cuatrocientos siete marcos de plata y nueve mil novecientas onzas de oro; y á Alonso Briceño trescientos sesenta y dos marcos de plata y ocho mil trescientas onzas de oro. Este tuvo el buen sentido de regresar á España á disfrutar de la fortuna tan rápidamente adquirida.

Ya que incidentalmente hemos hablado del rescate de Atahualpa, es oportuno consignar que lo repartido entre los ciento setenta audaces aventureros que apresaron al inca, subió á treinta y cinco mil cuatrocientos ochenta y seis marcos de plata y novecientas cincuenta y un mil novecientas treinta y dos onzas de oro. Asignando al marco de plata el valor de ocho soles y á la onza de oro el de diez y siete soles, tendremos un total de cerca de diez y seis millones y medio.

Ademas, la parte del emperador fué la litera de oro macizo sobre la que era conducido Atahualpa y cuyo precio se estimó en cuatro millones.

Quimérica pareceria tanta riqueza, acumulada en la prision de Cajamarca en reducido espacio de tiempo, si no existiera en forma el documento que comprueba la reparticion hecha del tesoro.

Despues de Francisco, Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro y de los capitanes Benalcázar y Hernando de Soto, fué Pedro de Candia el que alcanzó mayor suma del rescate.

Pizarro comisionó á Candia para que explorase el valle de Jauja, y mas tarde le dió igual encargo en las montañas. Pedro de Candia escaló los Andes con increible trabajo y, en algunos sitios, tuvo que hacer subir los caballos por medio de maromas y poniendo en ejercicio su práctica é industrias de marinero. Fatigada la gente por todo género de miserias, se dirigió al Collao y obtuvo en el Cuzco de Hernando Pizarro que lo autorizase para reclutar gente y emprender la conquista de Carabaya, aventura en la que tambien fué desgraciado.

Uno de sus capitanes, Alonso Mesa el Canario, conspiraba contra Hernando. Este, creyendo que Candia no era extraño al proyecto revolucionario, lo hizo arrestar y quitó el mando de la conquista. Candia logró probar su inocencia y Hernando Pizarro mandó decapitar á Mesa.

Alonso Mesa, natural de las islas Canarias, era soldado de infantería en la traicion de Cajamarca y fué el que, en union de Miguel de Astete, tomó prisionero á Atahualpa; y le hubiera dado muerte á no impedirlo Pizarro. Del reparto del tesoro le tocaron ciento treinta y cinco marcos de plata y tres mil trescientas treinta onzas de oro. Hombre vulgarísimo, pero muy valiente, tenia á veces arranques hidalgos y cuando, en la entrevista de Mala, se propusieron los pizarristas apoderarse por traicion de la persona de Almagro el Viejo, Alonso de Mesa fué de los pocos que protestaron indignados contra esa felonía, y cuéntase que al pasar junto al Mariscal lo hizo cantando

Tiempo es el caballero,
Tiempo es de huir de aquí;

con lo que Almagro se dió por avisado y escapó á la celada que tan indignamente le tendian.

Desde entónces Pedro de Candia vivió resentido con los Pizarros y cuando, muerto el marques, Almagro el mozo se proclamó gobernador del Perú, aceptó sin vacilar el mando de la artillería. En esta época desplegó Candia toda su actividad é inteligencia y, en breve tiempo fabricó mosquetes y cañones.

El yerno de Pedro de Candia, que militaba en las filas de Vaca de Castro, le escribió pidiéndole que falsease la artillería, arma en que los almagrístas cifraban toda su superioridad sobre el enemigo. Candia mostró inmediatamente la carta á su caudillo, dándole así una prueba de lealtad. Esto sucedia en los momentos mismos en que Vaca de Castro enviaba á Almagro proposiciones de paz. Almagro desconfió, y con justicia, del negociador, que á la vez que le proponia un arreglo estaba minándole el ejército.

En el acto el campo almagrista se puso en movimiento sobre Chupas para presentar la batalla. Esta fué reñidísima. El grito en ambos ejércitos era—¡Santiago! Viva el Rey y Vaca de Castro! ó ¡Santiago! Viva el Rey y Almagro! Allí murió Peralvarez Holguin, el mas distinguido de los capitanes realistas, que entró al combate con sobreveste blanca, y salió herido Garcilaso de la Vega, padre del historiador.

Ya Almagro recorria el campo gritando:—Victoria! Prender y no matar!—El desórden cundia en las tropas de Vaca de Castro y solo Francisco de Carvajal sostenia la lucha. A este tiempo el capitan Saucedo, uno de los mejores amigos de Almagro y que acababa de derrotar la vanguardia realista, comunicó á Pedro de Candia órden de que variase la situacion de la artillería. Candia obedeció á su superior y colocó en otro lugar las piezas; pero los tiros no producian ya mortífero efecto sobre el enemigo y, rehaciéndose los realistas, entró el pánico entre los que pocos minutos ántes entonaban el himno de triunfo.

Almagro, sin averiguar nada, pues los momentos no lo permitian, se dirigió al nuevo sitio que ocupaba la artillería y lanzando el caballo sobre Candia le dijo:—¡Traidor! Has seguido el consejo de tu yerno—y lo atravesó con su lanza.

Así murió, tenido por infame en el concepto de su caudillo, un soldado que habia sido siempre leal para con la causa que abrazara.

Era hombre de bien, generoso, valiente, de bella figura, alto y fornido, de poblada barba, con pocas cualidades de mando y el mas inteligente, hasta entónces, en la arma de artillería. Murió á la edad de cincuenta y dos años.

II.

Cristobal Mena.

Fué uno de los mas valientes y entendidos oficiales que acompañaron á Pizarro para la prision del Inca, en cuyo acto confió á Mena el mando de una parte de la caballería. Pocos meses despues, perteneció al Consejo de Guerra que condenó á Atahualpa y el voto de Mena fué opuesto á la sentencia de muerte.

Viendo ennegrecerse el horizonte y presintiendo que la guerra civil no tardaria en estallar entre los conquistadores, Mena á quien del rescate del Inca habian tocado trescientos sesenta y seis marcos de plata y ocho mil trescientas onzas de oro, abandonó á Pizarro y se regresó á España

Con él partieron el padre Juan de Sosa, vicario de los conquistadores, Francisco de Jerez, secretario de Pizarro en Cajamarca, Francisco de Chaste, Lope Vélez de Guevara, Juan de Salcedo y Antonio Briceño, bravos capitanes, Pedro de Tórres, Juan de la Hoz Salinas, Bartolomé Sánchez, Iñigo Talbio, Nuño González, Hernando de Montalvo, Gabriel de Olivares, Gonzalo Maldonado y Hernando Beltran. La parte en oro que llevaron éstos á

España, por lo que les correspondió del rescate, se estimó en ciento cuarenta mil onzas.

El rey ennobleció á todos, dándoles escudo de armas y dispensándoles muchas mercedes y, acaso de los ciento setenta conquistadores de Cajamarca, fueron los únicos que gozaron pacíficamente de la fortuna que sacaron del Perú y que no tuvieron una muerte desastrosa.

III.

Alonso de Toro.

Hombre fiero, áspero, vengativo, cruel é indigesto llama un cronista á este conquistador, que obtuvo en el botin de Cajamarca la misma porcion, en oro y plata, que Mesa el Canario. Su hermano Hernando de Toro, fué, poco despues de la muerte del inca, asesinado por los indios de Tumbes y es fama que con su cadáver celebraron un festin antropófago.

Puesto en capilla el mariscal Almagro, Toro que era su enemigo personal, se constituyó de guardia en el calabozo y el desgraciado anciano se desahogó diciéndole:

—Por fin, vas á beber mi sangre hasta hartarte.

—Y esa es la mayor fortuna que Dios me concede, contestó el cínico guardian.

Alonso de Toro fué uno de los que mas azuzaron á Gonzalo Pizarro para su rebeldía y mereció ser nombrado Maese de Campo. Pero Toro era generalmente aborrecido y su nombramiento tuvo mala acogida en el ejército. Entónces Gonzalo lo hizo Gobernador del Cuzco, y en ese puesto, léjos de propiciarse los ánimos, dió rienda suelta á su perverso carácter y aumentó el número de los desafectos. Por una querella personal mandó cortar la mano á Hernando Diaz y recelando siempre una revolucion, que su mal gobierno provocaba, hizo degollar á los que le fueron denunciados como cabecillas.

Su lealtad para con Gonzalo no fué de las mas proba-

das y mucho se murmuraba de que mantenia correspondencia secreta con los parciales de La Gasca. En esta época, habiendo un dia tenido un altercado con su suegra y dádola de bofetones, el marido de la ultrajada señora fué á buscarlo á su casa y, sin pronunciar una palabra, le dió muerte á puñaladas, con gran contentamiento del vecindario del Cuzco que celebró el suceso con repiques y luminarias.

IV.

Francisco de Almendras.

Perteneció tambien á los ciento setenta que capturaron al Inca y obtuvo una buena partija en el rescate.

Hecho, algunos años despues, regidor del Cuzco tomó partido con Almagro; y en breve lo traicionó uniéndose á los Pizarros.

En la revolucion de Pizarro se hizo Almendras notable por sus crueldades y parecia querer rivalizar en ferocidad con el Demonio de los Andes.

Hallándose una noche acostado en la cama, entró á visitarlo Diego Centeno, su compadre y amigo íntimo. Despues de un rato de conversacion, Centeno le declaró que era partidario de La Gasca y que venia á tomarlo preso. Francisco de Almendras no podia resistirse y rogó á Centeno que le perdonase la vida, teniendo en cuenta sus antiguos vínculos y que era padre de doce hijos.

Los hombres de ese siglo tenian el corazon tan duro como la cota de fierro bajo la cual palpitaba.

Centeno mandó degollar á su compadre Francisco de Almendras.

V.

Diego Centeno.

Vino al Perú, dos años despues del asesinato de Atahualpa, y Pizarro, para quien traia recomendaciones des-

de España, le dispensó desde el primer dia su poderoso amparo. Por eso, en las batallas de las Salinas y de Chupas, lo hallamos combatiendo bizarramante contra los almagristas.

Comprometido al principio en la revolucion de Gonzalo, cambió pronto de bandera ajusticiando, como hemos referido, á Francisco de Almendras. La Gasca dió á Centeno el mando de una division, la que en diversos encuentros fué siempre vencida por Francisco de Carbajal. En la batalla de Huarina, las tropas de Centeno pasaban de mil hombres y las de Carbajal, que no llegaban á quinientos, alcanzaron la victoria. Por eso cuando, estando para morir el Demonio de los Andes, le preguntó Centeno si le conocia, contestó Carbajal que no, porque siempre le habia visto de espaldas.

En sus desgraciadas empresas contra Carbajal, que habia jurado darle garrote cuando lo hubiese á mano, tuvo varias veces que caminar por muchos dias, solo y á pié, entre riscos y precipicios; y una ocasion vivió mas de seis meses escondido en una cueva y debiendo el sustento á la caridad de una india.

Por fin, en la batalla de Saxsahuana, La Gasca le confió el mando de la reserva y,pacificado el país, lo nombró Gobernador del Rio de la Plata. Mas la víspera del dia en que iba á marchar para su destino, murió en un banquete,envenenado por uno de los deudos de Francisco de Almendras.

Diego Centeno fué un capitan organizador y activo, de carácter sanguinario á la vez que cauteloso. Poseia minas muy ricas en Potosí y era hombre dadivoso y cortesano.

VI.

Pedro Puelles.

Vino al Perú en 1534 con el Adelantado Don Pedro de Alvarado. Era un jóven hidalgo de Castilla, muy pa-

gado de sus pergaminos. Un cronista dice de él que era avariento, feroz y de animo inquieto y novelero.

A poco de haber tomado servicio en el Perú, tuvo una insubordinacion con Benalcázar y éste le impuso arresto. Por eso, cuando en la batalla de Iñaquito se vió Benalcázar herido y prisionero, el hidalgo Puelles tuvo la cobardía de insultarlo.

Cuando Gonzalo Pizarro marchó al descubrimiento de la Canela dejó en Quito á Puelles por su Teniente Gobernador; y Vaca de Castro, despues de la batalla de las Salinas, lo nombró para que acabase de fundar y poblar la ciudad del Leon de Huánuco.

Sublevado Gonzalo contra el virey Blasco Núñez de Vela, Puelles principió por servir la causa de éste; mas pronto se unió á Gonzalo, traicion que inclinó por completo la balanza á favor de los revolucionarios. Puelles fué el Maese de Campo de Pizarro en la batalla de Iñaquito.

Despues del triunfo, Gonzalo lo dejó en Quito por su Teniente Gobernador. A este propósito dice un cronista: «Encargado Puelles del gobierno se vieron en el cielo al«gunas lumbres extraordinarias y dos leones que pelea«ban, uno en la parte del oriente y otro en la del ponien«te, y el sol se oscureció, con otros fenómenos que fueron «tenidos por los habitantes de Quito como augurios de «grandes sucesos y de terribles desastres.»

Al arribo de La Gasca empezó á palidecer la buena estrella de Gonzalo; y Puelles, á la vez que enviaba un emisario cerca del licenciado, ofreciéndole alzar bandera por el rey si se le acordaban ciertas gracias, se preparó á marchar con tropas sobre Guayaquil que se habia pronunciado contra la revolucion. Pero la víspera de la marcha y con pretexto de acompañarlo á misa, entraron varios oficiales al cuarto de Puelles, que aun no se habia levantado de la cama, le dieron de puñaladas, le cortaron la cabeza y la pusieron en el mismo sitio público donde él habia hecho colocar ántes la del virey Blasco Nuñez de Vela.

VII.

Hernando de Soto.

Animoso, prudente y liberal, es Hernando de Soto la figura mas simpática entre los hombres que acompañaron á Pizarro para la captura de Atahualpa.

Hernando de Soto, que habia sido uno de los conquistadores de Nicaragua y que disfrutaba de fortuna y honores, como primer rejidor de la ciudad de Leon, acojió á Nicolás de Rivera el Viejo que fué á proponerle, en nombre de Don Francisco Pizarro, que tomase parte en la conquista del Perú. Soto se unió á Pizarro en Panamá con dos buques, en los que traía sesenta hombres aguerridos y diez caballos. El jefe de la conquista, reconociendo la importancia de Hernando, lo nombró por su segundo, no sin oposicion de los hermanos Pizarro.

Soto fué el primer español que habló con Atahualpa, en su carácter de embajador mandado por Don Francisco al campamento del Inca, y logró de éste que aceptase la invitacion de pasar á Cajamarca.

Atahualpa, en su prision, tomó gran cariño por Hernando de Soto, en el cual vió siempre el Inca un defensor. Hernando de Soto era verdaderamente caballeroso, y tal vez el único corazon noble entre los ciento setenta españoles que apresaron al hijo del Sol.

Cuando regresó de una exploracion, á que lo habia enviado Pizarro, se encontró con que el Inca acababa de ser decapitado. Gran enojo manifestó Soto por el crímen de sus compañeros y, disgustándose cada dia mas con la conducta de los Pizarros, se regresó á España en 1536, llevándose diez y siete mil setecientas onzas de oro que le correspondieron en el rescate del Inca.

El rey le dió el título de Adelantado, le concedió muchas mercedes y honores, y lo autorizó para sacar de España mil hombres y emprender con ellos la conquista de

la Florida. En esta no fué ménos heroico y prudente que en la del Perú, y falleció en medio de los bosques, atacado de una fiebre maligna.

La historia es injusta. Toda la gloria, en la conquista del Perú, refleja sobre Pizarro y apenas hace mencion del valiente y caballeroso Hernando de Soto.

Era hidalgo de nacimiento, natural de Villanueva de Barcarrota, buen mozo, moreno de color, sufridor de trabajos y el primero en los peligros, con lo que daba ejemplo á los soldados, desprendido de la riqueza, clemente en perdonar y de gran juicio y cautela. Tal es el retrato que de Hernando de Soto hace un cronista.

Murió, muy llorado de los suyos, á la edad de cuarenta y dos años.

VIII.

Illan Suarez de Carbajal.

Cuando en 1534 regresó de España Hernando Pizarro, trayendo para su hermano el título de marqués de Atavillos, vino con él un hidalgo, natural de Talavera, nombrado por el rey Factor del Perú. Llamábase el hidalgo Illan Suarez de Carbajal, era hombre de poco mas de treinta años, de gentil persona y, segun un cronista, muy entendido en letras y números.

El marqués lo recibió con gran deferencia y en breve se estrechó entre ambos la mas franca amistad. Don Francisco puso á su nuevo amigo al corriente de los sucesos, y lo comisionó para que pasase al Cuzco á conferenciar con Almagro el Viejo, dándole mas tarde igual encargo en la famosa y desleal entrevista de Mala. Mucho trabajó Don Illan para alcanzar un buen acuerdo; pero la doblez de los Pizarros inutilizó sus esfuerzos.

Pizarro confirió despues al Factor el mando de una expedicion destinada á someter al Inca Manco, que con nu-

merosa hueste de indios se hallaba en las alturas de los Andes. Engañado por los informes de un espía, envió Illan una noche al capitan Villadiego con treinta hombres para que se apoderase por sorpresa de la persona de Manco; pero éste, prevenido de la trama, batió á los españoles, muriendo Villadiego y mas de veinte de sus soldados.

Relevado Illan del mando, regresó al Cuzco, de donde escribió al marqués que se cuidase mucho de los de Chile. Pasó despues á Lima y, en el mismo dia del asesinato de Pizarro, fué reducido á prision por los parciales de Almagro el Mozo. Al retirarse éste de Lima condujo, siempre presos, á Suarez de Carbajal y otros; mas en Jauja los puso en libertad.

Vaca de Castro envió á Lima al bachiller Juan Velez de Guevara con el carácter de Teniente Gobernador. Pero Illan Suarez y los Rejidores se negaron á reconocerlo y le rompieron la vara en pleno Cabildo, quejosos de que el nombramiento se hubiese hecho en persona recien llegada al Perú. Aunque Vaca de Castro tuvo noticia del desacato, no quiso usar de rigor, limitándose á reprender con suavidad á los motinistas. Verdad es que esto aconteció cuando ya se tenia noticia de la llegada á Panamá del virey Blasco Nuñez.

El Cabildo nombró á Illan para ir hasta Trujillo á recibir y felicitar al nuevo representante de la corona; mas en Huaura se informó de la severidad con que venia el virey, quitando repartimientos y realizando otros actos de justicia, y entonces resolvió regresarse, escribiendo ántes á su hermano lo poco que tenian que esperar de Blasco Nuñez y que pues les habia de quitar los indios, especialmente á él como á oficial real, procurase convertir en dinero toda su hacienda para regresarse á España, antes que las disposiciones del virey pudiesen dañarlos en sus intereses. Súpolo Blasco Nuñez y desde entónces vió de mal ojo á Illan Suarez. Así cuando recibió en palacio la

visita de los notables de Lima, al abrazar á Illan, con quien se conocía desde España, le dijo:—Siento que seais vos de los pocos á quienes no podré hacer bien ni merced alguna.

Viendo venir los sucesos y la rebelion de Gonzalo Pizarro, Suarez de Carbajal se mantuvo fiel á la causa del rey y aun escribió á su hermano que no se comprometiese con los revolucionarios. Pero la impopularidad y los desaciertos de Blasco Nuñez eran el mejor auxiliar de la revolucion.

Una noche, entre otros vecinos, se escaparon de Lima dos sobrinos de Illan Suarez que vivian en la misma casa del Factor, el cual ignoraba que sus parientes se hallasen tan ligados á la causa revolucionaria. Al saberlo el virey, hizo sacar á Illan de la cama y le dijo:

—Traidor! has enviado á tus sobrinos donde los rebeldes.

—No soy traidor, sino tan bueno y tan leal servidor del rey como vos, le contestó Carbajal sin inmutarse.

Exaltado el virey con estas palabras, hirió con su daga en el pecho al Factor y ordenó á uno de sus criados que lo acabase de matar.

El asesinato alevoso cometido en la persona de Illan Suarez, puso el colmo á la exasperacion pública, y por todas partes brotaron las chispas que debian producir para el virey la catástrofe de Iñaquito.

Ganada la batalla por Gonzalo, Benito Suarez de Carbajal, hermano del Factor Illan, encontró en el campo al virey, cubierto de heridas, y despues de abofetearlo, le hizo cortar la cabeza por un negro, la condujo arrastrando á la cola de un caballo hasta la plaza de Quito y la colocó en la picota. Gonzalo desaprobó la conducta ruin de Benito y mandó dar sepultura y hacer honras fúnebres á su vencido adversario.

Así fué vengada la muerte del Factor Illan Suarez de Carbajal.

IX.

Hernando Machicao.

Hé aquí un tipo de ferocidad y cobardía, un aventurero sin Dios ni ley.

Parece que vino al Perú en 1531 y que fué á establecerse en el Cuzco, donde era rejidor cuando el Cabildo reconoció la autoridad de Almagro el Viejo. Machicao principió por aceptar al caudillo; mas no alcanzando de éste grandes provechos, se escapó una noche del Cuzco y pasó á Lima donde tomó servicio con los Pizarros.

En la batalla de las Salinas, Machicao encontró en el campo, cubierto de heridas, al noble y valiente capitan almagrista Pedro de Lerma, de quien era enemigo personal, y tuvo la vileza de teñir su espada en la sangre del moribundo.

Despues de haber entrado en acuerdos con los partidarios de Almagro el Mozo, en el Cuzco, los traicionó tambien como lo habia hecho con el padre.

En la rebelion de Gonzalo siguió la bandera de éste; mas luego solicitó el perdon del virey. El enérjico Blasco Nuñez contestó: que Machicao y Francisco de Almendras eran dos infames tales que no merecían sino la horca y que para vencer no necesitaba de traidores.

Despechado Machicao, aceptó la comision de ir á Tumbes con treinta hombres y asesinar al virey; mas, frustrada su empresa, se apoderó de algunos buques, entregándose á monstruosas piraterias en la costa. Llegó á Panamá é intimó al vecindario que, si no reconocía á Gonzalo por Gobernador del Perú, saquearia la ciudad y degollaria á los recalcitrantes. Atemorizados los panameños le dieron buques, armas, dinero y nueve piezas de artillería.

La conducta de Machicao en Panamá fué asaz infame. Robó mujeres, mandó que sus soldados entrasen á las tiendas y se vistiesen de paño, sin pagarlo, y llevaba

en la mano un rosario, no por devocion, sino para contar el número de mosquetes que le entregaban los vecinos.

Sus atrocidades no podian dejar de sublevar los ánimos y se armó una conspiracion; mas, descubierta por Machícao, hizo dar garrote á los cabecillas.

Salió al fin de Panamá con veintidos buques y quinientos hombres y, en la travesía, apresó un bajel que le llevaba al virey un refuerzo de armas, caballos y tropas. Entonces Blasco Nuñez le hizo proposiciones para atraerlo á su bandera y Machicao le contestó:—Tarde piaste. Cuando quise no quisiste.

En Tumbes se imajinó que algunos de los tripulantes de los buques trataban de insurreccionarse y, sin mas fórmula ni proceso, los hizo colgar de las entenas.

Machicao tenia el proyecto de batir primero al virey y luego sorprender á Gonzalo, alzarse con el Gobierno y proclamarse emperador del Perú. Mas, traicionado por uno de sus confidentes, Gonzalo tuvo conocimiento del pérfido plan y á marchas forzadas vino á unirse con Machicao en Latacunga. Este logró calmar los recelos de Pizarro y lo acompañó á la batalla de Iñaquito.

Machicao secundaba á Francisco de Carbajal en aconsejar á Gonzalo que se alzase con el poder, desconociendo al rey de España, y su bandera fué la única que en la batalla de Iñaquito llevaba por lema—*Pizarro*—con una corona real encima.

Despues de Iñaquito, Gonzalo le regaló algunos millares de onzas de oro y le dió á mandar un rejimiento de picas, compuesto de ciento cuarenta hombres

En la batalla de Huarina, el ejército de Gonzalo no excedia de quinientos hombres y el mando de una parte de la infantería fué confiado á Machicao. Como hemos dicho, esta batalla contra doble fuerza solo pudo ganarla un soldado tan entendido como el Maese de Campo Francisco de Carbajal, quien manchó sus laureles haciendo ahorcar en el mismo campo á un sacerdote domínico, el pa-

dre Gonzales, junto con treinta de los principales prisioneros.

Pero en Huarina hizo Carbajal una accion muy meritoria. Machicao, que dudaba del triunfo, abandonó cobardemente su puesto apenas se rompieron los fuegos. Al otro dia regresó al campamento y Carbajal lo mandó fusilar en el acto.

X.

Martin de Robles.

Sin que se pueda determinar con fijeza la época en que Martin de Robles vino al Perú, hallamos que en 1541 era alferez real ó abanderado de Peralvarez Holguin y que, tres años despues, el virey Blasco Nuñez lo distinguió mucho y le dió el mando de una compañía. Martin de Robles contaba entonces cerca de sesenta años, habia militado en Europa y se le reputaba por hombre de gran valor y esperiencia.

Fué de los primeros en traicionar al virey, tomando partido por la Audiencia, y mereció en pago de su defeccion que ésta lo nombrase Capitan General. Mas, reconocida la autoridad de Gonzalo Pizarro, renunció Robles el nombramiento de los oidores, confiriéndole Gonzalo el mando de los piqueros y regalándole, despues de la batalla de Iñaquito, la misma suma en oro que á Machicao.

Los hombres de ese siglo se habian avezado á la traicion. Cuando Robles vió que la buena estrella de Gonzalo principiaba á desmayar, aconsejó á Diego Maldonado el Rico que se desertase con una compañía y luego, con el pretesto de perseguirlo, se le unió con los piqueros de su mando y alzaron bandera por La Gasca. La traicion de Robles fué contajiosa y muchos caballeros notables siguieron el pérfido ejemplo.

Muerto Gonzalo en el cadalso, Martin de Robles salió precipitadamente de Lima con algunos hombres en direccion á Potosí. Díjose en el primer momento que Robles

era el caudillo de una conspiracion que debia estallar contra la Audiencia, en el momento en que falleciese el virey marqués de Mondejar. Pero la verdad es que la marcha repentina de Robles fué motivada porque Vasco Godines y Egas de Guzman le habian escrito que su esposa, doña Juana de los Rios, tenia relaciones de amor con Pablo Meneses, correjidor de Potosí, íntimo amigo de Robles y tan anciano como él. Todo ello era una calumnia.

Desde Arequipa fué Robles reclutando gente; pero el General Don Pedro de Hinojosa, que acababa de ser nombrado por el virey Justicia Mayor de Potosí, apaciguó á Robles y éste se fué á Chayanta, residencia de Doña Juana.

Vasco Godines, que era el azuzador de los celos de Robles, se presentó un dia en Potosí y clavó en la puerta de Meneses un cartel en que Don Martin exijía que, si Don Pablo no quería batirse en duelo, declarase en presencia de Pedro de Portugal, de Hernandez Paniagua y de otros caballeros que él no era hombre para haber requerido de amores á Doña Juana de los Rios; porque, si lo hiciera, ella era persona tal que le pelara las barbas y diera de chapinazos y que, para mas satisfacer á Robles, estaba pronto á rendirle la daga que llevaba al cinto.

Meneses, que aun era correjidor de la Villa por no haber llegado el Justicia Mayor, quiso mandar prender á Robles y cortarle la cabeza por el desacato. Pero, mejor aconsejado, temió que Hinojosa desaprobase su proceder, creyendo que la pasion y la venganza habian torcido en sus manos la vara de juez.

Tres dias despues se hizo cargo Hinojosa del Gobierno y Meneses, recelando un ataque de Robles, se echó á reunir gente y la villa imperial quedó dividida en dos bandos rivales. Entonces contestó al cartel de Robles diciéndole, que estaba pronto á salir al campo y darle la satisfaccion que fuese justa y que, si oyéndolo no se daba por satisfecho del supuesto agravio, se batirian en cami-

sa, con espada y daga. Aceptó Robles, y cuando ya iban á ensangrentar los aceros se presentó el Justicia Mayor y condujo preso á Don Martin.

Hinojosa tomó á empeño reconciliar á los dos adversarios y al fin consiguió que celebrasen un pacto por el que Maria de Robles, niña de ocho años, debia casarse al cumplir los doce con Pablo de Meneses, anciano de mas de sesenta diciembres. Item, se estipuló que la niña llevaria una dote de dos mil onzas de oro. Como es de suponer, el acuerdo se celebró con grandes festejos.

Pero Vasco Godines y los revoltosos, que veían con esto aplazada la revolucion, quedaron descontentos y comprometieron para caudillo á Don Sebastian de Castilla, huésped y amigo de Hinojosa.

Aunque el Justicia Mayor tenia avisos de que su huésped conspiraba contra él, no quiso darles crédito; y un dia contestó al guardian de San Francisco que le participaba haber descubierto, bajo secreto de confesion, lo que se tramaba: — No me hable de eso su paternidad que, teniendo yo lugar para echar mano de mi toledana, me rio de todos los revoltosos del mundo.

Concertada, en fin, la revolucion, entraron una noche los conjurados en casa de Hinojosa. Al ruido salió éste al patio y uno de los traidores le dijo:

—Señor, estos caballeros quieren á vuesa merced por caudillo y padre.

—Vean vuesamercedes lo que me mandan, contestó el Justicia, adelantándose hácia el grupo, y por la espalda le dieron una estocada mortal. Hinojosa cayó sobre unas barras de plata y los conjurados lo remataron, diciéndole:

—Muere sobre lo que tanto amaste.

Despues de saquear la casa, salieron los rebeldes á tomar presos á Robles y á Meneses. Este, afortunadamente para él, se habia quedado á dormir en una de sus haciendas y Robles pudo escapar, en camisa, por una ventana.

Larga tarea seria historiar esta guerra civil, en la que á poco Vasco Godines asesinó á Don Sebastian, reempla-

zándolo como caudillo. Baste decir en compendio que el cadalso fué permanente y las atrocidades sin número.

Revolucionado Giron en 1553, escribió á Robles solicitando su apoyo; mas Don Martin se puso á órdenes del Mariscal Alvarado. En la batalla de Chuquinga fué Robles encargado de pasar el rio con treinta mosquetes y treinta partesanas con prevension de que, despues de situarse en un cerrillo, no comprometiese choque hasta una señal dada. Robles creyó que él solo podia vencer á Giron, y desobedeciendo sus instrucciones, cayó sobre el enemigo. Martin de Robles salió herido, escapando milagrosamente, la mortandad fué grande entre los realistas y el Mariscal culpó siempre al insubordinado teniente de la derrota de Chuquinga.

Cuando en 1555 llegó á Lima el virey primer marqués de Cañete, Martin de Robles era ya tan viejo y achacoso que para ir á misa ó al Cabildo lo hacia apoyándose en un esclavo y llevándole otro la espada. Como el nuevo virey habia sustituido el tratamiento de *muy nobles señores*, que hasta entonces se daba á los cabildantes, con el de *nobles señores*, dijo riéndose Don Martin, en pleno Cabildo de Potosí: — ya le enseñaremos á tener crianza á ese virey de mojiganga, que viene asaz descomedido en el escribir.

Súpolo el marqués de Cañete y se propuso castigar tanto la burla á su persona cuanto la traicion de Robles al virey Blasco Nuñez. Con tal fin, salió de Lima el oidor Altamirano con el encargo de hacerle dar garrote. El octojenario Martin de Robles, que investia la clase de General, fué sin ningun miramiento ni proceso ejecutado en secreto, lo que produjo un sério tumulto en Potosí.

Felipe II desaprobó la conducta del virey, relevándolo inmediatamente con el conde de Nieva y colmando de honores y gracias á Doña Maria de Robles y á su hijo Pablo de Meneses.

Martin de Robles fué tio del famoso padre Calancha, autor de la curiosa crónica agustina del Perú.

XI

Lope de Aguirre el Traidor.

Fecundísimo en crímenes y en malvados fué para el Perú el siglo XVI. No parece sino que España hubiera abierto las puertas de los presidios y que, escapados sus moradores, se dieron cita para estas rejiones. Los horrores de la conquista, las guerras de Pizarristas y Almagristas y las vilezas de Godines, en las revueltas de Potosí, reflejan sobre los tres siglos que han pasado como creaciones de una fantasía calenturienta. El espíritu se resiste á aceptar el testimonio de la historia.

Entre los aventureros que con el capitan Peralvez llegaron al Perú en 1544 hallábase Lope de Aguirre, mancebo de veintiseis años y reputado por uno de los mejores ginetes. Aunque oriundo de Oñate, en Guipuzcoa, y de noble familia, habia pasado gran parte de su juventud en Andalucía, donde su destreza en domar caballos y su carácter pendenciero y emprendedor le habian conquistado poco envidiable fama.

En la rebelion de Gonzalo Pizarro tomó partido por éste y cuando, al arribo del licenciado La Gasca, se vió, en 1549, forzado Gonzalo á alejarse de Lima, encomendó á Aguirre, como uno de los capitanes de mas confianza, que con cuarenta hombres de caballería cubriese la retirada.

Apenas emprendido el movimiento, Lope de Aguirre retrocedió con su fuerza y entró á Lima gritando:—¡viva el rey! muera Pizarro, que es tirano!

Y, alzando bandera por la Gasca, asesinó en la ciudad á dos partidarios de Gonzalo, y en toda la campaña hizo ostentacion de ferocidad. Lope de Aguirre se entusiasmaba como el tigre con la vista de la sangre; y sus camaradas, que lo veían entonces poseido de la fiebre de la destruccion, lo llamaban caritativamente—*el loco Aguirre*,

Cuando, terminada la guerra, llegó la hora de recompensar á los realistas, La Gasca el Justiciero estimó en poco los servicios de Aguirre. Resentido éste se retiró á Potosí y en 1553, despues del asesinato del correjidor Hinojosa, se alzó con Egas de Guzman y fué uno de los gefes de aquel destacamento que en una semana cambió tres veces de bandera—por el rey, contra el rey y por el rey. El mariscal Alonso de Alvarado, pacificador de esos pueblos, á quien se unió Aguirre, tomó á empeño ahorcar al traidor, pero como los pícaros hallan siempre valedores, el mariscal tuvo que guardarse en el pecho la intencion.

Combatió despues contra Francisco Giron y recibió una herida en la pierna de la cual quedó un tanto lisiado.

El marqués de Cañete vino al fin, en 1555, como virey del Perú á estirpar abusos, ahogando todo gérmen de revuelta. El buscó ocupacion á los espíritus inquietos, destinando, á unos á la empresa de desaguar la laguna en que, segun la tradicion, existe la gran cadena de oro de los Incas, y empleando á otros en la exploracion del estrecho de Magallanes.

En Moyobamba, y con aquiescencia del virey, preparaba el bravo capitan Pedro de Ursua una expedicion á las riberas del Marañon en busca de una tierra que, segun noticias, era tan abundante en oro, que sus pobladores se acostaban sobre lechos del precioso metal. Grande fué el número de codiciosos que se alistaron bajo la bandera de Ursua, capitan cuyas dotes como soldado y hazañas en el nuevo reino de Granada le habian granjeado positiva popularidad.

La curiosa crónica titulada *Carnero de Bogotá*, escrita por un contemporáneo de Ursua, nos pinta la heroicidad de este caudillo á la par que la nobleza de su corazon. Pedro de Ursua fué el fundador de Pamplona, una de las mas importantes ciudades de Colombia.

Lope de Aguirre se presentó á Ursua, acompañado de una hija, niña de once años de edad. A Ursua seguia tambien en la expedicion la bellísima Doña Inés de

Atienza y algunas otras mujeres, entre las que se encontraba una aragonesa llamada la Torralba, manceba de Aguirre.

Las fatigas de los expedicionarios aumentaban sin encontrar el pais del oro. Vino luego la desmoralizacion propia de gente allegadiza y una noche estalló un motin encabezado por Aguirre. Pedro de Ursua y su querida Doña Inés fueron asesinados.

Los revoltosos proclamaron por General á Don Fernando de Guzman, hidalgo sevillano, y por Maese de Campo á Lope de Aguirre. Estendida el acta revolucionaria, firmó con el mayor cinismo—*Lope de Aguirre el Traidor*. Un historiador añade que Aguirre dijo que firmaba con este mote de infamia, porque, despues de asesinado el Gobernador Ursua, habian de pasar siempre por traidores y que, en vez de justificaciones, y penosos descubrimientos, lo que debian hacer era apoderarse del Perú, el mejor dorado del mundo, que el cielo lo hizo Dios para quien lo merezca y la tierra para quien la gane.

Los expedicionarios, arrastrados por Aguirre y por las bárbaras ejecuciones que éste realizaba con los que lo eran sospechosos, reconocieron no ya solo por General, sino por Príncipe del Perú á Don Fernando de Guzman. Un dia reconvino éste á su Maese de Campo, por el inútil lujo de crueldad que desplegaba con sus subordinados; y no pasó mucho tiempo sin que el vengativo Aguirre asesinase tambien á su Príncipe, y seguido de doscientos ochenta bandoleros, que él llamaba sus *marañones*, cometió inauditos crímenes en la isla de Margarita, en Valencia y otros pueblos de Venezuela, que entregó al incendio y al saqueo de los desalmados que lo acompañaban.

La bandera de Lope de Aguirre era negra con dos espadas rojas en cruz.

Por fin, desamparado de los suyos y acorralado como fiera montaráz, se metió en un rancho con su hija y la dijo:

—Encomiéndate á Dios, que no quiero que, muerto

yo, vengas á ser una mala mujer, ni que te llamen la hija del traidor.

Y aquel infame que finjia creer en Dios, rechazando á la Torralba que se le interponia, hundió su puñal en el pecho de la triste niña.

Un soldado llamado Ledesma, intimó entonces rendicion á Lope y este contestó:—No me rindo á tan grande bellaco como vos—y volviendo al jefe de los realistas pidió le acordase algunas horas de vida, porque tenia que hacer revelaciones importantes al buen servicio de Su Majestad; mas el jefe recelando un ardid, ordenó á un soldado que hiciese fuego. Disparó este su arcabuz y sintiéndose Aguirre herido en un brazo, dijo:—Mal tiro! ¿no sabes apuntar, malandrin?

Hicierónle un segundo disparo, que lo hirió en el pecho, y Lope cayó diciendo:—¡Este si es en regla!

Luego le cortaron la cabeza, descuartizaron el tronco y durante muchos años se conservó su calavera, en una jaula de hierro, en uno de los pueblos de Venezuela.

Dice un cronista que Lope de Aguirre tomó por modelo, no solo en la crueldad sino en el sarcasmo impio, á Francisco de Carvajal y que, habiendo sorprendido rezando á uno de sus soldados, lo castigó severamente diciendo:—yo no quiero á los mios tan cristianos sino de tal condicion que jueguen el alma á los dados con el mismo Satanás.

Lope de Aguirre murió á los cincuenta y un años de edad.

Tal es la historia de uno de esos monstruos que aparecen sobre la tierra como una protesta contra el oríjen divino de la raza humana.

LOS CABALLEROS DE LA CAPA.

CRONICA DE UNA GUERRA CIVIL.

A DON FEDERICO TORRICO.

I

QUIENES ERAN LOS CABALLEROS DE LA CAPA Y EL JURAMENTO QUE HICIERON.

En la tarde del 5 de Junio de 1541 hallábanse reunido en el solar de Pedro de San Millan, doce españoles, ennoblecidos todos por el Rey por sus hechos en la conquista del Perú. El que no habia sido agraciado con un hábito de Santiago ó de Alcántara gastaba, por lo ménos, un Don como una Torre.

La casa que los albergaba la componian una sala y cinco cuartos, quedando gran espacio de terreno por fabricar. Seis sillones de cuero, un escaño de roble y una mugrienta mesa pegada á la pared, constituian el mueblaje de la sala. Tanto la casa como el traje de los habitantes de ella, pregonaban de á legua una de esas pobrezas que se codean con la mendicidad. Y asi era en efecto.

Los doce hidalgos pertenecían al número de los vencidos el 6 de Abril de 1538, en la batalla de las Salinas, y el vencedor les habia confiscado sus bienes y gracias que

les permitía respirar el aire de Lima, donde vivian de la caridad de algunos amigos. El vencedor, como era de práctica en esos siglos, pudo ahorcarlos sin andarse con muchos perfiles; pero Don Francisco Pizarro se adelantaba á su época, y parecia mas bien hombre de nuestros tiempos, en que al enemigo no siempre se mata ó aprisiona, sino que se le quita por entero ó merma la racion de pan. Caidos y levantados, hartos y hambrientos, eso fué la colonia y eso ha sido y es la república. La ley del yunque y del martillo imperando á cada cambio de tortilla, ó como dice la copla:

Salimos de Guate-mala
Y entramos en Guate-peor.
Cambia el pandero de manos
Pero de sonidos, no.

Llamábanse los doce caballeros Pedro de San Millan, Cristóbal de Sotelo, Garcia de Alvarado, Francisco de Chavez, Martin de Bilbao, Diego Mendez, Juan Rodriguez Barragan, Gomez Perez, Diego de Hoces, Martin Carrillo, Gerónimo de Almagro y Juan Tello.

Muy á la ligera, y por la importancia del papel que desempeñan en esta crónica, haremos el retrato histórico de cada uno de los hidalgos, empezando por el dueño de la casa. *A tout seignèur tout honneur.*

Pedro de San Millan, caballero santiagués, contaba treinta y ocho años y pertenecia al número de los ciento setenta conquistadores que capturaron á Atahualpa. Al hacerse la reparticion del rescate del Inca, recibió ciento treinta y cinco marcos de plata y tres mil trescientas treinta onzas de oro. Leal amigo del mariscal Don Diego de Almagro, siguió la infausta bandera de éste y cayó en la desgracia de los Pizarros que le confiscaron su fortuna, dejándole por vía de limosna, el desmantelado solar de la calle de Judíos. San Millan, en sus buenos tiempos, habia pecado de rumboso y gastador; era bravo, de gentil apostura y generalmente querido.

Cristobal de Sotelo frisaba en los cincuenta y cinco años y, como capitan que habia militado en Europa, era su consejo tenido en mucho.

Garcia de Alvarado era un arrogantísimo mancebo de veintiocho años, de aire marcial, de instintos dominadores, muy ambicioso y pagado de su mérito.

Diego Mendez, de la órden de Santiago, era hermano del famoso general Rodrigo Orgoñez, que murió en la batalla de las Salinas mandando el ejército vencido. Contaba Mendez cuarenta y tres años, y mas que por hombre de guerra se le estimaba por galanteador y cortesano.

De Francisco de Chavez, Martin de Bilbao, Diego de Hoces, Gomez Perez y Martin Carrillo, solo nos dicen los cronistas que fueron intrépidos soldados y muy queridos de los suyos. Ninguno de ellos llegaba á los treinta y cinco años.

Juan Tello fué uno de los doce fundadores de Lima, siendo los otros el marqués Pizarro, el Tesorero Alonso Riquelme, el Veedor Garcia de Salcedo, el sevillano Nicolás de Rivera el Viejo, Rui Diaz, Rodrigo Mazuelas, Cristobal de Peralta, Alonso Martin de Don Benito, Cristobal Palomino, el salamanquino Nicolás de Rivera el Mozo y el secretario Picado. Los primeros Alcaldes que tuvo el Cabildo de Lima fueron Rivera el Viejo y Juan Tello. Como se vé, el hidalgo habia sido importante personaje y en la época en que lo presentamos contaba cuarenta y cinco años.

Gerónimo de Almagro era nacido en la misma ciudad que el mariscal y por esta circunstancia y la del apellido se llamaban primos. Tal parentesco no existia, pues Don Diego fué un pobre expósito. Gerónimo rayaba en los cuarenta años.

La misma edad contaba Juan Rodriguez Barragan, tenido por hombre de gran audácia á la par que de mucha experiencia.

Sabido es que así como en nuestros dias ningun hombre que en algo se estima sale á la calle en mangas de

camisa, así en los tiempos pasados nadie que aspirase á ser tenido por decente osaba presentarse en la vía pública sin la respectiva capa. Hiciese frío ó calor, el español antiguo y la capa andaban en consorcio, tanto en el paseo y el banquete como en la fiesta de iglesia.

Para colmo de miseria de nuestros doce hidalgos entre todos ellos no habia mas que una capa; y cuando alguno estaba forzado á salir los once restantes quedaban arrestados en la casa, por falta de la indispensable prenda.

Antonio Picado, el secretario del marqués Don Francisco Pizarro, ó mas bien dicho, su demonio de perdicion, hablando un dia de los hidalgos, los llamó *Caballeros de la capa.* El mote hizo fortuna y corrió de boca en boca.

Aquí viene á cuento una breve noticia histórica sobre Picado.

Vino este al Perú en 1534, como secretario del mariscal Don Pedro de Alvarado, el del famoso salto en Méjico. Cuando Alvarado, pretendiendo que ciertos territorios del Norte no estaban comprendidos en la jurisdiccion de la conquista señalada por el emperador á Pizarro, estuvo á punto de batirse con las fuerzas de Don Diego de Almagro; Picado vendia á éste los secretos de su gefe, y una noche, recelando que se descubriese su infamia, se fugó al campo enemigo. El mariscal envió fuerza á darle alcance, y no lográndolo, escribió á Don Diego que no entraria en arreglo alguno si antes no le entregaba la persona del desleal. El caballeroso Almagro rechazó la pretension, salvando asi la vida á un hombre que despues fué tan funesto para él y para los suyos.

Don Francisco Pizarro tomó por secretario á Picado, el que ejerció sobre el marqués una influencia fatal y decisiva. Picado era quien, dominando los arranques generosos del gobernador, lo hacia obstinarse en una política de hostilidad contra los que no tenian otro crímen que el de haber sido vencidos en la batalla de las Salinas.

Ya por el año de 1541 sabíase de positivo que el mo-

narca, inteligenciado de lo que pasaba en estos reinos, enviaba al licenciado Don Cristoval Vaca de Castro para residenciar al gobernador; y los almagristas, preparándose á pedir justicia por la muerte dada á Don Diego, enviaron para recibir al comisionado de la corona y prevenir su ánimo con informes, á los capitanes Alonso Portocarrero y Juan Balsa. Pero el juez pesquizador no tenia cuando llegar. Enfermedades y contratiempos marítimos retardaban su arribo á la ciudad de los Reyes.

Pizarro, entre tanto, quiso propiciarse amigos aun entre los caballeros de la capa y envió mensajes á Sotelo, Chavez y otros, ofreciéndoles sacarlos de la menesterosa situacion en que vivian. Pero, en honra do los almagristas, es oportuno consignar que no se humillaron á recibir el mendrugo que se les queria arrojar y que rechazaron las promesas de mejor fortuna.

En tal estado las cosas, la insolencia de Picado aumentaba de dia en dia y no escusaba manera de insultar á *los de Chile*, como eran llamados los parciales de Almagro. Irritados éstos, pusieron una noche tres cuerdas en la horca, con carteles que decían:—*Para Pizarro—Para Picado—Para Velasquez.*

El marqués, al saber este desacato, léjos de irritarse dijo sonriendo:

—¡Pobres! Algun desahogo les hemos de dejar y bastante desgracia tienen para que los molestemos mas. Son jugadores perdidos y hacen estremos de tales.

Pero Picado se sintió como su nombre picado y aquella tarde, que era la del 5 de Junio, se vistió un jubon y una capetilla francesa, bordada de higas de plata, y montando en un soberbio caballo, pasó y repasó, haciendo caracolear al animal, por las puertas de Juan de Rada, tutor del jóven Almagro, y del solar de Pedro de San Millan, residencia de los doce hidalgos, llevando su provocacion hasta el punto de que, cuando algunos de ellos se asomaron, les hizo un corte de manga diciendo:—Para los de Chile!—y picó espuelas al bruto.

Los caballeros de la capa mandaron llamar inmediatamente á Juan de Rada.

Pizarro habia ofrecido al jóven Almagro, que quedó huérfano á la edad de diez y nueve años, ser para él un segundo padre y al efecto lo aposentó en palacio; pero fastidiado el mancebo de oir palabras en mengua de la memoria del mariscal y de sus amigos, se separó del marqués y se constituyó pupilo de Juan de Rada. Era este un anciano muy animoso y respetado, pertenecia á una noble familia de Castilla, y se le tenia por hombre de gran cautela y esperiencia. Habitaba en el Portal de Botoneros unos cuartos del que hasta hoy se conoce con el nombre de Callejon de los Clérigos. Rada vió, en la persona de Almagro el Mozo, un hijo y una bandera para vengar la muerte del mariscal; y todos los de Chile, cuyo número pasaba en Lima de doscientos, si bien reconocian por caudillo al jóven Don Diego, miraban en Rada el llamado á dar impulso y direccion á los elementos revolucionarios.

Rada acudió con presteza al llamamiento de los caballeros. El anciano se presentó respirando indignacion por el nuevo agravio de Picado, y la junta resolvió no esperar justicia del representante que enviaba la corona sino proceder al castigo del marqués y de su insolente secretario.

Garcia de Alvarado que tenia puesta esa tarde la capa de la compañia la arrojó al suelo, y, parándose sobre ella, dijo:

—Juremos por la salvacion de nuestras ánimas, morir en guarda de los derechos de Almagro el Mozo y recortar de esta capa la mortaja para Antonio Picado.

Y todos, estendiendo la mano derecha, repitieron el juramento.

II.

DE LA ATREVIDA EMPRESA QUE EJECUTARON LOS CABALLEROS DE LA CAPA.

Las cosas no podian concertarse tan en secreto que el

marqués no se apercibiese de que los de Chile tenian frecuentes conciliábulos, que reinaba entre ellos una agitacion sorda, que compraban armas y que, cuando Rada y Almagro el Mozo salian á la calle eran seguidos á distancia, y á guisa de escolta, por un grupo de sus parciales. Sin embargo el marqués no dictaba providencia alguna.

En esta inaccion del gobernador recibió cartas de varios corregimientos, participándole que los de Chile preparaban sin embozo un alzamiento en todo el país. Estas y otras denuncias lo obligaron una mañana á hacer llamar á Juan de Rada.

Encontró este á Pizarro en el jardin de palacio, al pié de un naranjo que aun existe, y, segun el cronista Herrera en sus *Decadas*, medió entre ambos este diálogo:

—¿Qué es esto, Juan de Rada, que me dicen que andais comprando armas para matarme?

—En verdad, señor, que he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.

—¿Pues qué causa os mueve ahora mas que en otro tiempo á proveeros de armas?

—Porque nos dicen, señor, y es público, que Su Señoria recoje lanzas para matarnos á todos. Acábenos ya Su Señoría y haga de nosotros lo que fuere servido, porque habiendo comenzado por la cabeza no sé yo por qué ha de tener respeto á los piés. Tambien se dice que Su Señoría piensa matar al juez que viene enviado por el Rey. Si su ánimo es tal y determina dar muerte á los de Chile, no lo haga con todos. Destierre Su Señoría á Don Diego en un navío, pues es inocente, que yo me iré con él á donde la fortuna nos quisiere llevar.

—¿Quién os ha hecho entender tan gran traicion y maldad como esa? Nunca tal pensé y mas deseo tengo que vos de que acabe de llegar el juez, que ya estuviera aquí si hubiese aceptado embarcarse en el galeon que yo le envié á Panamá. En cuanto á las armas, sabed que el otro dia salí de caza y, entre cuantos íbamos, ninguno llevaba lanza, y mandé á mis criados que comprasen una y

ellos mercaron cuatro. Plegue á Dios, Juan de Rada, que venga el juez y estas cosas hayan fin y Dios ayude á la verdad!

Por algo se ha dicho que del enemigo el consejo. Quizá habria Pizarro evitado su infausto fin si, como se lo indicaba el astuto Rada, hubiese en el acto desterrado á Almagro.

La plática continuó en tono amistoso y, al despedirse Rada, le obsequió Pizarro seis naranjas que él mismo cortó por su mano del árbol y que eran de las primeras que se producian en Lima.

Con esta entrevista, pensó Don Francisco haber alejado todo peligro y siguió despreciando los avisos que constantemente recibia.

En la tarde del 25 de Junio, un clérigo le hizo decir que, bajo secreto de confesion, habia sabido que los almagristas trataban de asesinarlo y muy en breve.—Ese clérigo obispado quiere, respondió el marqués y, con la confianza de siempre, fué sin escolta á paseo y al juego de pelota y bochas, acompañado de Nicolás de Rivera el Viejo.

Al acostarse, el pajecillo que lo ayudaba á desvestirse le dijo:

—Señor marqués, no hay en las calles mas novedad sino que los de Chile quieren matar mañana á Su Señoría.

—Eh! déjate de bachillerías, rapaz, que esas cosas no son para tí, le interrumpió Pizarro.

Amaneció el domingo 26 de Junio y el marqués se levantó algo preocupado.

A las nueve llamó al alcalde mayor, Juan Velasquez, y, recomendóle que procurase estar al corriente de los planes de los de Chile y que, si barruntaba algo de grave, procediese sin mas acuerdo á la prision del caudillo y de sus principales amigos. Velasquez le dió esta respuesta que las consecuencias revisten de algun chiste.

—Descuide Vuestra Señoría, que mientras yo tenga

en la mano esta vara ¡juro á Dios! que ningun daño le ha de venir.

Contra su costumbre, no salió Pizarro á misa á la Catedral y mandó que se la dijesen en la capilla de palacio.

Parece que Velasquez no guardó, como debia, reserva con la órden del marqués y habló de ella con el tesorero Alonso Riquelme y algunos otros. Asi llegó á noticia de Pedro de San Millan, quien se fué á casa de Rada donde estaban reunidos muchos de los conjurados. Participóles lo que sabia y añadió:—tiempo es de proceder, pues si lo dejamos para mañana hoy nos hacen cuartos.

Mientras los demas se esparcían por la ciudad á llenar diversas comisiones, diez y nueve de los conjurados salieron precipitadamente del Callejon de los Clérigos, en direccion á palacio. Gomez Perez dió un pequeño rodeo para no meterse en un charco y Juan de Rada lo apostrofó:—Vamos á bañarnos en sangre humana y está cuidando vuesamereed de no mojarse los piés? Andad y volveos, que no servís para el caso.

Mas de quinientas personas, paseantes ó que iban á la misa de las doce, habia á la sazon en la Plaza y permanecieron impasibles mirando el grupo. Algunos maliciosos se limitaron á decir:—estos van á matar al marqués ó á Picado.

El marqués de los Atavillos, gobernador y capitan general del Perú Don Francisco Pizarro, se hallaba en uno de los salones de palacio en tertulia con el obispo electo de Quito, el alcalde Velasquez y hasta quince amigos mas, cuando entró un paje gritando:—los de Chile vienen á matar al marqués mi señor!

La confusion fué espantosa. Unos se arrojaron por los corredores al jardin y otros se descolgaron por las ventanas á la calle, contándose entre los últimos el alcalde Velasquez, que para mejor asirse de la balaustrada se puso entre los dientes la vara de juez. Así no faltaba al juramento que habia hecho tres horas antes; visto que si

el marqués se hallaba en atrenzos era por que él no tenia la vara en la mano sino en la boca.

Pizarro, con la coraza mal ajustada, pues no habia tenido espacio para acabarse de armar, la capa terciada en el brazo á guisa de escudo y su espada en la mano, salió á oponerse á los conjurados, que ya habian muerto á un capitan y herido á tres ó cuatro criados. Acompañaban al marqués su hermano uterino Martin de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes.

El marqués, apesar de sus sesenta y tres años, se batia con los bríos de la mocedad; y los conjurados no lograban pasar el dintel de una puerta, defendida por Pizarro y sus cuatro compañeros que lo imitaban en el esfuerzo y coraje.

—¡Traidores! ¿Por qué me quereis matar? ¡Qué desvergüenza! ¡Asaltar como bandoleros mi casa!—gritaba furioso Pizarro, blandiendo la espada, y á tiempo que heria á uno de los conjurados que Rada habia empujado sobre él, Martin de Bilbao le acertó una estocada en el cuello.

El conquistador del Perú solo pronunció una palabra —¡Jesus!—y cayó, haciendo con el dedo una cruz de sangre en el suelo, y besándola.

Entonces Juan Rodriguez Barragan le rompió en la cabeza una garrafa de barro de Guadalajara, y Don Francisco Pizarro exhaló el último aliento.

Con él murieron Martin de Alcántara y los dos pajes, quedando gravemente herido Ortiz de Zárate.

Quisieron mas tarde sacar el cuerpo de Pizarro y arrastrarlo por la Plaza; pero los ruegos del obispo de Quito y el prestijio de Juan de Rada estorbaron este acto de bárbara ferocidad. Por la noche, dos humildes servidores del marqués lavaron el cuerpo, le vistieron el hábito de Santiago sin calzarle las espuelas de oro, que habian desaparecido, abrieron una sepultura en la Catedral, en el patio que aun se llama de los Naranjos, y enterraron el cadáver. Encerrados en un cajon de terciopelo con

broches de oro se encuentran hoy los huesos de Pizarro bajo el altar mayor de la Catedral.

Realizado el asesinato salieron sus autores á la Plaza gritando: ¡Viva el Rey! ¡Muerto es el tirano! ¡Viva Almagro! ¡Póngase la tierra en justicia! Y Juan de Rada se restregaba las manos con satisfaccion diciendo:—Dichoso dia en el cual se conocerá que el mariscal tuvo amigos tales que supieron tomar venganza de su matador!

Inmediatamente fueron presos Gerónimo de Aliaga, el factor Illan Suarez de Carbajal, el alcalde de Cabildo Nicolás de Rivera el Viejo y muchos de los principales vecinos de Lima. Las casas del marqués, de su hermano Alcántara y de Picado fueron saqueadas. El botin de la primera se estimó en cien mil pesos, el de la segunda en quince mil y el de la última en sesenta mil.

A las tres de la tarde mas de doscientos almagristas habian creado un nuevo ayuntamiento, instalado á Almagro el Mozo en palacio con el título de gobernador hasta que el rey proveyese otra cosa, reconocido á Cristobal de Sotelo por su teniente gobernador y conferido á Juan de Rada el mando del ejército.

Los religiosos de la Merced que, tanto en Lima como en el Cuzco, eran almagristas, sacaron la custodia en procesion y se apresuraron á reconocer el nuevo gobierno, predicando la concordia de los partidos.

Una observacion histórica. El alma de la conjuracion fué siempre Rada, y Almagro el Mozo ignoraba todos los planes de sus parciales. No se le consultó para el asesinato de Pizarro y el jóven caudillo no tuvo en él mas parte que aceptar el hecho consumado.

Preso el alcalde Velasquez, consiguió hacerlo fugar su hermano el obispo del Cuzco Fray Vicente Valverde, aquel fanático de la órden domínica que tanta influencia tuvo para la captura y suplicio de Atahualpa. Embarcáronse luego los dos hermanos para ir á juntarse con Vaca de Castro; pero en la isla de la Puná los indios los

mataron á flechazos junto con otros diez y seis españoles. No sabemos á punto fijo si la Iglesia venera entre sus mártires al padre Valverde. Probable es que así sea!

Velasquez escapó de las brasas para caer en las llamas. Los caballeros de la capa no lo habrian tampoco perdonado.

Desde los primeros síntomas de revolucion, Antonio Picado se escondió en casa del tesorero Riquelme y, descubierto al siguiente dia su asilo, fueron á aprehenderlo. Riquelme dijo á los almagristas:—No sé donde está el señor Picado—y con los ojos les hizo seña para que lo buscasen debajo de la cama. La pluma se resiste á hacer comentarios sobre tamaña felonía.

Los caballeros de la capa, presididos por Juan de Rada y con anuencia de Don Diego, se constituyeron en tribunal. Cada uno enrostró á Picado el agravio que de él hubiera recibido, cuando era omnipotente cerca de Pizarro. Luego le dieron tormento para que revelase donde el marqués tenia tesoros ocultos y, por fin, el 29 de Setiembre, le cortaron la cabeza en la Plaza.

El juramento de los caballeros se cumplió al pié de la letra. La famosa capa le sirvió de mortaja á Antonio Picado.

III.

EL FIN DEL CAUDILLO Y DE LOS DOCE CABALLEROS.

No nos proponemos entrar en detalles sobre los catorce meses y medio que Almagro el Mozo se mantuvo como caudillo, ni historiar la campaña que para vencerlo tuvo que emprender Vaca de Castro. Por eso á grandes rasgos hablaremos de los sucesos.

Con escasas simpatías entre los vecinos de Lima, vióse forzado Almagro á abandonar la ciudad para reforzarse en Huamanga y el Cuzco, donde contaba con muchos partidarios. Dias antes de emprender la retirada se le presentó Francisco de Chavez esponiéndole una queja y,

no recibiendo reparacion de ella, le dijo: —No quiero ser mas tiempo vuestro amigo y os devuelvo la espada y el caballo.—Juan de Rada lo arrestó por la insubordinacion y en seguida lo hizo degollar. Así concluyó uno de los caballeros de la capa.

Juan de Rada, gastado por los años y las fatigas, murió en Jauja al principiarse la campaña. Fué esto un golpe fatal para la causa revolucionaria. Garcia de Alvarado lo reemplazó, como general, y Cristobal de Sotelo fué nombrado maese de campo.

En breve estalló la discordia entre los dos gefes del ejército y, hallándose Sotelo enfermo en cama, fué Garcia de Alvarado á pedirle satisfaccion por ciertas hablillas:—No me acuerdo haber dicho nada de vos ni de los Alvarados, contestó el maese de campo, pero si algo he dicho lo vuelvo á decir, porque, siendo quien soy, se me dá una higa de los Alvarados; y esperad á que me abandone la fiebre que me trae postrado para demandarme mas esplicaciones con la punta de la espada.—Entonces el impetuoso Garcia de Alvarado cometió la villanía de herirlo, y uno de sus parciales lo acabó de matar. Tal fué la muerte del segundo caballero de la capa.

Almagro el Mozo habria querido castigar en el acto al aleve matador; pero la empresa no era hacedera. Garcia de Alvarado, ensoberbecido con su prestijio sobre la soldadesca, conspiraba para deshacerse de Don Diego, y luego, segun le conviniese, batir á Vaca de Castro ó entrar en acuerdo con él. Almagro disimuló mañosamente, inspiró confianza á Alvarado y supo atraerlo á un convite que daba en el Cuzco Pedro de San Millan. Allí, en medio de la fiesta, un confidente de Don Diego se echó sobre Don Garcia diciéndole:

—Sed preso!

—Preso no sino muerto, añadió Almagro y le dió una estocada, acabándolo de matar los otros convidados.

Así desaparecieron tres de los caballeros de la capa, antes de presentar batalla al enemigo. Estaba escrito que

todos habian de morir de muerte violenta y bañados en su sangre.

Entretanto se aproximaba el momento decisivo y Vaca de Castro hacia á Almagro proposiciones de paz y promulgaba un indulto, del que solo estaban exceptuados los nueve caballeros de la capa, que aun vivian, y dos ó tres españoles mas.

El domingo 16 de Setiembre de 1542 terminó la guerra civil con la sangrienta batalla de Chupas. Almagro, al frente de quinientos hombres, fué casi vencedor de los ochocientos que seguian la bandera de Vaca de Castro. Durante la primera hora la victoria pareció inclinarse del lado del jóven caudillo; pues Diego de Hoces, que mandaba una ala de su ejército, puso en completa derrota una division contraria. Sin el arrojo de Francisco de Carbajal, que restableció el órden en las filas de Vaca de Castro; y mas que esto, sin la impericia ó traicion de Pedro de Candia que mandaba la artillería almagrista, el triunfo de los de Chile era seguro.

El número de muertos por ambas partes pasó de doscientos cuarenta y el de los heridos fué tambien considerable. Entre tan reducido número de combatientes solo se esplica un encarnizamiento igual, teniendo en cuenta que los almagristas tuvieron por su caudillo el mismo fanático entusiasmo que habian profesado al mariscal su padre; y ya es sabido que el fanatismo por una causa ha hecho siempre los héroes y los mártires.

Aquellos si eran tiempos en los que, para entrar en batalla, se necesitaba tener gran corazon. Los combates terminaban cuerpo á cuerpo y el vigor, la destreza y lo levantado del ánimo decidian del éxito.

Las armas de fuego distaban tres siglos del fusil de aguja y eran mas bien un estorbo para el soldado, que no podia utilizar el mosquete ó arcabuz si no iba provisto de eslabon. pedernal y yesca para encender la mecha. La artilleria estaba en la edad del babador; pues los pedreros ó falconetes, si para algo servian era para meter ruido co-

mo los petardos. Propiamente hablando, la pólvora se gastaba en salvas; pues, no conociéndose aun escala de punterias, las balas iban por donde el diablo las guiaba. Hoy es una delicia caer en el campo de batalla, asi el mandria como el audáz, con la limpieza con que se resuelve una ecuacion de tercer grado. Muere el prójimo matemáticamente, en toda regla, sin error de suma ó pluma y ello, al fin, debe ser un consuelo que se lleva el alma al otro barrio. Decididamente, ogaño una bala de cañon es una bala científica, que nace educada y sabiendo á punto fijo donde vá á parar. Esto es progreso y lo demas es chiribitas y agua de borrajas.

Perdida toda esperanza de triunfo, Martin de Bilbao y Gerónimo de Almagro no quisieron abandonar el campo y se lanzaron entre los enemigos gritando:—A mí que yo maté al marqués!—En breve cayeron sin vida.

Pedro de San Millan, Martin Carrillo y Juan Tello fueron hechos prisioneros y Vaca de Castro los mandó degollar en el acto.

Diego de Hoces, al bravo capitan que tan gran destrozo causara en las tropas realistas, logró escapar del campo de batalla para perecer en un barranco, donde lo arrojó su caballo desbocado.

Juan Rodriguez Barragan, que habia quedado por teniente gobernador en el Cuzco, fué apresado en la ciudad y se le ajustició. Las mismas autoridades que creó Don Diego, al saber su derrota, se declararon por el vencedor para obtener indultos y mercedes.

Diego Mendez y Gomez Perez lograron asilarse cerca del Inca Manco que, protestando contra la conquista, conservaba en las crestas de los Andes un grueso ejército de indios. Allí vivieron hasta fines de 1544. Habiendo un dia Gomez Perez tenido un altercado con el Inca Manco, lo mató á puñaladas; y entónces los indios asesinaron á los dos caballeros y á cuatro españoles mas que habian buscado refujio entre ellos.

Almagro el Mozo peleó con desesperacion hasta el úl-

timo momento en que, decidida la batalla, lanzó su caballo sobre Pedro de Candia, y diciéndole:—¡Traidor!—lo atravesó con su lanza. Entonces Diego Mendez lo forzó á emprender la fuga para ir á reunirse con el Inca, y habríanlo logrado si á Mendez no se le antojara entrar al Cuzco para despedirse de su querida. Por esta imprudencia fué preso el valeroso mancebo, logrando Mendez escapar para morir mas tarde, como ya hemos referido, á manos de los indios.

Se formalizó un proceso y Don Diego salió condenado. Apeló del fallo á la Audiencia de Panamá y al Rey, y la apelacion le fué negada. Entonces dijo con entereza: —Emplazo á Vaca de Castro ante el tribunal de Dios, donde seremos juzgados sin pasion; y pues muero en el lugar á donde degollaron á mi padre, ruego solo que me coloquen en la misma sepultura, debajo de su cadáver.

Recibió la muerte—dice un cronista que presenció la ejecucion—con ánimo valiente. No quiso que le vendasen los ojos por fijarlos, hasta su postrimer instante, en la imágen del Crucificado y, como lo habia pedido, se le dió la misma tumba que al mariscal su padre. Era este jóven de veinticuatro años de edad, nacido de una india noble de Panamá, de talla mediana, de semblante agraciado, gran ginete, muy esforzado y diestro en las armas, participaba de la astucia de su progenitor, excedia en la liberalidad á su padre, que fué harto dadivoso, y, como él, sabia hacerse amar con locura de sus parciales.

Así, con el triste fin del caudillo y de los caballeros de la capa, quedó esterminado en el Perú el bando de los de Chile.

LAS OREJAS DEL ALCALDE.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY MARQUES DE MONDEJAR.

I

La villa imperial de Potosí era á mediados del siglo XVI el punto á donde de preferencia afluian los aventureros. Así se explica que, cinco años despues de descubierto el rico mineral, excediese su poblacion de veinte mil almas.

Pueblo minero, dice el refran, pueblo vicioso y pendenciero. Y nunca tuvo refran mas exacta verdad, que tratándose de Potosí, en los dos primeros siglos de la conquista.

Concluia el año de gracia de 1550 y era Alcalde mayor de la villa el licenciado don Diego de Esquivel, hombre atrabiliario y codicioso, de quien cuenta la fama que era capaz de poner en subasta la justicia, á trueque de barras de plata.

Su Señoria era tambien goloso de la fruta del paraiso, y en la imperial villa se murmuraba mucho acerca de sus trapisondas mujeriegas. Como no se habia puesto nunca en el trance de que el cura de la parroquia le leyese la famosa epístola de San Pablo, don Diego de Esquivel hacia gala de pertenecer al gremio de los solterones, que tengo para mí constituyen, sino una plaga social, una

amenaza contra la propiedad del prógimo. Hay quien afirma que los comunistas y los solterones son bípedos que se asimilan.

Por entónces, hallábase su señoría encalabrinado con una muchacha potosina; pero ella, que no queria dares ni tomares con el hombre de la ley, lo habia muy cortesmente despedido, poniéndose bajo la salvaguardia de un soldado de los tercios del Tucuman, guapo mozo que se derretia de amor por los hechizos de la damisela. El golilla ansiaba, pues, la ocasion de vengarse de los desdenes de la ingrata á la par que del favorecido mancebo.

Como el diablo nunca duerme, sucedió que una noche se armó gran pendencia en una de las muchas casas de juego que, en contravencion á las ordenanzas y bandos de la autoridad, pululaban en la calle de *Quintu-Mayu*. Un jugador, novicio en prestidigitacion y que carecia de limpieza para levantar la *moscada*, habia dejado escapar tres dados en una puesta de interes, y otro rascarrabias, desnudando el puñal le clavó la mano en el tapete. A los gritos y á la sanfrancia correspondiente, hubo de acudir la ronda y con ella el Alcalde mayor, armado de vara y espadin.

—Cepos quedos y á la cárcel! dijo. Y los alguaciles, haciéndose compadres de los jugadores, como es de estilo en percances tales, los dejaron escapar por los desvanes limitándose, para llenar el expediente, á echar la zarpa á dos de los ménos listos.

No fué bobo el alegron de don Diego, cuando, constituyéndose al otro dia en la cárcel, descubrió que uno de los presos era su rival, el soldado de los tercios del Tucuman.

—Hola! Hola, buena pieza! ¿Con que tambien jugadorcito?

—¿Qué quiere Vueseñoría? Un pícaro dolor de dientes me traia anoche como un zarandillo y, por ver de aliviarlo, fuí á esa casa en requerimiento de un mi paisano que lleva siempre en la escarcela un par de muelas de

Santa Apolonia, que dizque curan esa dolencia como por ensalmo.

—Ya te daré yo ensalmo, truhan!—murmuró el juez y volviéndose al otro preso, añadió—Ya saben usarcés lo que reza el bando: cien duros ó cincuenta azotes. A las doce daré la vuelta y.....¡cuidadito!

El compañero de nuestro soldado envió recado á su casa y se agenció las monedas de la multa y cuando regresó el Alcalde halló redonda la suma.

—Y tú, malandrin ¿pagas ó no pagas?

—Yo, señor Alcalde, soy pobre de solemnidad; y vea Vueseñoría lo que provee porque aunque me hagan cuartos no han de sacarme un cuarto. Perdone, hermano, no hay que dar.

—Pues la carrera de baqueta lo hará bueno.

—Tampoco puede ser, señor Alcalde, que aunque soldado soy hidalgo y de solar conocido y mi padre es todo un veinticuatro de Sevilla. Infórmese de mi capitan don Alvaro Castrillon y sabrá Vueseñoría que gasto un Don como el mismo rey que Dios guarde.

—Tú, hidalgo, don bellaco? Maese Antunez, ahora mismo que le apliquen cincuenta azotes á este príncipe.

—Mire el señor licenciado lo que manda que ¡por Cristo! no se trata tan ruinmente á un hidalgo español.

—Hidalgo! Hidalgo! Cuéntamelo por la otra oreja.

—Pues, señor don Diego, repuso furioso el soldado, si se lleva adelante esa cobarde infamia, juro á Dios y á Santa Maria que he de cobrar venganza en sus orejas de Alcalde.

El licenciado le lanzó una mirada desdeñosa y salió á pasearse en el patio de la cárcel.

Poco despues, el carcelero Antunez con cuatro de sus pinches ó satélites, sacaron al hidalgo aherrojado, y á presencia del Alcalde le administraron cincuenta bien sonados zurriagazos. La víctima soportó el dolor sin exhalar la mas leve queja y, terminado el vapuleo, Antunez lo puso en libertad.

—Contigo, Antunez, no vá nada;—le dijo el azotado—pero anuncia al Alcalde que desde hoy las orejas que lleva me pertenecen, que se las presto por un año y que me las cuide como á mi mejor prenda.

El carcelero soltó una risotada estúpida y murmuró:

—A este prójimo se le ha barajado el seso. Si es loco furioso no tiene el licenciado mas que encomendármelo y veremos si sale cierto aquello de que el loco por la pena es cuerdo.

II

Hagamos una pausa, lector amigo, y entremos por un rato en el laberinto de la historia, ya que en todas nuestras Tradiciones nos hemos impuesto la obligacion de consagrar algunas líneas al virey, con cuyo gobierno se relaciona nuestro relato.

Despues de la trágica suerte que cupo al primer virey don Blasco Núñez de Vela, pensó la corte de España que no convenia enviar inmediatamente al Perú otro funcionario de tan elevado carácter. Por el momento, é investido con amplísimas facultades y firmas en blanco de Cárlos V, llegó á estos reinos el licenciado La Gasca con el título de gobernador; y la historia nos refiere que, mas que á las armas, debió á su sagacidad y talento la victoria contra Gonzalo Pizarro.

Pacificado el país, el mismo La Gasca manifestó al emperador la necesidad de nombrar un virey en el Perú y propuso para este cargo á don Antonio de Mendoza, marques de Mondejar y conde de Tendilla, como hombre amaestrado ya en cosas de gobierno por haber desempeñado el vireinato de Méjico.

Hizo su entrada á Lima, con modesta pompa, el marques de Mondejar, segundo virey del Perú, el 23 de Setiembre de 1551. El reino acababa de pasar por los horrores de una larga y desastrosa guerra, las pasiones de partido estaban en pié, la inmoralidad cundia y Francisco

Giron se aprestaba ya para acaudillar la sangrienta revolucion de 1553.

No eran ciertamente halagüeños los auspicios bajolos que se encargó del mando el marques de Mondejar. Principió por adoptar una política conciliadora rechazando, dice un historiador, las denuncias de que se alimenta la persecucion. Cuéntase de él, agrega Lorente, que habiendo un capitan, acusado á dos soldados de andar entre indios, sosteniéndose con la caza y haciendo pólvora para su uso exclusivo, le dijo con rostro severo:—Esos delitos merecen mas bien gratificacion que castigo; porque vivir dos españoles entre indios, y comer de lo que con sus arcabuces matan, y hacer pólvora para sí y no para vender, no sé que delito sea, sino mucha virtud y ejemplo digno de imitarse. Id con Dios y que nadie me venga otro dia con semejantes chismes, que no gusto de oirlos—

¡Ojalá siempre los gobernantes diesen tan bella respuesta á los palaciegos enredadores, denunciantes de oficio y forjadores de revueltas y máquinas infernales! Mejor andaria el mundo.

Abundando en buenos propósitos, muy poco alcanzó á ejecutar el marques de Mondejar. Comisionó á su hijo don Francisco para que recorriendo el Cuzco, Chucuito, Potosí y Arequipa formulase un informe sobre las necesidades de la raza indíjena; nombró á Juan Betanzos para que escribiese una historia de los Incas; creó la guardia de alabarderos; dictó algunas juiciosas ordenanzas sobre policia municipal de Lima y castigó con rigor á los duelistas y sus padrinos. Los desafios, aun por causas ridículas, eran la moda de la época y muchos se realizaban vistiendo los combatientes túnicas color de sangre.

Provechosas reformas se proponia realizar el buen don Antonio de Mendoza. Desgraciadamente sus dolencias embotaban la energía de su espíritu y la muerte lo arrebató en Julio de 1552, sin haber completado diez meses de gobierno.

III

Al siguiente dia don Cristóbal de Agüero, que tal era el nombre del soldado, se presentó ante el capitan de los tercios tucumanos, don Alvaro Castrillon, diciéndole:

—Mi capitan, ruego á Usia me conceda licencia para dejar el servicio. Su Magestad quiere soldados con honra y yo la he perdido.

Don Alvaro que distinguia mucho al de Agüero le hizo algunas observaciones, que se estrellaron en la inflexible resolucion del soldado. El capitan accedió al fin á su demanda.

El ultraje inferido á don Cristóbal habia quedado en el secreto; pues el Alcalde prohibió á los carceleros que hablasen de la azotaina. Acaso la conciencia le gritaba á don Diego, que la vara del juez le habia servido para vengar en el jugador los agravios del galan.

Y así corrieron tres meses, cuando recibió don Diego pliegos que lo llamaban á Lima para tomar posesion de una herencia y, obtenido permiso del corregimiento, principió á hacer sus aprestos de viaje.

Paseábase por *Cantumarca*, en la víspera de su salida, cuando se le acercó un embozado preguntándole:

—¿Mañana es viaje, señor licenciado?

—¿Le importa algo al muy impertinente?

—¿Qué si me importa? Y mucho! Como que tengo de cuidar esas orejas.

Y el embozado se perdió en una callejuela, dejando á Esquivel sumergido en un mar de cavilaciones.

En la madrugada emprendió su viaje al Cuzco. Llegado á la ciudad de los Incas, salió el mismo dia á visitar un amigo y, al doblar una esquina, sintió una mano que se posaba sobre su hombro. Volvióse sorprendido don Diego y se encontró con su víctima de Potosí.

—No se asuste, señor licenciado. Veo que esas orejas se conservan en su sitio y huélgome de ello.

Don Diego se quedó petrificado.

Tres semanas despues llegaba nuestro viajero á Huamanga y acababa de tomar posesion de la posada, cuando al anochecer llamaron á su puerta.

—¿Quién? preguntó el golilla.

—Alabado sea el Santísimo! contestó el de afuera.

—Por siempre alabado, amen—y se dirigió don Diego á abrir la puerta.

Ni el espectro de Banquo, en los festines de Macbett, ni la estátua del Comendador, en la estancia del libertino Don Juan, produjeron mas asombro que el que experimentó el Alcalde hallándose de improviso con el flajelado de Potosí.

—Calma, señor licenciado. ¿Esas orejas no sufren deterioro? Pues entónces hasta mas ver.

El terror y el remordimiento hicieron enmudecer á don Diego.

Por fin, llegó á Lima y en su primera salida encontró á su hombre-fantasma, que ya no le dirigia la palabra pero que le lanzaba á las orejas una mirada elocuente. No habia medio de esquivarlo. En el templo y en el paseo era el pegote de su sombra, su pesadilla eterna.

La zozobra de Esquivel era constante y el mas leve ruido lo hacia estremecer. Ni la riqueza, ni las consideraciones que, empezando por el virey, le dispensaba la sociedad de Lima, ni los festines, nada en fin, era bastante para calmar sus recelos. En su pupila se dibujaba siempre la imájen del tenaz perseguidor.

Y así llegó el aniversario de la escena de la cárcel.

Eran las diez de la noche y don Diego, seguro de que las puertas de su estancia estaban bien cerradas, arrellanado en un sillon de baqueta escribia su correspondencia, á la luz de una lámpara mortecina. De repente un hombre se descolgó cautelosamente por una ventana del cuarto vecino, dos brazos nervudos sujetaron á Esquivel, una mordaza ahogó sus gritos y fuertes cuerdas ligaron su cuerpo al sillon.

El hidalgo de Potosí estaba delante y un agudo puñal relucia en sus manos.

—Señor Alcalde Mayor, le dijo, hoy vence el año y vengo por mi honra.

Y con salvaje serenidad rebanó las orejas del infeliz licenciado.

IV.

Don Cristóbal de Agüero logró trasladarse á España, burlando la persecucion del virey marques de Mondejar. Solicitó una audiencia de Cárlos V, lo hizo juez de su causa y mereció no solo el perdon del soberano sino el título de capitan en un regimiento que se organizaba para Méjico.

El licenciado murió un mes despues, mas que por consecuencia de las heridas, de miedo al ridículo de oirse llamar el Alcalde sin orejas.

EL PEJE CHICO.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

Don Francisco de Toledo.

I.

Por los años de 1575 existió en Trujillo, ciudad amurallada que fundó Francisco Pizarro, un indio conocido entre los conquistadores con el nombre de don Antonio Chayhuac y entre los naturales como el heredero de *Chimu-Chumamanchu*, último gran cacique de Mansiche.

El inca *Pachacutec*, llamado el *reformador*, que gobernó el imperio mas de cincuenta años, se distinguió no solo como legislador sino como guerrero.

En 1378, imposibilitado por la carga de los años para las fatigas de una campaña, encomendó al príncipe heredero *Yupanqui* que con treinta mil soldados continuase la conquista de la costa. Sabido es que *Ccapac*, hermano del inca, habia realizado la de los valles del Rimac, Chancay, Huaraz, Conchucos, Huamachuco, Cajamarca, Ica, Nasca, Lunahuaná, Yauyos y Huarochirí. La empresa que iba á acometer *Yupanqui* era reducir á la obediencia del soberano del Cuzco al curaca del *Gran Chimu*, reyezuelo poderoso é indómito, cuya jurisdiccion se extendia

desde las márjenes del Santa hasta los ricos valles de Virú y Chicama.

La guerra fué larga y desastrosa. *Yupanqui* pidió á su padre un refuerzo de veinte mil cuzqueños que, unidos á las tropas que enviaron los caciques de los pueblos conquistados por *Ccapac*. alcanzaron al fin en 1384 que el soberano del *Gran Chimu* aceptase la honrosa capitulacion que constantemente le habia propuesto su generoso y bravo adversario. Hablando de esta guerra, dice Garcilaso, que fué la mas sangrienta que los incas habian tenido hasta entonces.

Basta de digresion y volvamos al cacique de Mansiche.

Don Antonio, cuyo padre habia aceptado con entusiasmo el nuevo culto, se entregó tambien fervorosamente á las prácticas devotas. El cacique, léjos de vivir con el fausto de sus antepasados, hacia ostentacion de pobreza y trabajaba personalmente en el cultivo de unas pocas fanegadas de terreno.

Por entónces, y ejerciendo el oficio de buhonero, hacia un jóven español frecuentes viajes de Lima á Trujillo. Garci Gutierrez de Toledo, que tal era su nombre, era huésped obligado del cacique á quien siempre obsequiaba con lo mejor de su pacotilla. El trato engendra cariño, y el indio llegó á experimentarlo muy cordial por el buhonero español, Garci Gutierrez, que alcanzó á ser padrino de dos de los hijos del cacique.

Mal perjeñado venia todas las tardes el vendedor de baratijas á casa de su compadre. El español era ambicioso y su comercio no prometia sacarlo nunca de pobre. Don Antonio le aconsejaba perseverancia y resignacion; pero su consejo era sermon perdido. Garci Gutierrez deseaba monedas y no palabras.

Una noche platicaban los dos compadres, al rayo de la luna, en la puerta de la choza del cacique. El español estaba de un humor endiablado y maldecia de su fortuna. De pronto lo interrumpió don Antonio, diciéndole:

—Pues bien, compadre, ya que fundas tu felicidad en el oro, voy á hacerte el hombre mas rico del Perú. Pero júrame no enorgullecerte con tu cambio de fortuna, ejercer la caridad con los pobres y aplicar la cuarta parte del tesoro, con que voy á brindarte, al culto de Dios y de su Santa Madre.

Garci Gutierrez, pensó en el primer momento, que su compadre el cacique se burlaba; pero la codicia se sobrepuso en su ánimo á todo recelo y juró por Cristo Señor Nuestro y por la porcion que le estuviera reservada en el Paraiso, llenar las condiciones que don Antonio le imponia.

El viajero que por el lado del mar se dirija hoy á Trujillo, verá á dos millas de distancia de la ciudad las ruinas de una gran poblacion de la época de los Incas.

Esas ruinas fueron la capital del *Gran Chimu.*

Don Antonio condujo al español á una *huaca*, escondida en el laberinto de las ruinas, y despues de separar grandes piedras que obstruian la entrada encendió un hachon, penetrando los compadres en un espacio donde se veían hacinados ídolos y objetos de oro macizo.

Garci Gutiérrez estuvo á punto de enloquecer. Iba de un sitio á otro, reia, lloraba y abrazaba al indio.

En el centro de la sala, y sobre un andamio de plata, habia una figura que representaba un pez. El cuerpo era de oro y los ojos los formaban dos esmeraldas preciosísimas. El español quedó estático contemplando el ídolo.

– Pues todo es tuyo, le dijo don Antonio. Hoy te obsequio la huaca del *Peje chico.* Sé feliz y si cumples tu juramento, algun dia te llevaré á la huaca del *Peje grande.*

Quien lea el libro impreso en Madrid en 1763, titulado:—*Relacion descriptiva que de la ciudad de Trujillo hace don Miguel Feijóo de Sosa, corregidor que fué de dicha ciudad*—encontrará las siguientes lineas que comprueban la fabulosa importancia del tesoro obsequiado al buhonero español por el cacique de Mansiche.

«Consta en los libros de las Cajas Reales de Trujillo «que el año de 1576 Garci Gutierrez de Toledo, hijo de

«Alonso Gutiérrez Neto, dió á Su Majestad de quintos por «extraccion del *Peje pequeño* de la huaca del Gran Chi«mu cincuenta y ocho mil quinientos veintisiete castellanos «de oro. Consta igualmente que algunos años despues dió «tambien por quinto el mismo Garci Gutierrez, en dife«rentes figuras de peces y animales que extrajo de la mis«ma huaca, veintisiete mil y veinte castellanos de oro.»

Pero, ántes de que veamos como cumplió el español su juramento, no nos parece fuera de propósito que echemos, lector, una mano de historia.

II

El Excelentísimo señor don Francisco de Toledo, hijo segundo del conde de Oropesa, mayordomo de Su Majestad Don Felipe II y quinto virey del Perú, tuvo indudablemente dotes de gran político, y á él debió en mucho España el afianzamiento de su dominio en los pueblos conquistados por Pizarro y Almagro. Despues de una visita por el virreinato, en la que gastó cerca de cinco años, se contrajo á legislar con pleno conocimiento de las necesidades públicas y del carácter de sus súbditos. Las famosas ordenanzas del virey Toledo son hoy mismo apreciadas como un monumento de buen gobierno. A la sombra de ellas, los hasta entónces oprimidos indios empezaron á disfrutar de algunas franquicias, y el virey se hizo para ellos mas querido que los *indiófilos* de nuestros asendereados tiempos de república constitucional.

La paz se consolidó bajo el paternal gobierno de Toledo. Las letras y la ciencia empezaron á brillar, fundándose la Real y Pontificia Universidad de San Márcos, cuyo primer rector fué el médico Meneses. Desgraciadamente con la creccion de este santuario de la inteligencia coincide el establecimiento de la Inquisicion en el Perú.

En esa época del coloniaje fué cuando un indio de Izcuchaca descubrió el poderoso mineral de cinabrio en Huancavelica, fundando Toledo esta ciudad bajo el nombre de Villarica de Oropesa.

Despues de trece años dos meses de gobierno, don Francisco, agobiado por los achaques inherentes á setenta y cinco diciembres, se decidió á regresar á España. Los cuatro vireyes que lo antecedieron habian encontrado un fin mas ó ménos triste en América. Blasco Núñez de Vela y don Diego de Acevedo y Zúñiga, conde de Nieva, perecieron de un modo trágico; el marques de Cañete murió loco y don Antonio de Mendoza falleció, casi súbitamente, á los pocos meses de mando. El quinto virey ambicionaba morir en la tierra donde nació.

Llegado á España fué víctima de la calumnia y de la envidia. Se le confiscó la fortuna que llevaba y que excedia de medio millon de pesos. Y, para colmo de agravio, el ingrato Felipe II, reconviniéndolo por la ejecucion del Inca Tupac-Amaru, que tuvo lugar en los primeros años del gobierno de Toledo, le dijo:-Idos á vuestra casa, don Francisco, que yo no os envié al Perú para matar reyes sino para servir reyes.

Don Francisco de Toledo, á quien la historia llama el Solon peruano, no sobrevivió mucho tiempo al desaire del monarca.

Volvamos á Garci Gutierrez.

III

Desde que Garci Gutierrez se vió rico renegó de su orígen plebeyo. ¡Debilidad humana!

Como hemos dicho, el virey don Francisco de Toledo gastó cinco años en recorrer el país y regresó á Lima en 1575, precisamente cuando acababa el buhonero español de exhibirse como dueño de un tesoro.

El virey, segun pública fama, era extremadamente avaro, vicio que deslustra ante la historia sus grandes cualidades como hombre de estado. Garci Gutierrez fué á visitarlo y le obsequió por valor de cien mil pesos en curiosidades de oro.

—No mire Vuexelencia en mi agasajo, le dijo, mas que

el cariño del deudo. Toledo es Vucsencia y yo soy Garci Gutierrez de Toledo.

—Que sea por muchos años, pariente, le contestó don Francisco con amabilidad.

Garci Gutierrez estaba satisfecho, pues el virey lo habia reconocido en público por su deudo. En cuanto á su Excelencia, pensaba que bien se podia reconocer por mas que pariente á quien en vez de pedir se mostraba tan largamente dadivoso. Llueven primos como éste, se dijo, que yo no he de demandarles su árbol genealógico.

Corrian los años y Garci Gutierrez, que se llenaba la boca hablando de su primo el virey y que se trataba á cuerpo de príncipe, veia rápidamente desaparecer su fortuna en banquetes espléndidos y en regalos á sus amigos de la nobleza. En cuanto á hacer obras de caridad y dar limosnas para el culto divino, como lo habia jurado, no hay para qué empeñarse en probar que así pensó en ello como en inventar la brújula.

Llegó á la postre un dia en que se vió *per istam*, y entónces se acordó de su compadre el cacique de Mansiche. Emprendió viaje á Trujillo, y avistándose con don Antonio, le dijo:

—Compadre Antonio, estoy arruinado.

—No me extraña la nueva, compadre Garci Gutierrez. Lo barrunté desde que al cabo de tantos años es ahora cuando se le ha venido á las mientes el santo de mi nombre. ¿Y en qué puedo servirlo, señor compadre?

—Dándome la huaca del *Peje grande*.

—No estoy loco todavía y no hablemos mas de ello. Mi secreto irá conmigo á la tumba.

Garci Gutierrez suplicó, lloró y apeló á todo recurso; pero sus esfuerzos se estrellaron ante la estoica tenacidad del indio. Despues de tres meses de lucha, el ex-buhonero perdió la esperanza de ablandar las entrañas de roca del compadre, y volvió á Lima confiado en la largueza de su primo el virey. Pero la fortuna volvia la espalda á

Garci Gutierrez. Hacia una semana que Su Excelencia habia partido para España.

Nuestro hombre no conocia el mundo. Ignoraba que en los dias de prosperidad abundan los amigos y que en las horas de la desgracia desaparecen. Al verlo pobre, sus antiguos compañeros de festines le huian miserablemente y, como Garci Gutierrez habia renegado de su orígen, se encontró tambien justamente despreciado por los plebeyos.

Hastiado por las decepciones, enfermo del alma y del cuerpo, viejo ya y sin fuerzas para el trabajo, Garci Gutierrez obtuvo por caridad una celda y un pan en el convento de los buenos padres franciscanos.

IV

Los historiadores están uniformes en que Atahualpa ofreció á Pizarro pagarle en oro su rescate. Al efecto, el Inca envió emisarios por todo el imperio y ya existia depositada en Cajamarca gran parte del rescate, cuando Pizarro se decidió á manchar su gloria dando muerte al soberano.

Tan luego como tuvieron noticia de este crímen, muchos de los emisarios que se hallaban en camino para Cajamarca resolvieron enterrar los tesoros de que eran conductores.

Tal fué el origen de las huacas del Pejo grande y del Peje chico.

En la primera se han emprendido, aun en nuestros dias, sérios trabajos para arrancarla el secreto del cacique de Mansiche; pero siempre ha quedado burlada la codicia de los hombres. Y como si la Providencia tuviera empeño en azuzarla, acontece que de vez en cuando, entre las ruinas del Chimu, se descubre algun objeto de oro.

LA MONJA DE LA LLAVE.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

CONDE DEL VILLAR DON PARDO.

I

Corria el mes de Mayo del año de gracia 1587.

Media noche era por filo cuando un embozado escalaba, en la calle de las Mantas, un balcon perteneciente á la casa habitada por el conquistador Nicolas de Rivera el Mozo, á quien el marqués don Francisco Pizarro habia favorecido con pingües repartimientos y agraciado Cárlos V con el hábito de Santiago. Quien lea el acta de fundacion de Lima (18 de Enero de 1535) encontrará los nombres de Nicolas de Rivera el Viejo, que fué uno de los trece valientes que en la isla del Gallo juraron realizar con Pizarro la conquista, y Nicolas de Rivera el Mozo. Por la época de esta tradicion la mocedad de Rivera el Mozo era una pulla; pues nuestro poblador de la ciudad de los Reyes rayaba en los setenta y cinco diciembres.

No se necesita inspiracion apostólica para adivinar que era un galan el que así penetraba en casa de Rivera el Mozo, y que el flamante caballero santiagués debia tener hija hermosa y casadera.

Doña Violante de Rivera, dicho sea en puridad, era una linda limeña de ojos negros, tez aterciopelada, riza y

poblada cabellera, talle de sílfide, mano infantil y el pié mas mono que han calzado zapaticos de raso. Contaba entónces veinticuatro abriles muy floridos; y á tal edad muchacha de buen palmito y sin noviazgo ó quebradero de cabeza, es punto ménos que imposible. En vano su padre la tenia bajo la custodia de una dueña quintañona, mas gruñidora que mastin de hortelano é incólume hasta de la sospecha de haberse ejercitado en los dias de su vida en zurcir voluntades. ¡Bonita era doña Circuncision para tolerar trapicheos, ella que cumplia con el precepto todas las mañanas y que comulgaba jueves y domingo!

Pero Violante tenia un hermano nombrado don Sebastian, oficial de la escolta del virey, el cual hermano se trataba íntimamente con el capitan de escopeteros Rui Diaz de Santillana; y como el diablo no busca sino pretesto para perder á las almas, aconteció que el capitancito se le entró por el ojo derecho á la niña.

La honrada doña Circuncision acostumbraba cada noche hacerse leer por su pupila la vida del santo del dia, rezar con ella un rosario cimarron mezclado de caricias al *michimorrongo* y, en oyendo á las nueve las campanas de la queda, apurar una jícara de soconuzco acompañada de vizcochos y mantecados. Pero es el caso que Violante se daba trazas para, al descuido y con cuidado, echar en el chocolate de la dueña algunas gotas de extracto de floripondios, que producian en la beata un sueño que distaba no mucho del eterno. Así, cuando ya no se movia ni una paja en la casa ni en la calle, podia el capitan Rui Diaz, con auxilio de una escala de cuerda, penetrar en el cuarto de su amada, sin temor á importunas sorpresas de la dueña.

En la noche de Mayo de que hablamos al principio, apénas acabó el galan de escalar el balcon cuando un acceso de toz lo obligó á llevar á la boca su pañuelo de batista, retirándolo al instante teñido en sangre y cayendo desplomado en los brazos de la jóven.

No es para nuestra anti-romántica pluma pintar el do-

lor de Violante. Mal huésped es un cadáver en la habitacion de una noble y reputada doncella.

La hija de Rivera el Mozo pensó, al fin, que lo primero era esconder su falta á los ojos de su anciano y orgulloso padre; y dirigiéndose al cuarto de su hermano don Sebastian, entre sollozos y lágrimas, lo informó de su comprometida situacion.

Don Sebastian principió por irritarse; mas calmándose luego se encaminó al cuarto de Violante, echó sobre sus hombros al muerto, se descolgó con él por la escala del balcon y, merced á la oscuridad y á que en esos tiempos era difícil encontrar en la calle alma viviente despues de las diez de la noche, pudo depositar el cadáver en la puerta del templo de Santo Domingo. Vuelto á su casa ayudó á su hermana á lavar las baldosas del balcon, para hacer desaparecer la huella de la sangre, y terminada tan conveniente operacion, la dijo:

—Ira de Dios, hermana! Por lo pronto solo el cielo y yo sabemos tu secreto y que has cubierto de infamia las honradas canas de Rivera el Mozo. Apréstate para encerrarte en el convento, si no quieres morir á mis manos y llevar la desesperacion al alma de nuestro padre.

En aquellos tiempos se hilaba muy delgado en asuntos de honra.

Y en efecto, algunos dias despues Violante tomaba el velo de novicia de la Encarnacion, única congregacion de monjas que por entónces existia en Lima. Y por mas honrar en la persona de su hija al caballero santiagués, asistió á la ceremonia como padrino de hábito el virey del Perú, conde del Villar Don Pardo.

II

Echemos, lector, el obligado parrafillo histórico ya que incidentalmente nombramos al conde del Villar Don Pardo, á quien las traviesas limeñas llamaban el *temblecon*, aludiendo á la debilidad nerviosa de sus manos.

Gobierno bien fatal fué el del Exmo. señor don Fernando de Tórres y Portugal, conde del Villar Don Pardo, sétimo virey del Perú por Su Majestad don Felipe II. Sucediendo á don Martin Enriquez, de la casa de los marqueses de Alcañices, y que ántes habia sido virey de Méjico, diríase que ésto le legó tambien su desgracia en el mando; pues sabido es que don Martin apénas tuvo vida para gobernar veintiun meses, si es que puede llamarse gobierno el de un hombre cuyas dolencias físicas no le permitian mas que prepararse á bien morir.

El terremoto que en 1582 arruinó Arequipa y el que en 1585 dejó á Piura y Lima en escombros:—el tercer concilio limense presidido por el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo y que se disolvió con grave escándalo:—los desastres de la flota que condujo quinientos treinta hombres para colonizar Magallanes y que sucumbieron todos, ménos veinte, al rigor de las privaciones y del clima:—los excesos en el Pacífico del pirata inglés Tomas Cavendish:—una peste de viruelas que hizo millares de víctimas en el Perú:—la pérdida de las sementeras que trajo por consecuencia una carestía tal de víveres que la fanega de trigo se vendió á diez pesos;—y por fin la nueva del destrozo sufrido por la invencible escuadra, destinada contra la *reina-vírgen* Elisabeth de Inglaterra: ved en compendio la historia de don Martin Enriquez, el *gotoso*, y de su sucesor don Fernando de Tórres, el *temblecon*.

En los tres años de su gobierno, desde Noviembre de 1586 hasta Diciembre de 1589, no hizo el conde del Villar Don Pardo sino amenguar el patronato, entrar en querellas ridículas con los inquisidores, dar pábulo á las disenciones de la Audiencia, dejar sin castigo á los defraudadores del fisco y permitir que en todas las esferas sociales se entronizase la inmoralidad.

No somos nosotros. Es la historia la que trata tan mal al conde del Villar don Pardo.

III

Ajusticiado en la plaza de Lima, en Diciembre de 1554, el capitan don Francisco Hernández Giron que habia alzado bandera contra el rey, su viuda doña Mencia de Sosa y la madre de esta doña Leonor Portocarrero fundaron, el 25 de Marzo de 1558 y provisionalmente en la misma casa que habitaban, un monasterio en el que profesaron en breve muchas damas de la nobleza colonial. Doña Leonor fué reconocida por abadesa y doña Mencia aceptada como sub-priora.

La profesion de una de las hijas del mariscal Alvarado, que fué maese de campo del licenciado La Gasca en la campaña contra Gonzalo Pizarro, ocasionó un conflicto; pues realizóse con solo el permiso del arzobispo Loaiza y sin anuencia del vicario provincial agustino, que se oponia porque doña Isabel y doña Ines de Alvarado, aunque hijas de hombre tan ilustre y rico, eran mestizas.

El mariscal dotaba á cada una de sus hijas con veinte mil pesos y ofrecia hacer testamento á favor del monasterio. Las monjas aprovecharon de un viaje al Cuzco del padre provincial para dar la profesion á doña Isabel; pues no eran para despreciadas su dote y las esperanzas de la herencia. Cuando regresó á Lima el vicario y se impuso de lo acontecido, castigó á las monjas cortándolas una manga del hábito. Todas las clases sociales se ocuparon con calor de este asunto hasta que, aplacadas las iras del vicario, perdonó á las religiosas devolviendo á cada una la manga de que la habia despojado.

Esto influyó para que, puestas las monjas bajo la proteccion del arzobispo é interesándose por ellas la sociedad limeña, el virey marqués de Salinas activase la fábrica del actual convento al que se trasladaron las canonesas.

Los capítulos para eleccion de abadesa, fueron siempre, hasta la época de la Independencia, muy borrascosos entre las canonesas; y por los años de 1634 siendo

arzobispo de Lima el señor don Fernando de Arias Ugarte nacido en Bogotá, la monja Ana María de Frias, asesinó con un puñal á otra religiosa. Enviada la causa á Roma, la congregacion de cardenales condenó á la delincuente á seis años de cárcel en el monasterio, privacion de voz activa y pasiva, prohibicion de locutorio y ayuno todos los sábados.

Fué éste el primer monasterio que hubo en Lima; pues el de la Concepcion, fundado por una cuñada del gobernador Pizarro, y los de la Trinidad, Descalzas y Santa Clara, se erigieron durante los últimos veinticinco años del siglo de la conquista. Los de Santa Catalina, el Prado, Trinitarias y el Cármen, fueron establecidos en el siglo XVII y datan desde el pasado siglo los de Nazarenas, Mercedarias, Santa Rosa y Capuchinas de Jesus María.

Como solo las nobles y ricas descendientes de los conquistadores podian ser admitidas entre las aristocráticas canonesas de la Encarnacion, pronto dispuso este monasterio de crecida renta, aparte de los donativos y proteccion decidida que le acordaron muchos vireyes.

Volvamos á Violante de Rivera, cuya toma de hábito y profesion solemne, que para siempre la apartaba del mundo, se realizaron con un año de intervalo en la primitiva casa de las monjas.

La tristeza dominaba el espíritu de la jóven. Su corazon era de aquellos que no saben olvidar lo que amaron.

Su profunda melancolía y una llavecita de oro que pendiente de una cadenilla de plata llevaba al cuello, daban lugar á las conversaciones y conjeturas de sus compañeras de claustro. Aunque monjas no habian dejado de ser mujeres y curiosas; y perdian su latin por adivinar tanto el motivo de la pena como el misterio que para ellas debia significar la cadenilla. Cansadas al fin de murmuraciones bautizaron á Violante con el nombre de—*la monja de la llave.*

Y así corrió otro año hasta que murió Violante, casi

de una manera súbita, víctima de los sufrimientos morales que la devoraban.

Entónces las monjas desprendieron de su cuello la misteriosa llavecita de oro, que tan intrigadas las habia traido, y abrieron con ella una pequeña caja de sándalo que Violante guardaba cuidadosamente en un mueble de su celda.

La cajita de sándalo encerraba las cartas de amor y el pañuelo ensangrentado del capitan Rui Diaz de Santillana.

LAS QUERELLAS DE STO. TORIBIO.

CRONICA DE LA EPOCA DEL SEGUNDO

MARQUES DE CAÑETE.

I

—Señor excelentísimo: un español ha asesinado á otro con marcada alevosía.

—Que entierren al muerto y que se juzgue al vivo.

—Juzgado está y sentenciado.

—Pues que se cumpla la pena.

—Ello es, con venia de vuesencia, que una cosa es quebrar huevos y otra cosa hacer tortilla.

—¿Cómo se entiende, señor alcalde? En estos reinos la justicia no vá recta por su camino?

—Perdone vuesencia; pero es el caso que el matador se ha llamado á iglesia y de mí sé decir que no acierto con la manera de proceder.

—Los templos no se hicieron para seguro de pícaros. ¡Medrados estábamos, por Santiago! Entiéndalo así el señor Juan Ortiz de Zárate y proceda en consecuencia, sin torcer ni doblegar la vara.

Tal fué el diálogo que, en la sala del despacho de la Real Audiencia de Lima, tuvo lugar una mañana del año 590 entre el alcalde del crímen don Juan Ortiz de Zá-

rate y el virey, recientemente llegado, don García de Mendoza.

Retiróse el buen alcalde, dando y cabando en las palabras de su excelencia é inquiriendo en su caletre un expediente para dejar bien puestos los fueros de la justicia civil sin agravio de las prerogativas eclesiásticas. Su cabeza era una olla de grillos y, poniendo al fin remate á sus cavilaciones, se resolvió á pasar un respetuoso oficio al arzobispo, solicitando su licencia para la estradicion del reo.

La respuesta no se hizo esperar mucho. El prelado, con latines y citas de los santos padres y de los concilios, defendia la inmunidad de la iglesia.

—Pues ahora veredes y que todo turbio corra, que la justicia está ántes que los cánones y las súmulas—dijo amoscado el alcalde y con una cohorte de alguaciles se dirigió al templo, estrajo al delincuente y lo aposentó en la cárcel, previniéndole que fuese liando el petate para pasar á mejor vida.

Figúrese el lector, pues mas es para imaginada que para escrita, la sarracina que armaria en el devoto pueblo tan espeditivo procedimiento judicial. Por su parte el arzobispo amenazó á Ortiz de Zárate con excomunion mayor, si ántes de veinticuatro horas no devolvia el reo á lugar sagrado.

—Lugar sagrado es la tierra y cumplo con todos ahorcando al criminal y enterrándolo en sitio bendito—pensó el alcalde, y dió por contestacion al oficio arzobispal el cuerpo del reo balanceándose en la horca.

Al otro dia, las iglesias y torres amanecieron cubiertas de paños fúnebres, las campanas tocaron incesantemente plegarias y el santo arzobispo Toribio Alfonso de Mogrovejo pronunció contra el alcalde del crímen Juan Ortiz de Zárate la terrorífica excomunion.

Aquí de los conflictos del excomulgado. Su mujer abandonó el domicilio conyugal, siguiéronla sus hijos y criados y hasta los alguaciles hicieron renuncia de las va-

ras, para que á sus almas no les tocase en el otro mundo algo de la chamusquina.

La situacion del alcalde se hizo de dia en dia peor que la de un leproso. Ni un amigo atravesaba el dintel de sus puertas, ni hallaba prógimo que le devolviera el saludo. Los mercaderes se excusaban de venderle, sus deudores se creian en conciencia obligados á no pagarle, y si en la calle le venia en antojo encender un cigarrillo ó beber un vaso de agua, no hallaba alma caritativa que lo amparase con fuego ó líquido.

—La soga rompe por lo mas delgado. ¿No habria sido justo excomulgar tambien á su excelencia?—pensaba el pobre excomulgado en la soledad de sus noches.

Aburrido de tanta calamidad, se puso un dia de rodillas en la puerta del templo, con la cabeza descubierta, las espaldas desnudas y una soga al cuello. Llegó el arzobispo de gran ceremonial, le dió con una vara de membrillo tres golpes en las espaldas, le pronunció el sermon del caso y la oveja quedó restituida al redil de la cristiandad. Las campanas se echaron á vuelo, hubo fiestas y mantel largo en los conventos y aquí paz y despues gloria.

Aquel mismo dia hizo Ortiz de Zárate renuncia de su empleo, y cuentan que el virey dijo á sus compañeros de Audiencia:

—Aceptémosle su dimision á ese bellaco; pues no servirá nunca por entero ni á Dios ni al diablo.

II

Antes de proseguir sacando á plaza las querellas entre el santo arzobispo y el excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete y octavo virey del Perú, parece oportuno hacer una ligera reseña histórica de la epoca de su gobierno.

Cuando don Andres Hurtado de Mendoza, primer marqués de Cañete, era en 1558 virey del Perú, su hijo don García, como gobernante de Chile, se conquistó una gran

reputacion venciendo á los araucanos, enviando espediciones esploradoras á Magallanes, fundando ciudades de la importancia de Mendoza y dictando ordenanzas acertadas para el progreso y bien estar de los pueblos que le estaban confiados.

Cuando falleció el virey, don García volvió á España donde Felipe II lo colmó de honores, lo hizo su embajador en Venecia y mas tarde lo envió á gobernar en América los mismos pueblos que treinta años antes habia mandado su progenitor.

Hizo don García su entrada en Lima el 8 de Enero de 1590, acompañado de su esposa doña Teresa de Castro y de muchas familias que venian con ellos desde España. La recepcion fué de lo mas solemne y la ciudad estuvo durante ocho dias de gala y regocijo.

Aconteció en ellos que habiendo ido el arzobispo á visitarlo en palacio, vió bajo el dosel un solo sillon ocupado por don García. El prelado arrastró otro de los sillones que habia en el salon y, colocándolo junto al del virey, le dijo:—Bien cabemos aquí, que todos somos del Consejo de Su Magestad.—Hurtado de Mendoza frunció el entrecejo y desde ese dia trató con frialdad cortesana á Toribio de Mogrovejo.

El país veía en el marqués de Cañete á su salvador; pues, destruida por los ingleses la famosa escuadra que Felipe II denominó *la invencible*, Elisabeth de Inglaterra lanzaba empresas piráticas contra las colonias españolas. El nuevo virey organizó en el acto la defensa de la costa y formó una escuadrilla, cuyo mando fué confiado á don Beltran de Castro, hermano de la vireyna. Los piratas, á órdenes de Ricardo Hawkins, á quien llaman muchos cronistas Ricardo Aquines, habian hecho un buen botin en Valparaiso y otros puertos y se dirigian al Callao; mas don Beltran los sorprendió anclados en Pisco, les ocasionó graves daños y dándoles caza por varios dias, en los que fueron frecuentes los combates, obtuvo al fin que

Hawkins se rindiera prisionero, empeñándole el jefe español palabra de que su vida seria respetada.

En punto á empresas marítimas, protegió mucho don Garcia la espedicion de Alvaro Mendaña á las islas de Salomon, y Mendaña, en gratitud, denominó al primer grupo de islas de que fué descubridor las Marquesas de Mendoza.

Los apuros del tesoro español tenian que ser salvados por las colonias. Así el virey tuvo que emplear su energía toda para establecer, cumpliendo con las órdenes del monarca, la alcabala y otros impuestos. Ellos dieron en Quito márgen para una gran sublevacion que el marqués de Cañete logró sofocar, mas por su sagacidad que por la fuerza de las armas.

Despues de seis años de gobierno, en los que dictó ordenanzas favorables á los indios, fundó la villa de Castrovireina, atendió á la instruccion y á las obras públicas y realizó muchas útiles reformas, regresó don García á España entregando el poder al marqués de Salinas.

III

En 1591 y con el tres por ciento de las rentas eclesiásticas, segun lo acordado en uno de los concilios de Lima, fundó Santo Toribio el Colegio Seminario que hoy lleva su nombre; y para establecer el dominio que sus sucesores debian tener sobre el local, mandó colocar su escudo sobre el arco de la puerta.

Entre los jesuitas de Lima hallábase el padre Hernando de Mendoza, hermano del virey, que influia poderosamente en el ánimo de don García. La compañía de Jesus hostilizaba al arzobispo porque éste desechó la pretension de los padres de ejercer jurisdiccion, no solo sobre la parroquia del Cercado sino tambien sobre la de San Lázaro. A esta influencia y á la queja que abrigaba el virey contra el arzobispo, por haber desatendido su empeño para que alzase la excomunion á Ortiz de Zárate, se ha-

bian añadido quisquillas de ceremonial ó etiqueta en las fiestas de Catedral.

El marqués de Cañete vió en la colocacion del escudo un agravio al patronato del monarca; y en el acto envió un capitan con soldados y albañiles para romper el heráldico adorno. El pueblo se arremolinó para impedirlo; pero la tropa dejó en breve la calle espedita de bochincheros y el mandato del virey quedó cumplido.

La poblacion se dividió en dos bandos: uno por el arzobispo, y este era el mayor, y otro por el virey y el monarca. Al fin, y para devolver la quietud á los ánimos inquietos, se recibió en Lima una real cédula de Felipe II, fechada en Madrid á 20 de Mayo de 1592, la cual dice en conclusion:

«Marques de Cañete, mi visorey, gobernador y capitan «general de mis reinos del Perú..... Os mandamos «que dejeis el gobierno y administracion del dicho Cole«gio Seminario á la disposicion del arzobispo y tambien «el hacer la nominacion de los colegiales, conforme á lo «dispuesto en el Santo Concilio de Trento y en el que se «celebró en esa ciudad de los Reyes el año pasado de ochen«ta y tres. Y así mismo que en las casas del dicho colegio «pueda poner sus armas, si quisiere, con tal que tambien «se pongan las mias en el mas preeminente lugar, en re«conocimiento del patronato universal que por derecho y «autoridad apostólica me pertenece y tengo en todas las «Indias.»

Como se vé, la cédula es conciliadora y puso término sagaz á la querella.

El escudo del rey se colocó en la puerta del Seminario; pero Santo Toribio no quiso poner debajo el emblema arzobispal, conducta que Felipe II no calificó de humilde y que acaso tuvo en cuenta mas tarde para humillar al prelado.

IV

El duque de Sessa, embajador de España en Roma,

dió cuenta al rey de que el arzobispo de Lima habia pasado un memorial al Santo Padre, consultándolo sobre varios puntos que afectaban el patronato, y quejádose de que Felipe II autorizaba á los obispos de América para tomar posesion, salvando algunas formas canónicas, y de que se le negaban recursos para sostener el Seminario.

A la vez el Consejo de Indias recibia informaciones idénticas, trasmitidas por el marqués de Cañete y por los obispos del Tucuman y de Charcas.

Entónces se expidió la Real Cédula de 29 de Mayo de 1593, que dice:

..... «Enviareis á llamar al arzobispo al acuerdo y, «en presencia de la Audiencia y sus ministros, le dareis á «entender cuán indigna cosa ha sido á su estado y profe«sion haber escrito á Roma semejantes cosas; pues ni es «cierto que los obispos tomen posesion de sus iglesias sin «Bulas, ni tampoco que mi Consejo de las Indias le im«pida la visita de sus hospitales y fábrica de su arzobispa«do, que bien sabe que los hospitales de pueblos de espa«ñoles son de mi patronazgo y están exentos de su juris«diccion en lo temporal, pues en lo espiritual le queda la «visita libre, como la tiene y ha tenido, sin que en esto, «ahora ni en ningun tiempo, se le haya puesto impedi«mento. Y que tambien es incierto lo que dijo acerca de «que no tenia con que sustentar el Colegio Seminario, «pues, como es notorio, en el Concilio que en esa ciudad «se celebró y que fué aprobado por autoridad apostólica, «se le adjudicaron tres por ciento de las rentas eclesiásti«cas. Y, entendido todo esto, le direis asi mismo, que si «bien fuese justo mandarle llamar á mi Corte para que «se le tratara de este negocio mas de propósito y se hicie«ra una gran demostracion, cual lo pide su exceso, lo he «dejado por lo que su iglesia y ovejas pudieran sufrir «en tan larga ausencia de su prelado; pero que debe sen«tir mucho que su mal proceder haya obligado á satisfacer «en Roma, con tanta mengua de su autoridad é nota en la «eleccion que yo hice de su persona; pues se deja enten-

«der lo que se podrá decir y juzgar de relacion tan incier«ta y esto en quien ha recibido de mí tantas mercedes y «honra. Y de su respuesta y demostracion que hiciere me «avisareis.»

Citado Santo Toribio compareció ante la Real Audiencia presidida por el virey, y oyó, de pié, la lectura de la tremenda filípica. Terminada esta, dijo el arzobispo:

—¡Enojado estaba nuestro rey! Sea por amor de Dios! Satisfacémosle, satisfacémosle, satisfacémosle.

Tal fué la última querella del arzobispo Toribio de Mogrovejo con el poder civil.

V

Nos creemos obligados á terminar esta tradicion con una breve noticia biográfica del prelado.

Toribio Alfonso de Mogrovejo nació en Mayorga, ciudad del antiguo reino de Leon, en España, y entró á Lima con el carácter de arzobispo el 24 de Mayo de 1581. Acompañáronlo su hermana doña Grimanesa y el marido de ésta don Francisco Quiñones, que fué corregidor y alcalde del cabildo y que, bajo el gobierno del marqués de Salinas, pasó con tropas á Chile, para sofocar una insurreccion de los araucanos.

Hizo tres visitas diocesanas y celebró tres concilios provinciales, siendo uno de ellos muy borrascoso por una cuestion que promovió el obispo del Cuzco, don Sebastian de Lartahun, apoyado por los obispos del Tucuman y Charcas.

Fundó el monasterio de Santa Clara y erigió las capillas de las Divorciadas y Copacabana con una casa de asilo para mujeres.

La caridad de Mogrovejo fué verdaderamente ejemplar. No solo agotaba sus recursos para socorrer á los necesitados, sino que aun recurria á la fortuna de su hermana. Una ocasion, no teniendo qué dar, regaló el candelabro de plata de su dormitorio, quedándose el arzobis-

po con la bujía en la mano. A doña Grimanesa y á su marido, les hacian poca gracia las larguezas del deudo, y, por mas que lo intentaban, no conseguian nunca atarlo corto.

Una curiosa anécdota de su ilustrísima. Cierta noche pasaba con un familiar por la puerta del palacio del virey. El centinela dió la voz de—

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Toribio—contestó el prelado.

—¿Qué Toribio?

—El de la esquina.

Con esta respuesta salió el oficial de mal talante á reconocer al burlon, prometiéndose hacerlo dormir sobre una tarima del cuerpo de guardia. Pero se encontró con el arzobispo que conducia en sus hombros un moribundo.

La aventura se hizo pública al dia siguiente, y el virey don García llamaba desde entónces al arzobispo—*Toribio el de la esquina.*—Sabido es que la casa arzobispal está situada en una esquina que forma ángulo con el palacio de gobierno.

Murió el arzobispo Mogrovejo en Saña, á la edad de sesenta y ocho años, el juéves santo 23 de Marzo de 1606, habiendo gobernado su iglesia 24 años 10 meses.

Inocencio XI lo beatificó en 1679 y fué canonizado por Benedicto XIII en 1727.

LOS MALDITOS.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY MARQUES DE SALINAS.

I

San Pedro Mama.

Por los años de 1601 existian, á pocas leguas de Lima, dos magníficas villas habitadas por una poblacion indígena, que excedía de doce mil almas, villas que hoy soy miserables villorrios, de desmanteladas casucas y poquísimos habitantes. Hallábase la una situada en la margen izquierda del rio de Lurin y la otra, mas opulenta, en ambos lados del rio de San Pedro, uno de los afluentes del Rimac. Cada una de estas villas distará nueve ó diez leguas de las riveras del mar.

El mártes de Pascua de Resurreccion de 1601 el cura de San Pedro, que tal era el nombre de una de las villas, resolvió, despues de celebrar misa, pasar á Lima en compañía del sacristan, que era un negro esclavo suyo. Cerca de La Chosica recordó el buen párroco que habia dejado en la villa su libro de rezos y ordenó al criado que regresase á buscarlo.

El negro entró á San Pedro y pensó hallarse en una ciudad encantada. Era la una del dia, todas las puertas estaban cerradas y ni un sér viviente se veía en la calle. Pasando por una casa, la única que permanecía abierta.

parecióle percibir algun rumor y, apeándose del caballo, penetró en ella cautelosamente.

Guiado por el murmullo, se encontró de pronto en una vasta sala donde se hallaba congregado todo el pueblo, en actitud de profunda veneracion. En el centro de la sala alzábase un altar y sobre él un ídolo representando una cabra. El cuerpo del animal era de plata, los cuernos, los piés y los pesones eran de oro y los ojos los formaban dos piedras negras como el onix. Un indio, vestido con una túnica recamada de oro y plata, hacía las funciones de gran sacerdote, recitaba frases en tono de salmodia y los adeptos, hombres y mujeres, por órden de antigüedad se acercaban al ídolo, ponian la boca en un pezon y el gran sacerdote pronunciaba la palabra quichua:—*¡Mama!*

Repuesto el pobre negro de la impresion terrorífica que le produjo el espectáculo de tan estravagante culto, pensó solo en escapar del antro donde el azar lo habia conducido; pero el miedo lo hizo olvidar toda cautela y, su precipitacion para huir, dió lugar á que los indios descubriesen que un profano habia participado del religioso misterio. Dando grandes alaridos corrieron tras el sacristan; pero éste, que habia dejado su caballo á la puerta, saltó sobre él con presteza y, á todo correr, dió en breve alcance al cura en el camino de Pariache.

Llegados á Lima, el párroco comunicó lo sucedido al virey Marques de Salinas. Al dia siguiente, y con acuerdo de la Audiencia y del gobierno eclesiástico, salia el cura para su doctrina con una compañía de lanzas y arcabuces.

El cura iba autorizado para decir una misa de excomunion; pero se llevó el chasco de no encontrar un solo feligres que la oyese. La villa estaba desierta, pues los indios habian huido llevándose las alhajas de los templos de San Pedro y San Pablo. Sabido es que los conquistadores tuvieron á gala emplear sus riquezas en los candelabros, píxides y paramentos de las iglesias.

San Pedro Mama, como se llama desde entónces á esa

villa, tenia un hospital de convalecientes al pié del cerro de la hacienda de Santa Ana. Las ruinas de este edificio están visibles para todo el que viaje por el ferro-carril de la Croya.

Desde la desaparicion de sus primitivos moradores, comenzó la decadencia de la villa; y los terrenos de comunidad y de los naturales han venido á formar las haciendas de La Chosica, Yanacoto, Moyopampa, Chacrasana, Santa Ana, Guachinga, Cupiche y Guayaringa.

Los adoradores de la cabra se trasladaron á las montañas de Chanchamayo; y sus descendientes formaron uno de los mejores y mas feroces cuerpos del ejército indígena que en 1780 siguió la infausta bandera del Inca Gabriel Tupac Amaru. Este les habia ofrecido la reconquista de San Pedro Mama, cuna de sus abuelos, y que representaba para ellos la suspirada Jerusalem de los judíos.

Se cree, por unos, que las alhajas estén enterradas en sótanos de la misma poblacion; y otros sospechan que se hallan en el túnel que servia de camino para la comunicacion entre San Pedro y Sisicaya. Finalmente, no falta quienes presumen que hay un tesoro escondido en la cima del cerro de Santa Ana y cuentan que un desertor, en la época de la guerra de independencia, se refugió en esas alturas y vió en una cueva ornamentos y otras prendas de iglesia.

Los laboriosos y sencillos vecinos que hoy tiene San Pedro Mama aseguran oir en ciertas noches, despues de las doce, hora de duendes, brujas, aparecidos, ladrones y enamorados, el sonido de una campana por el lado donde existió el hospital.

II

El virey Marques de Salinas.

El Excelentísimo Señor Don Luis de Velazco, entró á Lima, como virey del Perú, habiéndolo sido ántes de Méjico, el 24 de Julio de 1596.

Desde que tomó las riendas del gobierno consagró su actividad toda á desbaratar el atrevido proyecto de la Holanda, que aspiraba á arrebatarle á España las colonias de América. Simon de Cordes, Olivier de Nott y otros corsarios con muchos buques, poderosa artilleria y gente resuelta, habian pasado el Estrecho de Magallanes y fundado la órden pirática del *Leon desencadenado.*

El virey mandó salir del Callao la escuadra, bien débil en verdad, á órdenes de su hermano. El desastre era seguro si los piratas hubieran tenido la fortuna de encontrar la escuadrilla al alcance de sus cañones. Las tormentas hicieron variar de rumbo y dispersaron á los holandeses; y uno de sus buques, desmantelado y en trance de zozobrar, arrió bandera y se entregó á las autoridades de Chile. Nuestra escuadra fué tambien casi desecha por los temporales, naufragando la Capitana y ahogándose en ella Don Juan de Velazco, el hermano del virey.

Ignorábase aun esta desgracia, cuando en 18 de Febrero de 1601 se turbó el regocijo del carnaval por sentirse en la costa frecuentes detonaciones, y fué unánime la presuncion de que estaba empeñado un combate naval entre las escuadras. En Lima, cuya poblacion, segun el censo del año anterior, subia á 14,262 habitantes, hubo plegarias y procesion de penitencia pidiendo á Dios el triunfo de los realistas. Pocos dias despues se supo que Arequipa y muchos pueblos habian sido destruidos por la erupcion del volcan de Omate ó Huaina-Putina.

A la vez en todo el vireinato los indios hacian un supremo esfuerzo para romper el yugo de los conquistadores. Los araucanos se sublevaban, en Noviembre de 1599, y daban muerte al gobernador de Chile Oñez de Loyola. Sin la energía del alcalde de Lima Don Francisco Quiñones, casado con una hermana de Santo Toribio, que fué enviado con tropas á Chile, habrian los indios recuperado todo el territorio. En el Norte los gíbaros siguieron el ejemplo de los araucanos. Ambas tribus se hicie-

ron temer de los españoles y desde entonces llevan vida independiente y extraña á la civilizacion.

En Puno y en los Charcas, las autoridades no descansaban en tomar medidas para estorbar la insurreccion que amenazaba hacerse general en el país. Esta leyenda comprueba que á las puertas mismas de Lima estaba en pié la protesta contra la usurpadora dominacion.

La creacion de un fiscal protector de indios en las audiencias, juiciosos reglamentos sobre salarios, trabajo de indios y de negros, minas, cacicazgos y otros muchos importantes ramos de gobierno, hacen memorable la época de Don Luis de Velazco, á quien Felipe III acordó el título de Marques de Salinas á la vez que lo trasladaba nuevamente al vireinato de Méjico.

El 18 de Enero de 1604 reemplazó á Velazco el Conde de Monterey.

III

Sisicaya.

Despues de la desolacion de San Pedro Mama, informados el virey Velazco y el arzobispo Santo Toribio de que los siete mil indios de Sisicaya profesaban la misma idolatria, resolvieron enviar cinco misioneros para que ayudasen al cura en la conquista de almas. Concertados los naturales sorprendieron una noche al cura, lo pasearon caballero en un burro y lo mataron á azotes. En seguida degollaron á los misioneros.

La casa del cura se halla situada á la entrada de la plaza y hoy mismo, apesar de los siglos que han pasado y de la despreocupacion de los espíritus, nadie se atreve á habitarla. Dice el vulgo que es arriesgado pasar de noche por ella; pues por una de sus ventanas suele aparecerse una mano con el puño cerrado, el cual deja caer pesadamente sobre la cabeza del indiscreto transeunte.

Cuando al dia siguiente se supo en Lima el martirio del párroco y de los misioneros, mandó el virey tropa y

un sacerdote para que pronunciase la excomunion. Como los de San Pedro Mama, los criminales de Sisicaya habian desaparecido para buscar refugio en las montañas, y sus descendientes, como los de aquellos, militaron en el ejército de Tupac-Amaru.

Los de Sisicaya escondieron tambien las alhajas de la iglesia, entre las que se contaba una campanilla de oro de una tercia de altura, obsequio de Gonzalo Pizarro, y que se usaba tan solo en la misa de grandes festividades. Júzgase que esa riqueza está enterrada en la quebrada del cerro fronterizo y aun en nuestros dias se han hecho escabaciones para descubrirla.

A la derecha de la quebrada hay una cueva y encima de ella se vé, desde tiempo inmemorial, un palo de lúcumo de vara y media de elevacion. ¿Será una señal? Escabando y á poca profundidad, en rededor del palo, se encuentra carbon menudo, llamado generalmente *cisco*.

En 1834, año muy lluvioso y en que fueron grandes las crecientes, Manuel Tolentino, que murió en 1863, encontró en la orilla del rio tres canutos de ciriales de fábrica antigua y de excelente plata de chapa.

Persona respetable ha referido al que esto escribe que en 1809 se presentó en Sisicaya un indio anciano de mas de setenta años y casi ciego, el que narraba muchos pormenores tradicionales que su abuelo, actor en los sucesos de 1601, habia trasmitido á su padre. La venida del viejo á Sisicaya tenia por fin utilizar señales fijas que le habian dado sus parientes para sacar del cerro un tesoro, y tomaba por punto de partida la puerta del cabildo. Pero su ceguera y años no le permitieron alcanzar el logro de su propósito.

Sisicaya, en la época de la excomunion tenia una iglesia matriz y tres capillas y daba por tributo cinco mil pesos al año. Sus linderos, por la parte de arriba, eran los mismos que ahora tiene el pueblo; y por la parte de abajo comprendia los terrenos de Chontay y Huancay hasta la toma de la Cieneguilla, hacienda que era propiedad del

judío portugués, dueño de la casa de Pilatos, á quien quemó la Inquisicion de Lima en 1639.

IV

En el siglo XVII siempre que las bachilleras comadres de Lima hablaban de algun indio acusado de crímenes añadian:—Este *cholo* ha de ser uno de los *malditos*.

Para ellas solo en Sisicaya y San Pedro Mama podian haber nacido los malvados y olvidaban que todo el monte es orégano.

LOS DUENDES DEL CUZCO.

CRONICA QUE TRATA DE COMO EL VIREY-POETA ENTENDIA LA JUSTICIA.

Esta tradicion no tiene otra fuente de autoridad que el relato del pueblo. Todos la conocen en el Cuzco tal como hoy la presento. Ningun cronista hace mencion de ella y solo en un manuscrito de rápidas apuntaciones, que abraza desde la época del virey marques de Salinas hasta la del duque de la Palata, encuentro las siguientes líneas:

«En este tiempo, del gobierno del príncipe de Squilla-«ce, murió malamente en el Cuzco, á manos del diablo, «el almirante de Castilla conocido por el Descomulgado.»

Como se vé, muy poca luz proporcionan estas líneas y me afirman que en los *Anales del Cuzco*, que posee inéditos el señor Obispo Ochoa, tampoco se avanza mas, sino que el misterioso suceso está colocado en época diversa á la que yo le asigno.

Y he tenido en cuenta para preferir los tiempos de don Francisco de Borja y Aragon, no solo la apuntacion ya citada, sino la especialísima circunstancia de que, conocido el carácter del Virey-poeta, son propias de él las espirituales palabras con que termina esta leyenda.

Hechas las salvedades anteriores, en descargo de mi conciencia de cronista, pongo punto redondo y entro en materia.

I

Don Francisco de Borja y Aragon, príncipe de Esquilache y conde de Mayalde, contaba treinta y dos años cuando Felipe III, que lo estimaba en mucho, lo nombró Virey del Perú. Los cortesanos criticaron el nombramiento, porque don Francisco solo se habia ocupado hasta entonces de escribir versos, de galanteos y desafios. Pero Felipe III, á cuyo regio oído, y contra la costumbre, llegaron las murmuraciones, contestó—En verdad que es el mas jóven de los vireyes que hasta hoy han ido á Indias; pero en Esquilache hay cabeza y mas que cabeza, brazo fuerte.

El monarca no se equivocó. El Perú estaba amagado por flotas filibusteras y por muy buen gobernante que hiciese don Juan de Mendoza y Luna, marques de Montesclaros, faltábanle los brios de la juventud. Jorge Spitberg, con una escuadra holandesa, despues de talar las costas de Chile, se dirijió al Callao. La escuadra española le salió al encuentro el 22 de Julio de 1615, y despues de cinco horas de reñido y feroz combate frente á Cerro Azul ó Cañete, se incendió la capitana, se fueron á pique varias naves y los piratas vencedores pasaron á cuchillo los prisioneros.

El virey marques de Montesclaros se constituyó en el Callao para dirijir la resistencia, mas por llenar el deber que por que tuviese la esperanza de impedir, con los pocos y malos elementos de que disponia, el desembarque de los piratas y el consiguiente saqueo de Lima En la ciudad de los Reyes dominaba un verdadero pánico y las iglesias no solo se hallaban invadidas por débiles mujeres, sino por hombres que, léjos de pensar en defender como bravos sus hogares, invocaban la proteccion divina contra los herejes holandeses. El anciano y corajudo virey disponia escasamente de mil hombres en el Callao, y nótese

que, segun el censo de 1614, el número de habitantes de Lima ascendia á 23,454.

No eran esos, ciertamente, los dias de Ayacucho y del 2 de Mayo. Entonces no habia patria, y amo por amo, tanto valia el español como el holandes.

Pero Spitberg se conformó con disparar algunos cañonazos, que le fueron débilmente contestados, é hizo rumbo para Paita. Peralta en su *Lima fundada*, y el conde de la Granja, en su poema de *Santa Rosa*, traen vastos detalles sobre esos luctuosos dias. El sentimiento cristiano atribuye la retirada de los piratas á milagro que realizó la Virgen limeña, que murió dos años despues en 24 de Agosto de 1617.

Segun unos el 11, y segun otros el 23 de Diciembre de 1615, entró á Lima el príncipe de Esquilache, habiendo salvado providencialmente en la travesía de Panamá al Callao de caer en manos de los piratas.

Su primera atencion fué crear una escuadra y fortificar el puerto, lo que mantuvo á raya la audácia de los flibusteros hasta el gobierno de su sucesor, en que el holandes Jacobo L'Heremite realizó la formidable empresa pirática de que nos hemos ocupado en nuestra primera série de tradiciones.

Descendiente del Papa Alejandro VI (Rodrigo Borjia) y de San Francisco de Borja, duque de Gandia, el príncipe de Esquilache, como años mas tarde su sucesor y pariente el conde de Lemus, gobernó el Perú bajo la influencia de los jesuitas. Por eso, preciso es decirlo, fué un virey que gozó de escasa popularidad.

Calmada la zozobra que inspiraban los amagos flibusteros, don Francisco se contrajo al arreglo de la hacienda pública, dictó sábias ordenanzas para los minerales de Potosí y Huancavelica y en 20 de Diciembre de 1619, erijió el tribunal del consulado.

Hombre de letras, creó el famoso colegio del Príncipe, para educacion de los hijos de caciques, y no permitió la representacion de comedias ni autos sacramentales que no

hubieran pasado antes por su censura. Deber del que gobierna, decía, es ser solícito por que no se pervierta el gusto.

La censura que ejercia el príncipe de Esquilache, era puramente literaria, y á fé que el juez no podia ser mas autorizado. En la pléyade de poetas del siglo XVII, siglo que produjo á Cervantes, Calderon, Lope, Quevedo, Tirso de Molina, Alarcon y Moreto, el Príncipe de Esquilache es uno de los mas notables, sino por la grandeza de la idea, por la lozanía y correccion de la forma. Sus composiciones sueltas y su poema histórico *Nápoles recuperada*, bastan para darle un lugar prominente en el español Parnaso.

No es ménos notable como prosador, castizo y elegante. En uno de los volúmenes de la obra *Memorias de los Vireyes* se encuentra la *Relacion* de su época de mando, escrito que entregó á la Audiencia para que ésta lo pasase á su sucesor don Diego Fernandez de Córdova, marques de Guadálcazar. La pureza de diccion y la claridad del pensamiento resaltan en este trabajo, digno, en verdad, de un juicio ménos sintético.

Para dar una idea del culto que Esquilache rendia á las letras, nos será suficiente apuntar que en Lima estableció una academia ó *Club* literario, como hoy decimos, cuyas sesiones tenian lugar los sábados en una de las salas de palacio. Segun un escritor, amigo mio y que cultivó el ramo de crónicas, los asistentes no pasaban de doce, personajes los mas caracterizados en el foro, la milicia ó la iglesia. «Allí asistia el profundo teólogo y humanista «don Pedro de Yarpe y Montenegro, coronel de ejército; «don Baltazar de Laza y Rebolledo, oidor de la real au«diencia; don Luis de La-Puente, abogado insigne; fray «Baldomero Illescas, religioso franciscano, gran conoce«dor de los clásicos griegos y latinos; don Baltazar Mo«reyra, poeta, y otros cuyos nombres no han podido atra«vesar los dos siglos y medio que nos separan de su épo«ca. El virey los recibia con esquisita urbanidad y los bo«llos, biscochos, chocolate y sorbetes distraian las confe-

«rencias literarias de sus convidados. Lástima es que no se «hubieran extendido actas de aquellas sesiones, que segu- «ramente serian preferibles á las de nuestros Congresos.»

Esquilache al regresar á España en 1621 fué muy considerado del nuevo monarca Felipe IV y murió en 1658, en la coronada villa del Oso y el Madroño.

Presentado el virey-poeta, pasemos á la tradicion popular.

II

Existe en la ciudad del Cuzco una soberbia casa conocida por la del Almirante y parece que el tal Almirante tuvo tanto de marino, como alguno que yo me sé y que solo ha visto el mar en pintura. La verdad es que el título era hereditario y pasaba de padres á hijos.

La casa es obra notabilísima. El acueducto y el tallado de los techos, en uno de los cuales se halla modelado el busto del Almirante que la fabricó, llaman preferentemente la atencion.

Que vivieron en el Cuzco cuatro Almirantes, lo comprueba el árbol genealógico que en 1861 presentó ante el Soberano Congreso del Perú el señor don Sixto Laza, para que se le declarase legítimo y único representante del Inca Huascar, con derecho á una parte de las huaneras, al ducado de Medina de Rio Seco, al marquesado de Oropesa y varias otras gollerias. ¡Carillo iba á costarnos el gusto de tener príncipe en casa! Pero conste, para cuando nos cansemos de la república teórica ó práctica, y proclamemos, por variar de plato, la monarquía absoluta ó constitucional, que todo puede suceder, Dios mediante y el trotecito trajinero que llevamos.

Refiriéndonos á ese árbol genealójico, el primer Almirante fué don Manuel de Castilla, el segundo don Cristóbal de Castilla Espinosa y Lugo, al cual sucedió su hijo don Gabriel de Castilla Vasquez de Vargas, siendo el

cuarto y último don Juan de Castilla y Gonzales cuya descendencia se pierde en la rama femenina.

Aventurado seria determinar cual de los cuatro es el héroe de la tradicion, y en esta incertidumbre puede el lector aplicar el mochuelo á cualquiera de ellos, que de fijo no vendrá del otro barrio á querellarse de calumnia.

Cuentan que el tal Almirante era hombre de mas humos que una chimenea, muy pagado de sus pergaminos y mas tieso que su almidonada gorguera. En el patio de la casa ostentábase una magnífica fuente de piedra á la que el vecindario acudia para proveerse de agua, tomando al pié de la letra el refran de que agua y candela á nadie se niegan.

Pero una mañana se levantó su señoria con un humor de suegra, y dió órden á sus fámulos para que moliesen á palos á cualquier vicho de la canalla que fuese osado á atravesar los umbrales en busca del elemento refrijerador.

Una de las primeras que sufrió el castigo fué una pobre india vieja, lo que produjo algun escándalo en el pueblo.

Al dia siguiente el hijo de ésta, que era un jóven clérigo que servia la parroquia de San Gerónimo, á pocas leguas del Cuzco, llegó á la ciudad y se impuso del ultraje inferido á su anciana madre. Dirijióse inmediatamente á casa del Almirante y el hombre de los pergaminos lo llamó hijo de cabra y vela verde, y echó verbos y gerundios, sapos y culebras por esa aristocrática boca, terminando por darle una soberana paliza al sacerdote.

La exitacion que causó el atentado fué inmensa. Las autoridades no se atrevian á declararse abiertamente contra el magnate y dieron tiempo al tiempo, que á la postre todo lo calma. Pero la gente de iglesia y el pueblo declararon excomulgado al orgulloso Almirante.

El insultado clérigo, pocas horas despues de recibido el agravio, se dirijió á la catedral y se puso de rodillas á orar ante la imágen de Cristo, obsequiada á la ciudad

por Carlos V. Terminada su oracion dejó á los piés del Juez Supremo un memorial en papel de sello, exponiendo su queja y demandando la justicia de Dios, persuadido que no habia de lograrla de los hombres. Diz que volvió al templo al siguiente dia y recojió la querella proveida con un decreto marginal de—*como se pide: se hará justicia.*

Y así pasaron meses hasta que un dia amaneció frente á la casa una horca y pendiente de ella el cadáver del excomulgado, sin que nadie alcanzara á descubrir los autores del crímen, por mucho que las sospechas recayeran sobre el clérigo, quien supo, con numerosos testimonios, *probar la coartada.*

En el proceso que se siguió declararon dos mujeres de la vecindad, que habian visto un grupo de hombres *cabezones y chiquirritines*, vulgo duendes, preparando la horca y que cuando ésta quedó alzada, llamaron por tres veces á la puerta de la casa, la que se abrió al tercer aldabonazo. Poco despues el Almirante, vestido de gala, salió en medio de los duendes, que sin mas ceremonia lo suspendieron como un racimo.

Con tales declaraciones la justicia se quedó á oscuras y, no pudiendo proceder contra los duendes, pensó que era cuerdo el sobreseimiento.

Si el pueblo cree como artículo de fé que los duendes dieron fin del excomulgado Almirante, no es un cronista el que ha de meterse en atolladeros para convencerlo de lo contrario; por mucho que la gente descreida de aquel tiempo murmurara por lo bajo, que todo lo acontecido era obra de los jesuitas para acrecer la importancia y respetos debidos al estado sacerdotal.

III

El Intendente y los alcaldes del Cuzco dieron cuenta de todo al virey, quien despues de oir leer el minucioso informe le dijo á su secretario.

—¡Pláceme el tema para un romance moruno! ¿Qué te parece de ésto, mi buen Estúñiga?

—Que Vuexcelencia debe echar una mónita á esos sandios golillas que no han sabido hallar la pista de los fautores del crímen.

—Y entonces se pierde lo poético del sucedido, repuso el de Esquilache sonriéndose.

—Verdad, señor; pero se habrá hecho justicia.

El virey se quedó algunos segundos pensativo y luego, levantándose de su asiento, puso la mano sobre el hombro de su secretario.

—Amigo mio, lo hecho está bien hecho; y mejor andaria el mundo si, en casos dados, no fuesen leguleyos trapisondistas y demas cuervos de Temis, sino duendes los que administrasen justicia. Y con esto, buenas noches y que Dios y Santa Maria nos tengan en su santa guarda y nos libren de duendes y remordimientos.

IGLESIA ME LLAMO.

AL DOCTOR DON JUAN ANTONIO RIBEYRO.

I

En una casa de los arrabales de la ciudad de Huamanga hallábanse congregados, en cierta noche del año de gracia de 1575 y en torno á una mesa, hasta doce aventureros españoles ocupados en el nada seráfico entretenimiento de hacer correr los dados sobre el verde tapete. Eran los jugadores mineros de ejercicio, y sabido es que no hay gente mas dada á la fea pasion del juego que la que emplea su tiempo y trabajo en arrancar tesoros de las entrañas de la tierra.

La noche era de las mas frias de aquel invierno, llovia si Dios tenia qué, relampagueaba como en deshecha tormenta y el fragor del trueno hacia de rato en rato estremecer el edificio. Parecía imposible que alma viviente se arriesgase á cruzar las calles con tan barrabasado tiempo.

De pronto sonaron golpes á la puerta de la casa y los jugadores dieron reposo á los dados, mirándose los unos á los otros con aire de sorpresa.

—Por San Millan el de la Cogulla! gritó uno. Si quien toca es ánima en pena vaya á pedir sufragios á otra parte. ¡Noramala para el importuno! Arre allá, buscona ó vergante! Seguid vuestro camino y dejad en paz á la gente honrada.

—Por honrada busco vuestra compañia, Mendo Jimenez, y abrid y escusad palabras que traigo caladas la capa y el chambergo—contestó el de afuera.

—Acabáramos, seor alferez—repuso Jimenez abriendo la puerta.—Entre vuesamerced y sea bien venido, magüer barrunto que nada bueno nos ha de traer quien viene á completar el número trece.

—Quédense las agorerias para otro menos mañero y descreido que vos, Mendo Jimenez. A la paz de Dios, caballeros—dijo el nuevo personaje, arrojando el chapeo y el embozo sobre una silla próxima al brasero y tomando puesto entre los jugadores.

Era el alferez mozo de treinta años y que, apesar de lo imberbe de su rostro, habia sabido imponer respeto á los desalmados aventureros que por entonces pululaban en el Perú. Vestia aquella noche con cierto elegante desaliño. Sombrero con pluma y cintillo azul, golilla de encaje de Flandes, jubon carmesí, calzas de igual color con remates de azabache y cinturon de terciopelo del que pendia una hoja con gabilan dorado.

Contaba poco menos de un mes de vecindad en Huamanga y ya habia tenido un desafio. Referíase de él que soldado en los tercios de Chile, habia desertado de la guarnicion y pasado al Tucuman, Potosí y Cuzco de cuyos lugares lo obligara tambien á salir lo pendenciero de su carácter. Oriundo de San Sebastian de Guipúzcoa, tenia el genio duro como el hierro de las montañas vascongadas y tan endiablados los puños como el alma. Fama es que los mas diestros matones y espadachines de su tiempo no alcanzaban á parar una estocada que él habia inventado y á la que llamaba, aludiendo á su siniestro éxito, *el golpe sin misericordia.*

Despues de contemplar por algunos minutos la ajitacion con que sus compañeros de vicio seguian el jiro de los dados, arrojó sobre la mesa una bien provista bolsa de cuero, diciendo:

—Roñoso juego hacen vuesas mercedes y mas parecen

judíos tacaños que hijodalgos y mineros. Ahí está mi bolsa para el que se arriesgue á ganármela á punto menor.

—Rumboso viene don Antonio, contestó Mendo Jimenez, y ¡por los cuernos del diablo! que tengo de aceptar el reto.

—A ello y tiro!—repuso el alferez haciendo rodar los dados—¡Ases! Ni Cristo, con ser quien fué, podria echarme punto menor. He ganado.

—Mala higa para vos! Esperad, seor alferez, que tal puede ser la suerte que os iguale.

Y Mendo Jimenez agitó el cubilete y soltó los dados. Todos se quedaron maravillados. Mendo Jimenez resultaba ganancioso.

Un dado habia caido sobre el otro, cubriéndolo perfectamente, dejando ver en su superficie un solo as.

El alferez protestó contra el fallo unánime de los jugadores; á la protesta siguieron los votos; á ellos lo de llamarse fulleros y mal nacidos, y agotados los denuestos, desenvainó don Antonio la espada y despaviló con ella el candil que estaba pendiente del techo. En completa tiniebla se armó entonces el mas infernal zipizape. Cintarazo vá, puñalada viene, al grito de—¡Dios me asista!—uno de los jugadores cayó redondo y los demas se echaron en tropel á la calle.

El matador huía á buen paso; pero al doblar una esquina dió con la ronda y el alcalde lo detuvo con la sacramental y obligada frase:

—Por el rey ¡dése preso!

—No en mis dias, seor corchete, mientras me ampare el esfuerzo de mi brazo.

Y aquel furioso arremetió sobre los alguaciles y acaso habria dado al diablo cuenta de muchos de ellos, si uno mas listo y avisado que sus compinches, no hubiese echado la zancadilla al alferez, quien vino cuan largo era á medir con su cuerpo el santo suelo.

Cayeron sobre él los de la ronda y atado codo con codo lo condujeron á la cárcel.

II

El juicio fué ejecutivo y ocasionó poco gasto de papel. A los tres meses, dia por dia, llegó la hora en que el pueblo se rebullese al rededor de una empinada horca en la plaza de Huamanga.

Todas las pasadas fechorias de don Antonio se habian aglomerado en el proceso. El alferez nada negaba y á toda acusacion contestaba: *Amen*, y si me han de desencuadernar el pescuezo por una, que me lo tuerzan por diez lo mismo dá, ni gano ni pierdo.

Para él la cuestion número era parvidad de materia.

El sacerdote habia entrado en la capilla y confesado al reo; pero al darle la comunion éste le arrebató la hostia y partió á correr gritando:

—Iglesia me llamo! Iglesia me llamo!

¿Quién podia atreverse á detener al que llevaba entre sus manos, enseñándola á la muchedumbre, la divina forma? Si el alferez habia cometido un sacrilegio, pensaba el religioso pueblo ¿no lo seria tambien hacer armas sobre quien traia consigo el pan eucarístico?

Ese hombre era pues sagrado—Se llamaba *Iglesia*.

Como era de práctica en los dominios del rey de España, cuando se iba á ajusticiar un delincuente todos los templos permanecian abiertos y las campanas tañían rogativas.

Don Antonio, seguido del pueblo, tomó asilo en el templo de Santa Clara y arrodillándose ante el altar mayor depositó en él la divina forma.

La justicia humana no alcanzaba entonces á los que se acojian al sagrado del templo. El alferez estaba salvo.

Noticioso el obispo de lo que acontecia se dirijió á Santa Clara, resuelto á llenar el precepto que los cánones le imponian para con reos de sacrilegio tal como el de don Antonio—La pena canónica era raparle la mano y pasarla por el fuego.

Cierto es que hacia muy pocos años que la Inquisicion se habia establecido en Lima y que ella podia reclamar al criminal. La extradicion, que no era lícita á los tribunales civiles, era una prerogativa del tribunal de la fé. Pero los Inquisidores estaban por entonces harto ocupados con la organizacion del Santo Oficio en estos reinos, y mal podian pensar en luchas de jurisdicción con el obispo de Huamanga.

Don Antonio pidió á su ilustrísima que lo oyese en confesion. Larga fué ésta; pero al fin, con general asombro, se vió al obispo tomar de la mano al criminal, llevarlo á la porteria del monasterio y luego, tras una breve y secreta plática con la abadesa, hacerlo entrar al convento cerrando las puertas tras él.

Esto equivalia á guardar el lobo en el redil de las ovejas.

El escándalo tomaba de dia en dia mayores creces en el católico pueblo y los fieles llegaron á murmurar acerca de la virtud de su pastor. Mas el buen obispo sonreia devotamente, cuando sus familiares hacian llegar á sus oídos las hablillas del pueblo.

Y asi trascurrieron dos meses hasta que llegó de Lima un enviado del virey con pliegos reservados para el obispo. Este tuvo una entrevista con el alferez y al dia siguiente, con buena escolta, partió don Antonio para la capital del vireinato.

En Lima se le mantuvo por tres semanas preso entre las monjas bernardas de la Trinidad, y en el primer galeon que zarpó para España, marchó el camorrista alferez, bajo partida de registro.

III

Entonces se hizo notorio que el alferez don Antonio de Erauzo era una mujer, á la que sus padres dieron el nombre de Catalina de Erauzo y la historia llama la *monja alferez*. Doña Catalina habia tomado el hábito de novicia, y estando para profesar, huyó del convento, vino á

América, sentó plaza de soldado, alcanzó á alferez con título real, y en los disturbios de Potosí se hizo reconocer por capitan en uno de los bandos.

Como no ha sido nuestro propósito historiar la vida de la monja alferez sino narrar una de sus originalísimas y poco conocidas aventuras, remitimos al lector que anhele conocer por completo los misterios de esa borrascosa existencia, á los varios libros que sobre ella corren impresos. Bástenos consignar que doña Catalina de Erauzo regresó de España, que cansada de aventuras ejerció el oficio de arriero en Veracruz, y que murió en un pueblo de Méjico, de mas de sesenta años de edad; que no abandonó el vestido de hombre y que no pecó nunca contra la castidad, bien que finjiéndose varon engatuzó, con carantoñas y chicoleos, á mas de tres doncellas, dándoles palabra de casamiento y poniendo tierra de por medio ó llamándose andana en el lance de cumplir lo prometido.

LOS AZULEJOS DE SAN FRANCISCO.

(TRADICION EN QUE SE PRUEBA QUE NI ESTANDO BAJO LA HORCA HA DE PERDERSE LA ESPERANZA.)

I

Sepan cuantos presentes estén, que la muy justificada y Real Audiencia de esta ciudad de los Reyes del Perú, ha condenado á sufrir muerte ignominiosa en la horca á Alonso Godinez, natural de Guadalajara en España, por haber asesinado á Marta Villoslada, sin temor á la justicia divina ni humana. ¡Quién tal hizo que tal pague! Sirva á todos los presentes de leccion para que no lleguen á verse en semejante trance. ¡Paso á la justicia!

Tal era el pregon que, á las once de la mañana del dia 13 de Noviembre de 1619, escuchaba la muchedumbre en la plaza mayor de Lima. Frente á la boca-calle del callejon de Petateros levantábase la horca destinada para el suplicio del reo.

Oigamos lo que se charlaba en un grupo de ociosos y noticieros, reunidos en el tendejon de un pasamanero.

—Por la cruz de mis calzones, que guapo mozo se pierde, decia un mozalvete andaluz bien encarado y con cierto aire de botarga, por culpa de una mala pécora cas-

quivana y rabicortona. ¿Si creerá este virey que despavilar á un prójimo es como componer jácaras y coplas de ciego?

—Déjese de murmuraciones, Gil Menchaca, que la justicia es justicia y sabe lo que se pezca; y no por dar suelta á la sin pelos, tenga usarcé el aperreado fin de don Martin de Robles, que no fué ningun rapabolsillos, sino todo un hidalgo de gotera, y que finó feamente por burlas que dijo del virey marques de Cañete, contestó el pasamaneroque era un catalan cerrado.

—Pues yo, señor Montufar, no dejo que se me cocinen en el buche las palabras y largo el arcabuzazo y venga lo que viniere; y digo y repito que no es justo penar de muerte los pecados de amor.

—Buen cachidiablo será el tal condenado.....

—Quedo, señor Montufar! Alonso Godinez es honrado y bravo á carta cabal.

—Y con toda su honradez y bravura, insistió el catalan, una pícara hembra lo trae camino de la horca.

—Reniego de las mujeres y de los petardos que dán! Mal haya el bruto que se pirra por ellas!

—No hable el señor Gil Menchaca contra las faldas, que mal con ellas y peor sin ellas; y vuésa merced con toda su farándula es el primero en relamerse cuando tropieza con un palmito como el mio, dijo terciando en el diálogo una graciosa tapada que á la sazon pasaba.

El andaluz guiñó el ojo, diciendo:

—¡Viva la sal de Lima! Adios, manojito de claveles!

Y se preparaba á echar tras la tapada, cuando el oleaje del populacho y un ronco son de tambores y cornetas dieron á conocer la aproximacion de la fúnebre escolta.

Un hermano de la cofradia de la Caridad se detuvo frente al grupo, pronunciando estas fatídicas palabras con un sonsonete gangoso y particular.

—¡Hagan bien para hacer bien por el alma del que van á ajusticiar!!!

—Tome, hermano, gritó Gil Menchaca echando dos

columniarias en el platillo de las ánimas, generosidad que imitaron los del grupo. ¡Pues como yo pudiera se habia de salvar mi paisano! Sabre que no merece morir en la plaza, como un perro de casta cruzada, sino cristianamente en un convento de frailes.

—Y en convento morirá, murmuró una voz.

Todos se volvieron sorprendidos y vieron que el que asi habia hablado era nada ménos que el guardian de San Francisco, que abriéndose paso entre la multitud se dirijía á la horca, á cuyo pié se encontraba ya el reo.

Era este un hombre de treinta años, en la plenitud del vigor físico. Su aspecto, á la vez que valor, revelaba resignacion.

El crímen que lo llevaba al supiicio era haber dado muerte á su manceba en castigo de una de esas picardigüelas que, desde que el mundo es mundo, comete el sexo débil, por supuesto arrastrado por su misma debilidad.

Llegado el guardian al sitio donde se elevaba el fatal palo, y cuando el verdugo terminaba de arreglar los bártulos del oficio, sacó un pliego de la manga y lo entregó al capitan de la escolta. Luego tomando del brazo al condenado atravesó con él por entre la muchedumbre, que los siguió palmoteando hasta la porteria del convento de San Francisco.

Alonso Godinez habia sido indultado por su excelencia don Francisco de Borja y Aragon, príncipe de Esquilache, conde de Mayalde y virey del Perú.

II

Echemos un parrafillo histórico.

La iglesia y convento de San Francisco de Lima son obras verdaderamente monumentales. «En el mismo año «de la fundacion de Lima, dice un cronista, llegaron los «franciscanos y Pizarro les concedió un terreno, bastan«te reducido, en el cual principiaron á edificar. Pidieron

«luego aumento de terreno, y el virey marques de Cañe-
«te les acordó todo el que pudieran cercar en una noche.
«Bajo la fé de esta promesa colocaron estacas, tendieron
«cuerdas y al amanecer eran los franciscanos dueños de
«una extension de cuatrocientas varas castellanas de fren-
«te, obstruyendo una calle pública. El cabildo reclamó
«por el abuso; pero el virey hizo tasar todo el terreno y
«pagó el importe de su propio peculio.»

No cuadra al carácter lijero de las *Tradiciones* entrar en detalles sobre todas las bellezas artísticas de esta fundacion. La fachada y torres, el arcotoral, la bóveda subterránea, los relieves de la media naranja y naves laterales, las capillas, el estanque donde se bañaba San Francisco Solano, todo en fin, llama la atencion del viajero. El mismo cronista dice, hablando del primer claustro -
«Cuanto escribiéramos sobre el imponderable mérito de
«sus techos sería insuficiente para encomiar la mano que
«los talló: cada ángulo es de diferente labor y el conjun-
«to del molduraje y de sus ensambladuras, tan magnífica-
«mente trabajadas, no solo manifiestan la habilidad de los
«operarios, sino que tambien dan una idea de la opulen-
«cia de aquella época.»

Pero hijos leiítimos de España no sabemos conservar sino destruir. Hoy los famosos techos del claustro son pasto de la polilla. Nuestra incuria es fatal! Los lienzos, obra de notables pintores del viejo mundo y en los que el convento poseía un tesorò, han desaparecido. Parece que solo queda en Lima el cuadro de la *comunion de San Gerónimo*, original del Dominiquino, y que es uno de los que forman la rica galeria de pinturas del señor Ortiz de Zevallos.

Entretanto, lectores mios ¿cuánto piensan ustedes que cuesta á los frailes la madera empleada en ese techo espléndido? Un pocillo de chocolate..... y no se rian ustedes que la tradicion es auténtica.

Dizque existia en Lima un acaudalado comerciante español llamado Juan Jimenez Menacho, con el cual ajus-

taron los padres un contrato para que los proveyese de madera para la fábrica. Corrieron dias, meses y años sin que por mucho que el acreedor cobrase, pudiesen pagarle con otra cosa que con palabras de buena crianza, moneda que no sabemos haya nunca tenido curso en plaza.

Llegó asi el año de 1638. Jimenez Menacho, convaleciente por entonces de una grave enfermedad, fué invitado por el guardian para asistir á la fiesta del Patriarca. Terminada ésta fué cuestion de pasar al refectorio donde estaba preparado un monacal refrijerio, al que hizo honores nada ménos que su excelencia don Pedro de Toledo y Leyva, marques de Mansera y décimoquinto virey de estos reinos por su magestad don Felipe IV.

Jimenez Menacho, cuyo estómago se hallaba delicado, no pudo aceptar mas que una tasa de chocolate. Vino el momento de abandonar la mesa y el comerciante, á quien los frailes habian colmado de atenciones y agasajos, dijo inclinándose hácia el guardian.

—Nunca bebí mejor soconusco y ya sabe su reverencia que soy conocedor.

—Que se torne en salud para el alma y para el cuerpo, hermano.

—Que ha de aprovechar al alma no lo dudo, por que es chocolate bendito y con goce de indulgencia. En lo que atañe al cuerpo, créame su paternidad que me siento refocilado y justo es que pague esta satisfaccion con una limosna en bien de la órden seráfica.

Y colocó junto al pocillo el legajo de documentos. Todos llevaban su firma al pié de la chancelacion.

Pocos años despues moria tan benévolo como generoso acreedor, que obsequió tambien al convento las baldosas de la porteria. En ellas se lee aun esta inscripcion:

Jimenez Menacho dió de lismosna estos azulejos.
Vuestras Reverencias le encomienden á Dios.
Año de 1643.

En conclusion, la monumental fábrica de San Francisco se hizo toda con limosnas de los fieles.

En este convento, dice el cronista, se halla el cuerpo de San Francisco Solano; aunque sus religiosos ignoran el sitio donde está y solo conservan el atahud y la calavera, que exponen al público por el mes de Julio en el novenario del santo.

III

Volvamos á Alonso Godinez.

La *casica* doña Catalica Huanca hizo venir de España, y como obsequio para el convento, algunos millares de azulejos ó ladrillos vidriados, formándose de la union de varios de ellos imágenes de santos. Pero doña Catalina olvidó lo principal, que era mandar traer un inteligente para colocarlos.

Años hacia, pues, que los azulejos estaban arrinconados, sin que se encontrase en Lima un obrero capaz de arreglarlos en los pilares correspondientes.

En la mañana en que debia ser ahorcado Alonso Godinez fué á confesarlo el guardian de San Francisco y, de la plática entre ambos, resultó que el reo era hombre entendido en obras de alfarería. No echó el guardian en saco roto tan importante descubrimiento; y sin pérdida de tiempo fué á palacio y obtuvo del virey y de los oidores que se perdonase la vida al delincuente, bajo condicion de que vestiria el hábito de lego y no pondria nunca los pies fuera de las puertas del convento.

Alonso Godinez no tan solo colocó en un año los azulejos, sino que fabricó algunos, segun lo revela esta chabacana rima que se lee en los ángulos del primer claustro:

Nuevo oficial trabajá
Que todos gustan de veros
Estar haciendo pucheros
Del barro de por acá.

Por fin, Alonso Godinez alcanzó á morir en olor de santidad y es uno de los cuarenta á quienes las crónicas franciscanas reputan entre los venerables de la órden que han florecido en Lima.

DE POTENCIA A POTENCIA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

MARQUES DE GUADALCAZAR.

A RICARDO BECERRA.

I

Gran animacion reinaba en la plaza mayor de Lima el Domingo 27 de Abril de 1625. El Cabildo queria festejar con una corrida de toros y juego de cañas y alcancias, la llegada al Perú y posesion de palio del ilustrísimo señor Arzobispo Don Gonzalo de Ocampo.

Los aleros que siglo y medio despues debian convertirse en elegantes portales, ostentaban multitud de andamios, sobre los que se alzaban asientos forrados en damasco para las principales señoras, caballeros y comunidades religiosas que no hallaron cabida en los balcones lujosamente encortinados.

Eran las tres de la tarde y la corrida, anunciada para los dos, no llevaba visos de dar principio. Ni Su Excelencia el virey, ni los oidores, ni el ayuntamiento se presentaban en sus balcones. Las damas se abanicaban impacientes, los galanes por hacer algo las atendian con refrescos y confitados, el pueblo murmuraba y los vichos se daban de cabezadas contra las trancas del toril, situado en la esquina de la Pescaderia.

Entretanto, oidores y cabildantes, iban y venian del palacio del virey al palacio del arzobispo.

De pronto cuatro hombres empezaron á quitar el dosel levantado en el balcon de la casa arzobispal; y á la vez, por la puerta de ésta, salia á gran escape la carroza de su ilustrísima. Llegada á la esquina del portal de Escribanos detúvola el cochero, esperando acaso que algunos oficiosos quitasen las tablas que servian de barrera; mas, viendo que nadie atendia á separar estorbos, asomó Don Gonzalo la cabeza y comunicó órdenes al fámulo. Entonces éste volvió bridas, penetró el coche por la puerta principal del palacio de gobierno y, saliendo por la de la carcel de corte, enderezó por el Puente al convento de los Descalzos.

Antes de que sepamos lo que impulsó al arzobispo á inferir tamaño desaire al Cabildo de la muy leal y tres veces coronada ciudad de los Reyes, y á tomar por via pública la casa de gobierno, será bien que hagamos conocimiento con el Excelentísimo Señor Don Diego Fernandez de Córdova, primer marques de Guadálcazar y décimo tercio virey del Perú por Su Magestad Don Felipe IV.

II

Sabido es que para los vireyes de Méjico fué siempre un ascenso el gobierno del Perú. Así, entre los cuarenta vireyes que nos rijieron, habian hecho, en tierra de Motezuma, el aprendizaje del mando los marqueses de Mondejar, de Alcañices, de Salinas, de Montesclaros y de Guadálcazar así como los condes de Alba, de Salvatierra y de la Monclova.

El de Guadálcazar vino, pues, de Méjico á reemplazar al príncipe de Esquilache, haciendo su entrada en Lima en Junio de 1622; y en verdad que Felipe IV no pudo dar al virey poeta mas digno sucesor.

La eficácia de sus medidas estirpó en Potosí el bando de los *vicuñas*, que durante algunos años habia traido re-

vuelto y ensangrentado el mineral; y solo el génio y el valor del marques pudieron impedir que se apoderase de Lima el pirata Jacobo L'Heremite, que por cinco meses bloqueó el Callao con una escuadra de trescientos cañones y mil setecientos hombres de desembarco. A la vez los araucanos se rebelaron, y Su Excelencia envió contra ellos, con muy buen éxito, una expedicion, dándola por general á su hermano Don Luis Fernandez de Córdova.

Ya que hemos exhibido al virey soldado, veamos al gobernante sostenedor de las regalias del patronato.

III

A la una del dia en que iba á tener lugar la fiesta con que la ciudad agazajaba á su arzobispo, asomóse el virey por una ventana de palacio para contemplar los adornos de la plaza; y viendo que, en contravencion á reales cédulas, se ostentaba un dosel de terciopelo carmesí en el balcon arzobispal, llamó al licenciado Ramirez, que habia sido camarero y maestro de ceremonias del arzobispo Lobo Guerrero, y le dijo:

—Aquel dosel está en la plaza y á vista del virey y de la Real Audiencia; y pues el señor arzobispo no ha de ver los toros de pontifical, no sé á qué título ha de sentarse de igual á igual con quien representa á la corona. Por eso, señor Juan Ramirez, he llamado á vuesamerced para que le diga en mi nombre á Su Ilustrísima que, siendo yo tan su servidor y para evitarle el sonrojo de que esto se trasluzca y ande en lenguas, venga á mi palacio á gozar de la funcion. Así, estando á mi lado y en buena conformidad, se bajará sin escándalo el dosel que, contra ceremonial y derecho, ha puesto; y que tenga por entendido que yo no he de cejar un punto en vilipendio de la dignidad réjia y de los fueros del soberano.

El licenciado salió á cumplir su comision y en breve regresó con una respuesta airada de Don Gonzalo. Entonces el prudente virey puso el caso en conocimiento de la

Audiencia y de los regidores mas notables, que, aplaudiendo la conducta del marqués, no desesperaron traer á buen acuerdo al arzobispo. Pero Don Gonzalo, segun dice el erudito quiteño Villarroel, que fué obispo de Arequipa y de Santiago de Chile, en su curioso libro *Los dos cuchillos* impreso en 1657, tenia muchas ayudas de costas para errar en la cuestion del dosel:—ser muy rico, muy engreido, muy reciente prelado y no disimular sus puntas de colérico.

Por eso, sin aceptar transaccion alguna, mandó quitar en el acto el dosel y todo adorno de sus balcones, cerrar puertas y ventanas y, aparejada su carroza, tomó el partido de que ya hemos hablado.

Ni antes ni despues de Don Gonzalo han usado mas los arzobispos, cuando han querido presenciar algun festejo, que un almohadon de terciopelo carmesí sobre el antepecho del balcon, adornando éste con una cortina recamada de franjas de oro.

El pueblo llegó al fin á imponerse de lo que acontecía; mas no por eso desmayó la animacion de la fiesta. Solo las comunidades y algunas damas devotas y muy encariñadas por el Arzobispo se retiraron de los tablados y balcones.

El sesudo virey no alteró en nada el programa de la funcion y, como era de estilo, salió á caballo con una lucida comitiva á recorrer la plaza, regresando luego á ocupar su asiento bajo el dosel de la galeria de palacio.

La corrida fué buena. Los vichos eran bravos, despanzurraron caballos, aporrearon ginetes, é hirieron chulos. Hubo sangre, en fin, condicion *sine qua non* de una buena corrida.

Las danzas de gigantes, parlampanes y *papahuevos*, los grupos de *pallas*, y las cofradías de congos, bozales, caravelíes, angolas y terranovas, fueron suntuosas. Cada señora de Lima se habia encargado de vestir y adornar con sus mas ricas alhajas á uno de los farsantes. En las danzas lucia la competencia del lujo.

El arzobispo regresó por la noche á su palacio, imajinándose que con su ausencia habia *aguado* la funcion.

IV

Don Gonzalo de Ocampo, natural de Madrid, fué el cuarto arzobispo de Lima. El 19 de Octubre de 1625 tuvo la honra de consagrar la Catedral, en cuya construccion se habian empleado ochenta y nueve años y gastádose seiscientos mil pesos. La ceremonia religiosa principió á las seis de la mañana y terminó á las ocho de la noche, y aun existen medallas de plata que se acuñaron para conmemorar el acto. Destruida por el terremoto de 1746 se procedió inmediatamente á reedificarla, verificándose su estreno el Jueves de Corpus, 29 de Mayo de 1753, siendo virey el conde de Superunda.

Obsequiado en 1850 por el arzobispo Luna Pizarro, tiene la Catedral, entre otros notables, un magnífico lienzo de Murillo—*La Verónica*—que los canónigos cuidan como un tesoro, que ya en dos ocasiones han visto en peligro de ser robado.

Volvamos á Don Gonzalo. Desde el dia de la cuestion del dosel vivió en lucha abierta con el virey. De ilustrísima cuna, opulento, educado cerca del Santo Padre Clemente VIII, de quien fué camarero secreto, con poderosas influencias en Roma y en Madrid, todas las probabilidades del triunfo estaban en su favor. En Méjico hacia poco que un arzobispo habia puesto preso á un virey y despojádolo del mando, conducta que mereció el aplauso del monarca, y Don Gonzalo de Ocampo se hallaba en camino de seguir el ejemplo. Los galeones que llegaron de Cadiz en los últimos meses de 1626 traian la noticia de que era punto resuelto en la Corte nombrar por virey al Arzobispo; pero que Felipe IV buscaba la manera de *dorar la píldora* para no agraviar al marqués. Tal es la gratitud de los grandes!

Sin duda que el arzobispo habria visto lograda su am-

bicion si la muerte no lo estorbase. Recorriendo su diócesis fué envenenado, en Recuay, por un cacique, á quien habia reprendido severamente en el púlpito, y murió en 19 de Diciembre de 1626, de cincuenta y cuatro años de edad.

En su tiempo tuvo lugar la famosa querella de los barberos. El arzobispo habia promulgado un edicto, prohibiendo que afeitasen en dias festivos. Los rapa-barbas pusieron el grito en el cielo y apelaron ante el juez eclesiástico de Guamanga; mas, habiéndoseles negado la apelacion, ocurrieron á la Audiencia, la cual falló contra el edicto. Sus señorías los oidores no podian pasar el domingo sin hacerse jabonar la cara. ¡Pues no faltaba mas sino que su ilustrísima legislase contra las navajas!

En 1629, el conde de Chinchon reemplazó al excelente marqués de Guadálcazar.

LOS POLVOS DE LA CONDESA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

CONDE DE CHINCHON.

I

En una tarde de Junio de 1631 las campanas todas de las iglesias de Lima, plañian fúnebres rogativas y los monjes de las cuatro órdenes religiosas, que á la sazon existian, congregados en pleno coro, entonaban salmos y preces.

Los habitantes de la tres veces coronada ciudad cruzaban por los sitios en que, sesenta años despues, el virey conde de la Monclova debia construir los portales de Escribanos y Botoneros, deteniéndose frente á la puerta lateral de palacio.

En éste todo se volvia entradas y salidas de personajes, mas ó ménos caracterizados.

No se diría sino que acababa de dar fondo en el Callao un galeon con importantísimas nuevas de España, ¡tanta era la agitacion palaciega y popular! ó que, como en nuestros democráticos dias, se estaba realizando uno de aquellos golpes de teatro á que sabe dar pronto término la justicia de cuerda y hoguera.

Los sucesos como el agua deben beberse en la fuente; y por esto, con venia del capitan de arcabuceros que está

de faccion en la susodicha puerta, penetraremos lector, si te place mi compañia, en un recamarin de palacio.

Hallábanse en él el excelentísimo señor don Luis Gerónimo Fernandez de Cabrera Bobadilla y Mendoza, conde de Chinchon, virey de estos reinos del Perú por su magestad don Felipe IV, y su íntimo amigo el marques de Zárate. Ambos estaban silenciosos y mirando con avidéz hácia una puerta de escape, la que al abrirse dió paso á un nuevo personaje.

Era este un anciano. Vestia calzon de paño negro á media pierna, zapato de pana con hevilla de piedras, casaca y chaleco de terciopelo, pendiendo de este último una gruesa cadena de plata con hermosísimos sellos. Si añadimos que gastaba guantes de gamuza habrá el lector conocido el perfecto tipo de un esculapio de aquella época.

Era el doctor don Cleto Martinez, nativo de Cataluña y recien llegado al Perú en calidad de médico de la casa del virey, una de las lumbreras de la ciencia que enseña á matar por medio de un *récipe.*

—Y bien, don Cleto?—Le interrogó el virey mas con la mirada que con la palabra.

—Señor, no hay esperanza. Solo un milagro puede salvar á doña Leonor.

Y don Cleto se retiró con aire compunjido.

Este corto diálogo basta para que el lector menos avisado conozca de qué se trata.

El virey habia llegado á Lima en Enero de 1629; y dos meses mas tarde su bellísima y jóven esposa doña Leonor, á la que habia desembarcado en Paita para no exponerla á los azares de un probable combate naval con los piratas. Algun tiempo despues, se sintió la vireina atacada de esa fiebre periódica que se designa con el nombre de terciana y que era considerada por los Incas como endémica en el valle del Rimac. Sabido es que cuando en 1378 Pachacutec envió un ejército de treinta mil cuzqueños á la conquista de Pachacamac perdió lo mas flo-

rido de sus tropas, á estragos de la terciana. En los primeros siglos de la dominacion europea, los españoles que se avecindaban en Lima pagaban tambien tributo á esta terrible enfermedad, de la que muchos sanaban sin específico conocido y á no pocos arrebataba el mal.

La condesa de Chinchon estaba desahuciada. La ciencia, por boca de su oráculo don Cleto, habia fallado.

—Tan jóven y tan bella!—decia á su amigo el desconsolado esposo—¡Pobre Leonor! ¿Quién te habria dicho que no volverias á ver tu cielo de Andalucía ni los cármenes de tu Granada? Dios mio! Un milagro, Señor, un milagro!!!

—Se salvará la condesa, excelentísimo señor—contestó una voz en la puerta de la habitacion.

El virey se volvió sorprendido. Era un sacerdote, un hijo de Ignacio de Loyòla, el que habia pronunciado tan consoladoras palabras.

El conde de Chinchon se inclinó ante el jesuita. Este continuó:

—Quiero ver á la vireina. Tenga vuecencia fé y Dios hará el resto.

El virey condujo al sacerdote al lecho de la moribunda.

II

Suspendamos nuestra narracion para trazar muy á la lijera el cuadro de la época del gobierno de don Luis Fernandez de Cabrera, que ejerció el mando desde 14 de Enero de 1629 hasta el 18 del mismo mes de 1639, en que lo reemplazó el marqués de Mansera.

Amenazado el Pacífico por los portugueses y por la flotilla del pirata holandés *Pié de palo*, gran parte de la actividad del conde de Chinchon se consagró á poner el Callao y la escuadra en aptitud de defensa. Envió ademas á Chile mil hombres contra los araucanos y tres expediciones contra algunas tribus de Puno, Tucuman y Paraguay.

Para sostener el caprichoso lujo de Felipe IV y sus cortesanos, tuvo la América que contribuir con daño de

su prosperidad. Hubo exceso de impuestos y gabelas que el comercio de Lima se vió forzado á soportar, agravándose su situacion con la quiebra de Juan de la Cueva, especie de banquero de esos tiempos.

Data de entonces la decadencia de los minerales de Potosí y Huancavelica, á la vez que el descubrimiento de las vetas de Bombon y Cailloma.

El conde de Chinchon fué tan fanático como cumplia á un cristiano viejo. Lo comprueban muchas de sus disposiciones. Ningun naviero podia recibir pasageros á bordo si préviamente no exhibian una cédula ó constancia de haber confesado y comulgado la víspera. Los soldados estaban tambien obligados, bajo severas penas, á llenar cada año este precepto y se prohibió que en los dias de cuaresma se juntasen hombres y mujeres en un mismo templo.

Como lo hemos escrito en nuestros *Anales de la Inquisicion de Lima*, fué esta la época en que mas víctimas sacrificó el implacable Tribunal de la fé. Bastaba ser portugues y tener fortuna para verse sepultado en las mazmorras del Santo Oficio. En uno solo de los tres autos de fé á que asistió el conde de Chinchon, fueron quemados once judíos portugueses, acaudalados comerciantes de Lima, contándose entre ellos el dueño de la casa llamada de Pilatos, á quien sus correligionarios nombraban el *Capitan grande*.

Alguna quisquilla debió tener su excelencia con las limeñas cuando en dos ocasiones promulgó bandos contra las *tapadas*, las que, forzoso es decirlo, hicieron con ellos papillotas y tirabuzones. Legislar contra las mujeres ha sido y será siempre sermon perdido.

Volvamos á la vireina que dejamos moribunda en el lecho.

III

Un mes despues se daba una gran fiesta en palacio, en celebracion del restablecimiento de doña Leonor.

La virtud febrífuga de la *cascarilla* quedaba descubierta.

Atacado de fiebres un indio de Loja llamado Pedro de Leyva, bebió para calmar los ardores de la sed, del agua de un remanso, en cuyas orillas crecian algunos árboles de *quina*. Salvado asi, hizo la esperiencia de dar á beber á otros enfermos, del mismo mal, cántaros de agua, en los que d positaba raices de cascarilla. Con su descubrimiento vino á Lima y lo comunicó á un jesuita el que, realizando oa feliz curacion de la vireina, hizo á la humanidad malyor servicio que el fraile que inventó la pólvora.

Los jesuitas guardaron por algunos años el secreto y á ellos acudía todo el que era atacado de tercianas. Por eso, durante mucho tiempo los polvos de la corteza de quina, se conocian bajo el nombre de *polvos de los jesuitas*.

El doctor Scrivener dice que un médico inglés, Mr. Talbot, curó con la quinina al príncipe de Condé, al Delfin, á Colbert y otros personajes, vendiendo el secreto al gobierno francés por una suma considerable y una pension vitalicia.

Linneo, tributando en ello un homenaje á la vireina condesa de Chinchon, señaló á la quina el nombre que hoy le dá la ciencia:—*Chinchona*.

En cuanto al pueblo de Lima, hasta hace pocos años, conocia los polvos de la corteza de este árbol maravilloso, con el nombre de *polvos de la condesa*.

EL ENCAPUCHADO.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

CONDE DE SALVATIERRA.

I

Por el mes de Noviembre del año 1651 era preciso estar curado de espantos para atreverse á pasar, despues del toque de queda, por el callejon de San Francisco. Entonces, como ahora, una de las aceras de esa calleja la formaban casas de modesto aspecto, con fondo al rio, y la fronteriza era una pared de gran altura, sin mas puerta que la escusada del convento de los padres seráficos. En esos tiempos, en que no habia gas ni faroles públicos, aumentaba lo sombrío y pavoroso de la calle un nicho, que aun existe, con la imágen de la Dolorosa, alumbrada por una mortecina lamparilla de aceite.

Lo que traia aterrorizados á los vecinos era la aparicion de un fantasma, vestido con el hábito de los religiosos y cubierta la faz por la capucha, lo que le daba por completo la semejanza de un amortajado. Como el miedo es el mejor anteojo de larga vista que se conoce, contaban las comadres del barrio á quienes la curiosidad, mas poderosa en las mujeres que el terror, habia hecho asomar por las rendijas de las puertas, que el encapuchado no tenia sombra, que unas veces crecia, hasta perderse su

cabeza en las nubes, y que otras se reducia á proporciones mínimas.

Un baladron, de esos que tienen tantos gemes de lengua como pocos quilates de esfuerzo en el corazon, burlándose en un corrillo de brujas, aparecidos y diablos coronados, dijo que él era todo un hombre, que ni mandado hacer de encargo, para ponerle el cascabel al fantasma. Y ello es que, entrada la noche, fué á la calleja y no volvió á dar cuenta de la empresa á sus camaradas que lo esperaban anhelantes. Venida la mañana, lo encontraron privado de sentido bajo el nicho de la Virgen y, vuelto en sí, juró y perjuró que el fantasma era una alma en pena en toda regla.

Con esta aventura del maton, que se comia cruda la gente, imagínese el lector si el espanto tomaria creces en el supersticioso pueblo. El encapuchado fué, pues, la comidilla obligada de todas las conversaciones, la causa de los arrechuchos de todas las viejas gruñonas y el coco de todos los muchachos malcriados.

Muchas son las leyendas fantásticas que se refieren sobre Lima, incluyendo entre ellas la tan popular del coche de Zavala, vehículo que personas de edad provecta y duros espolones nos afirman haber visto á media noche, paseando la ciudad y rodeado de llamas infernales y de demonios. Para dar vida á tales consejas necesitaríamos poseer la robusta y galana fantasía de Hoffman ó de Edgard Poe. Nuestra pluma es humilde y se consagra solo á hechos reales é históricamente comprobados como el actual, que ocurrió siendo décimo sesto virey del Perú, por Su Magestad Don Felipe IV, el excelentísimo señor conde de Salvatierra

II

Don García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, marqués de Sobroso y caudillo mayor del reino y obispado de Jaen, fué, como virey de Méjico, el mas poderoso auxiliar que tuvieron los jesuitas en su lucha con

el esclarecido Palafox, obispo de Puebla. El rey, procediendo sagazmente, creyó oportuno separar á Don García de ese gobierno, nombrándolo para Lima, donde hizo su entrada solemne, y en medio de grandes festejos, el dia 20 de Setiembre de 1648.

En su época, tuvo lugar en Quito un robo de hostias consagradas y el milagro de la aparicion de un niño Jesus en la custodia de la iglesia de Eten. Los jesuitas influyeron tambien en el Perú, como lo habian hecho en Méjico, sobre el ánimo del anciano y achacoso virey; que les acordó muchas gracias y protejió eficazmente en sus misiones de Maynas y del Paraguay.

Bajo este gobierno aconteció el famoso terremoto que arruinó el Cuzco. Hablando de esta catástrofe, dice Lorente: que un cura de la montaña, que regresaba á su parroquia, se halló suspendido sobre un abismo y sin acceso posible al terreno firme y que, siendo inútiles los esfuerzos para salvarle, murió de hambre á los cinco dias de tan horrible agonía.

En 1650 hizo el conde de Salvatierra construir la elegante pila que existe en la plaza mayor de Lima, sustituyéndola á la que en 1578 habia hecho colocar el virey Toledo. La actual pila costó ochenta y cinco mil pesos.

En 1655 vino el conde de Alba de Aliste á relevar al de Salvatierra; mas sus dolamas impidieron á éste regresar á Europa y murió en Lima el 26 de Junio de 1656.

III

Por el año de 1648 vivia en una casa del susodicho callejon de San Francisco un acaudalado comerciante asturiano, llamado don Gutierre deUrsan, el cual hacia dos años que habia encontrado la media naranja que le faltaba en una linda chica de veinte abriles muy frescos. Llamábase Consuelo la niña y los maldicientes decian que sabia hacer honor al nombre de pila.

Imagínense ustedes, una limeñita de talle ministerial,

por lo flexible, de ojos de médico, por lo matadores, y de boca de periodista, por el aplomo y gracia en el mentir. En cuanto á carácter tenia mas veleidades, caprichos y engreimientos que alcalde de municipio, y sus cuentas conyugales andaban siempre mas enredadas que ogaño las finanzas de la república. Lectora mia, Consuelito era una perla, no agraviando lo presente.

El bueno de don Gutierre tenia, entre otros mortalísimos pecados, los de estar enamorado de su mujer hasta mas arriba de la coronilla, ser celoso como un musulman y muy susceptible en lo que atañe á la negra honrilla.

En ese año de 1648 recibió cartas que lo llamaban á España para recojer una valiosa herencia y, despues de confesado y comulgado, emprendió el fatigoso viaje, dejando al frente de la casa de comercio á su hermano don Iñigo de Ursan y encomendándole muy mucho que cuidase de su honor como de cosa propia.

Nunca tal resolviera el infeliz; pero dizque es estrella de los predestinados hacer al gato despensero. Era el don Iñigo mozo de treinta años, bien encarado y apuesto y á quien algunas fáciles aventurillas con dulcineas de medio pelo habian conquistado la fama de un Tenorio. Con este retrato, dicho se está que no hubo de parecerle mal bocado la cuñadita, y que ella no gastó muchos melindres para inscribir en el abultado registro de San Marcos al que iba por esos mares rumbo á Cádiz.

IV

En España se encontró don Gutierre, que habia creido no tener mas que hacer que llegar y besar, envuelto en un pleito con ocasion de la herencia, y Dios sabe si habria tenido que enmohecer en la madre patria esperando la conclusion del litigio; pues segura cosa es que mientras haya sobre la tierra papel del sello, escribas y fariseos, un pleito es gasto de dinero y de tiempo y trae mas desazones que un uñero en el dedo gordo.

Llevaba ya casi dos años en España cuando el galeon de Indias le trajo, entre otras cartas de Lima, la siguiente en que, sobre poco mas ó ménos, le decia un amigo de esos que son siempre solícitos para dar malas nuevas:

«Señor Don Gutierre de Ursan.—Muy señor mio y mi dueño:—Malhadada suerte es que, tratándose de tan cumplido caballero como vuesamerced, todos se hagan en Lima lenguas de lo mal guardado que anda su honor y murmuren sobre si le apunta ó no le apunta hueso de mas en la frente. Con este aviso, vuesamerced hará lo que mejor estime para su desagravio, que yo cumplo como amigo con poner en su noticia lo antedicho, añadiéndole que es su mismo hermano quien tan felonamente lo ultraja. Que Dios Nuestro Señor dé á vuesamerced fortaleza para echar un remiendo á la honra y mande con imperio en su amigo, servidor y capellan Q. B. S. M.—*Críspulo Quincoces.*

V

El 8 de Diciembre de 1651 era el cumpleaños de Consuelo y, por tal causa, celebrábase en la casa del callejon de San Francisco un festin de familia en el que lucian la clásica empanada, la sopa teóloga con menudillos, la sabrosa *carapulcra* y el obligado pavo relleno y, para remojar la palabra, el turbulento *motocachi* y el retinto de Cataluña. Los banquetes de esos siglos eran de cosa sólida y que se pega al riñon y no de puro soplillo y oropel, como los de los civilizados tiempos que alcanzamos. Verdad es que antaño era mas frecuente morir de un hartázgo apoplético.

Por miedo al fantasma encapuchado, las casas de ese barrio se cerraban á piedra y lodo con el último rayo del crepúsculo vespertino. ¡Tonterias humanas! Las buenas gentes no sospechaban que las almas del otro mundo, en su condicion de espíritus, tienen carta blanca para colarse, como un vientecillo, por el ojo de la llave.

Los amigos y deudos de Consuelo estaban en el salon

con una copa mas de las precisas en el cuerpo, cuando á la primera campanada de las nueve, sin que atinasen como ni por donde habia entrado, se les apareció el encapuchado.

Que el espanto hizo dar á todos diente con diente, es cosa que de suyo se deja adivinar. Los hombres juzgaron oportuno eclipsarse y las faldas no tuvieron otro recurso que el tan manoseado de cerrar los ojos y desmayarse, y ¡voto á brios baco balillo! que razon habia harta para tamaña confusion. ¿Quién es el guapo que se atreve á resollar fuerte en presencia de una ánima del Purgatorio?

Cuando, pasada la primera impresion, regresaron algunos de los hombres y resucitaron las damas, vieron en medio del salon los cadáveres de Iñigo y de Consuelo. El encapuchado los habia herido en el corazon con un puñal.

Don Gutierre, despues de haber lavado con sangre la mancha de su honor, se presentó preso ante el alcalde del crímen y, en el juicio, probó la criminal conducta del traidor hermano y de la liviana esposa. La justicia lo sentenció á dar mil pesos de limosna al convento de la órden, por haberse servido del hábito seráfico para asegurar su venganza y esparcido el terror en el asustadizo vecindario.

Satisfecha la multa, Don Gutierre se embarcó para España y los vecinos del callejon de San Francisco no volvieron á creer en duendes ni encapuchados.

LA DESOLACION
DE CASTROVIREINA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

CONDE DE SANTISTEVAN.

I

Doña Teresa de Castro, esposa del virey Don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, llegó á Lima en 1590 acompañándola desde España muchas damas, parientas y amigas suyas, la mayor parte solteras y que, á poco hacer, encontraron maridos acaudalados en esta ciudad de los Reyes. Ateniéndonos al testimonio de un cronista, pasaron de quinientas las personas de ambos sexos que se embarcaron en Cádiz para seguir la suerte que Dios deparase á la vireina.

Minuto mas minuto ménos, Doña Teresa frisaba por entónces en los veintiocho años, y á rancios cuarteles de nobleza unía gran fortuna y deslumbradora beldad. Ella fué la primera que estableció en los salones de palacio la etiqueta aristocrática de una pequeña corte y la galantería de buen tono.

Hablábase mucho, á la sazon, del descubrimiento de poderosas minas de plata en uno de los distritos de Huancavelica y no era escaso el número de españoles que, soñando con un nuevo Potosí, abandonaban el templado

clima de la capital para aventurarse en esos riscos, cuyas entrañas escondian el precioso metal.

Una mañana presentóse un indio en el patio del palacio, seguido de varias *llamas* cargadas de barras de plata, solicitando la merced de hablar con la vireina. Acojiólo ella con su genial bondad y el indio despues de obligarla á aceptar, como si fuesen vizcochuelos, las consabidas barras, y escusarse por la mezquindad del agasajo, la pidió que sacase de pila una hija que en su pueblo le habia nacido. Doña Teresa, por mas honrar al futuro compadre, no quiso conferir poder para que otra persona la representase como madrina, y prometió que ántes de quince dias se pondria en camino para la sierra. Loco de orgullo y de gusto salió el indio de palacio y, sin pérdida de tiempo, regresó á sus hogares para preparar un recibimiento digno de comadre de tanto fuste.

Cinco ó seis semanas despues Doña Teresa de Castro con varias señoras de Lima, un respetable oidor de la Audiencia, tres capellanes, gran séquito de hidalgos y cincuenta soldados de á caballo, hacia su entrada en el miserable pueblecito del indio. Este habia tapizado de barras de plata el espacio que mediaba entre el sitio donde se apeó la vireina y la puerta de su choza.

Al siguiente dia tuvo efecto la ceremonia bautismal y con ella la fundacion de una nueva villa.

Así cuenta la tradicion popular el orígen de Castrovireina y, á falta de otra fuente histórica á que atenernos, aceptamos el relato del pueblo, que *si non é vero é ben trovato.*

Castrovireina se encuentra situado en una altura y es rigoroso el frio que en ella se experimenta. Las minas están esparcidas en los cerros inmediatos. Se halla á cuarenta leguas, poco mas ó ménos del mar, y á diez y ocho de Huancavelica. Tuvo un convento de franciscanos, iglesias, hospital y capillas.

La nueva villa progresó mucho con la abierta protecion que la dispensara el virey Don García quien, para

impulsar el laboreo de las minas, la señaló dos mil *mitayos* ó peones indígenas. No creemos que fuese tan fabulosa, como la de Potosí y otros asientos, la riqueza de Castrovireina; pues en los tiempos del marques de Salinas se pensó en abandonar el trabajo porque, dice un historiador, aunque de ley razonable los metales eran pocos y muy duros de labrar necesitando de quema, con grave daño de los indios, y dando las minas á pocos estados en agua.

Sin embargo, en los tiempos del virey príncipe de Esquilache (1615 á 1621) la produccion anual de Potosí era de cinco mil quintales de plata, la de Oruro de setecientos y la de Castrovireina de doscientos, bien entendido, añade el mismo historiador, que todas estas cifras reposan sobre datos y apreciaciones oficiales, que la extension del contrabando dejaba á gran distancia de la verdad.

Este dato nos hace presumir que, en la época de su fundacion, debió ser verdaderamente alucinadora la riqueza de Castrovireina.

Hoy las minas están casi abandonadas, la poblacion ha disminuido muchísimo y la villa no es sombra de lo que fué. Veamos lo que produjo esta desolacion, sujetándonos siempre al relato popular.

II

El excelentísimo Señor Don Diego de Benavides y de la Cueva, conde de Santistevan, y que habia sido virey de Navarra, entró á Lima el 31 de Julio de 1661. Fué el conde, dice Peralta, de grandes virtudes, sobresaliendo en las de piedad, devocion y liberalidad y adornado de alto ingenio, erudicion y poesía, como lo justifica su libro titulado: —*Las horas succesivas.*

La ordenanza de obrajes, en proteccion de los infelices indios, y la habilidad con que administró las rentas públicas, llegando á tener el tesoro en vez de déficit un sobrante de medio millon, bastan para hacer la apolojía de este virey.

Amagos piráticos, un terremoto que en 1664 arruinó á

Ica pereciendo más de cuatrocientas personas; epidemias de tifus y viruela y los primeros disturbios de los hermanos Salcedo, afectaron el ánimo del anciano y bondadoso virey, ocasionándole la muerte en 1666.

Por entónces, los ricos mineros de Castrovireina quisieron imitar el lujo, los caprichosos dispendios, las vanidosas fantasías y la manera de ser de los de Potosí y Laycacota. Las procesiones eran un incentivo para ello y aquel año, que no podemos determinar con fijeza, eran grandes los preparativos que se hacian para la fiesta del *Corpus*.

Disputábanse el alferazgo ó prerogativa de llevar el guion y de hacer los gastos de la fiesta y del banquete, dos de los mineros mas poderosos, criollo el uno y español el otro. Llegado el dia de hacer la eleccion en Cabildo, triunfó el español por mayoria de un voto y celebró su victoria con música y cohetes, exaltando así mas, si cabia, al partido desairado.

La procesion fué suntuosa. Arcos formados de barras de plata se ostentaban en todo el tránsito, y las familias españolas se habian echado encima todo el baul de alhajas y los mejores trapitos de cristianar.

El alferez, con la insignia de su cargo, iba mas orgulloso que la mitad y otro tanto. Vestia jubon y calzon corto de finísimo terciopelo azul, capa de caballero de Alcántara y, sujeta al cuello por una cadenilla de oro, una espléndida cruz de brillantes.

A poco andar de la procesion, asomó por una esquina el vencido criollo con un grupo de sus parciales y se lanzó á arrebatar el guion de manos del alferez. Los españoles estaban prevenidos para el lance y, por arte de encantamiento, salieron á relucir espadas, puñales y mosquetes. Los indios, igualmente armados, acudieron por las bocacalles y empezó entre ambos partidos un sangriento combate.

Aun en nuestros republicanos tiempos han tenido lugar idénticas escenas en las fiestas religiosas de algunos

pueblos, y aquí viene á cuento una historia auténtica y contemporánea.

No hace mucho que en Huancavelica y para la fiesta de San Sebastian se dividian los indios en dos partidos y, despues de un combate á palos y de las víctimas consiguientes, el bando vencedor se llevaba la imágen del Santo y atendia á su culto durante el año. Los vencidos guardaban su enojo para el año próximo, reforzaban sus filas y casi siempre en la nueva batalla salian vencedores. Hubo, al fin, un Prefecto, bastante ilustrado y enérgico, que prohibió la procesion. Los indios llevaron pocos dias despues, ante el Prefecto, á San Sebastian con un recurso en la mano. El memorial estaba escrito en papel sellado, llevando por sumilla esta cuarteta:

San Sebastian, ante usía
Con el debido respeto
Pide revoque el decreto
Que promulgó el otro dia.

Dizque el Prefecto estuvo tentado de proveer, para escarmiento de santos demagogos—*San Sebastian á la cárcel;*—pero que, pensándolo mejor, hizo regresar la efijie al templo y poner en chirona á los cabecillas. El decreto prefectural subsistió y parece que despues no se han repetido los escándalos antiguos.

Volvamos á la procesion del Corpus en Castrovireina.

Algunos muertos y heridos contábanse ya de ambos bandos; sin que la ventaja de la lucha se pronunciase por ninguno. De pronto el sacerdote que llevaba el Santísimo cayó al suelo, mortalmente herido en el pecho. Una bala, destrozando un rayo de oro de la custodia, lo habia atravesado.

La consternacion fué general, el espanto se apoderó de los animos, cesó el combate y los indios se dispersaron.

Y como si un anatema del cielo hubiera caido sobre Castrovireina, empezó la desolacion del asiento. Unas mi-

has se derrumbaron, otras dieron en agua, y para colmo de desdichas una epidemia que los naturales llamaron *ferro-chucco*, y que presumimos fué el tifus, arrebató dos tercios de la poblacion.

Bajo el gobierno del virey Conde de Castellar se decretó la traslacion de las cajas reales y mitayos de Castrovireina al mineral de Otoca, en la provincia de Lucanas.

Carlos IV, en los primeros años del presente siglo, encomendó mucho al Intendente Vives que procurase restablecer los trabajos en Castrovireina y devolver al mineral su pasada importancia. Pero los esfuerzos de Vives fueron estériles.

La custodia, con el rayo de oro roto por la bala, se conservaba en la iglesia hasta la época de la independencia, en que desapareció robada por unos soldados de la division del general Arenales.

EL JUSTICIA MAYOR
DE LAYCACOTA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY
CONDE DE LEMUS.

I

En una serena tarde de Marzo del año del Señor de 1665, hallábase reunida á la puerta de su choza una familia de indios. Componíase ésta de una anciana que se decia descendiente del gran general Ollantay, dos hijas, Cármen y Teresa, y un mancebo llamado Tomás.

La choza estaba situada á la falda del cerro de Laycacota. Ella, con quince ó veinte mas, constituian lo que se llama una aldea de cien habitantes.

Mientras las muchachas se entretenian en hilar, la madre contaba al hijo, por la milésima vez, la tradicion de su familia. Esta no es un secreto, y bien puedo darla á conocer á mis lectores, que la hallarán relatada, con extensos y curiosos pormenores, en el importante libro que, bajo el título *Anales del Cuzco*, publicó mi ilustrado amigo y compañero de Congreso don Pio Benigno Mesa.

Hé aquí la tradicion sobre Ollantay:

Bajo el imperio del Inca Pachacutec, noveno soberano del Cuzco, era Ollantay, curaca de Ollantaytambo, el generalísimo de los ejércitos. Amante correspondido de una

de las *ñustas* ó infantas, solicitó de Pachacutec, y como recompensa de sus importantes servicios, que le acordase la mano de la jóven. Rechazada su pretension por el orgulloso monarca, cuya sangre, segun las leyes del imperio, no podia mezclarse con la de una familia que no descendiese directamente de Manco Capac, el enamorado cacique desapareció una noche del Cuzco, robándose á su querida Cusicoyllor.

Durante cinco años fué imposible para el Inca vencer á su rebelde vasallo, que se mantuvo en armas en las fortalezas de Ollantaytambo, cuyas ruinas son hoy la admiracion del viajero. Pero Rumiñahui, otro de los generales de Pachacutec, en una secreta entrevista con su rey, lo convenció de que mas que á la fuerza era preciso recurrir á la maña y á la traicion para sujetar á Ollantay. El plan acordado fué poner preso á Rumiñahui, con el pretesto de que habia violado el santuario de las vírgenes del Sol. Segun lo pactado, se le degradó y azotó en la plaza pública, para que envilecido así huyese del Cuzco y fuese á ofrecer sus servicios á Ollantay, quien viendo en él una ilustre víctima á la vez que un general de prestigio, no podia menos que dispensarle entera confianza. Todo se realizó como inícuamente estaba previsto, y la fortaleza fué entregada por el infame Rumiñahui, mandando el Inca decapitar á los prisioneros.

Un leal capitan salvó á Cusicoyllor y su tierna hija Ymasumac; y se estableció con ellas en la falda del Laycacota y en el sitio donde, en 1669, debia erijirse la villa de San Carlos de Puno.

Concluía la anciana de referir á su hijo esta tradicion, cuando se presentó ante ella un hombre, apoyado en un baston, cubierto el cuerpo con un largo poncho de bayeta y la cabeza por un ancho y viejo sombrero de fieltro. El extrangero era un jóven de veinticinco años, y á pesar de la ruindad de su traje, su porte era distinguido, su rostro varonil y simpático, y su palabra graciosa y cortesana.

Dijo que era andaluz y que su desventura lo traía á tal

punto, que se hallaba sin pan ni hogar. Los vástagos de la hija de Pachacutec le acordaron de buen grado la hospitalidad que demandaba.

Asi trascurrieron pocos meses. La familia se ocupaba en la cria de ganado y en el comercio de lanas, sirviéndola el huésped muy útilmente. Pero la verdad era que el jóven español se sentia apasionado de Cármen, la mayor de las hijas de la anciana, y que ella no se daba por ofendida con ser objeto de las amorosas ánsias del mancebo.

Como el platonicismo, en punto á terrenales afectos, no es eterno, llegó un dia en que el galan, cansado de conversar con las estrellas en la soledad de sus noches, se espontaneó con la madre; y ésta, que habia aprendido á estimar al español, le dijo:

—Mi Cármen te llevará en dote una riqueza digna de la descendiente de emperadores.

El novió no dió por el momento importancia á la frase; pero tres dias despues de realizado el matrimonio, la anciana lo hizo levantarse de madrugada y lo condujo á una boca-mina, diciéndole:

—Aquí tienes la dote de tu esposa.

La hasta entónces ignorada, y despues famosísima, mina de Laycacota fué desde ese dia propiedad de don José Salcedo, que tal era el nombre del afortunado andaluz.

II

La opulencia de la mina y la generosidad de Salcedo y de su hermano don Gaspar atrajeron en breve gran número de aventureros á Laycacota.

Oigamos á un historiador:—«Habia allí plata pura y «metales, cuyo beneficio dejaba tantos marcos como pe«saba el cajon. En ciertos dias se sacaron centenares de «miles de pesos.»

Estas aseveraciones parecerian fabulosas si todos los historiadores no estuviesen uniformes en ellas.

Cuando algun español, principalmente andaluz ó castellano, solicitaba un socorro de Salcedo, éste le regalaba lo que pudiese sacar de la mina en determinado número de horas. El obsequio importaba, casi siempre, por lo ménos, el valor de una barra, que representaba cuatro mil pesos.

Pronto los catalanes, asturianos, gallegos y vizcainos que residian en el mineral, entraron en disenciones con los andaluces, castellanos y criollos favorecidos por los Salcedos. Se dieron batallas sangrientas con variado éxito, hasta que el virey don Diego de Benavides, conde de Santistevan, encomendó al obispo de Arequipa, fray Juan de Almoguera, la pacificacion del mineral. Los partidarios de los Salcedos derrotaron á las tropas del obispo, librando mal herido el correjidor Peredo.

En estos combates, hallándose los de Salcedo escasos de plomo, fundieron balas de plata. No se dirá que no mataban lujosamente.

Así las cosas, aconteció en Lima la muerte del de Santistévan y la Real Audiencia asumió el poder. El gobernador que ésta nombró para Laycacota, viéndose sin fuerzas para hacer respetar su autoridad, entregó el mando á don José Salcedo, que lo aceptó bajo el título de *Justicia Mayor*. La Audiencia se declaró impotente y contemporizó con Salcedo, el cual, recelando nuevos ataques de los vascongados, levantó y artilló una fortaleza en el cerro.

Es verdad que la Audiencia tenia por entonces mucho grave de qué ocuparse con los disturbios que promovia en Chile el gobernador Meneses, y con la tremenda y vasta conspiracion del Inca Bohórques, descubierta en Lima casi al estallar, y que condujo al caudillo y sus tenientes al cadalso.

El órden se habia por completo restablecido en Laycacota, y todos los vecinos estaban contentos del buen gobierno y caballerosidad del Justicia Mayor.

Pero en 1667 la Audiencia tuvo que reconocer al nuevo virey llegado de España.

Era este el conde de Lemus, á quien, segun dicen los historiadores, *solo faltaba sotana para ser un completo jesuita*. En cerca de cinco años de mando brilló poco como administrador. Sus empresas se limitaron á enviar, aunque sin éxito, una fuerte escuadra en persecucion del filibustero Morgan, que habia incendiado Panamá, y á apresar en las costas de Chile á Enrique Clerk.

El virey conde de Lemus se distinguió únicamente por su devocion.—Con frecuencia se le veía barriendo el piso de la iglesia de los Desamparados, tocando en ella el órgano y haciendo el oficio de cantor en la solemne misa dominical, dándosele tres pepinillos de las murmuraciones de la nobleza, que juzgaba tales actos indignos de un grande de España.

Jamás se han visto en Lima procesiones tan espléndidas como las que tuvieron lugar entonces, y Lorente, en su notable Historia, trae la descripcion de una en que se trasladó desde Palacio á los Desamparados, dando largo rodeo, una imágen de María que el virey habia hecho traer espresamente desde Zaragoza. Arco hubo en esa fiesta cuyo valor se estimó en mas de doscientos mil pesos, tal era la profusion de alhajas y piezas de oro y plata que lo adornaban.

El fanático don Pedro Fernandez de Castro y Andrade, conde de Lemus, marqués de Sarria y de Gátiva y duque de Taurifanco, que cifraba su orgullo en descender de San Francisco de Borja, general de los jesuitas, apénas fué proclamado en Lima por representante de Carlos II el *Hechizado*, se dirijió á Puno con gran aparato de fuerza y aprehendió á Salcedo. El Justicia contaba con poderosos elementos para resistir; pero no quiso hacerse reo de rebeldía á su rey y señor natural.

El virey, segun muchos historiadores, lo condujo preso, tratándolo, durante la marcha, con estremado rigor. En breve tiempo quedó concluida la causa, sentenciado

Salcedo á muerte, y confiscados sus bienes en provecho del Real Tesoro.

Como hemos dicho, los jesuitas dominaban al virey. Jesuita era su confesor, el padre Castillo, y jesuitas sus secretarios. Las crónicas de aquellos tiempos acusan á los hijos de Loyola de haber contribuido eficazmente al trájico fin del rico minero, que habia prestado no pocos servicios á la causa de la corona y enviado á España algunos millones por el quinto de los provechos de la mina.

Cuando leyeron á Salcedo la sentencia, propuso al virey que le permitiese apelar á España, y que por el tiempo que trascurriese desde la salida del navío hasta su regreso con la resolucion de la Corte de Madrid, lo obsequiaria diariamente con una barra de plata.

Y téngase en cuenta no solo que cada barra de plata se valorizaba en cuatro mil duros, sino que el viaje del Callao á Cádiz no era realizable en ménos de ocho meses.

La tentacion era poderosa y el conde de Lemus vaciló.

Pero los jesuitas le hicieron presente que mejor partido sacaria ejecutando á Salcedo y confiscándole sus bienes.

Su excelencia siguió con docilidad el indigno consejo.

Algunos historiadores sostienen que Salcedo no fué ejecutado en Lima, sino en el sitio llamado *Orcca-pata*, á poca distancia de Puno, aseveracion que nos parece muy fundada.

III

Cuando la esposa de Salcedo supo el terrible desenlace del proceso, convocó á sus deudos y les dijo:

—Mis riquezas han traido mi desdicha. Los que las codician han dado muerte afrentosa al hombre que Dios me deparó por compañero. Mirad cómo lo vengais.

Tres dias despues la mina de Laycacota habia *dado en agua* y su entrada fué cubierta con peñas, sin que

hasta hoy haya podido descubrirse el sitio donde ella existió.

Los parientes de la mujer de Salcedo inundaron la mina, haciendo estéril para los asesinos del Justicia Mayor el crímen á que la codicia los arrastrara.

Cármen, la desolada viuda, habia desaparecido, y es fama que se sepultó viva en uno de los corredores de la mina.

Muchos historiadores sostienen que la mina de Salcedo era la que hoy se conoce con el nombre de *Manto*. Este es un error histórico que debemos rectificar. La codiciada mina de Salcedo estaba entre los cerros Laycacota y Cancharani.

El virey, conde de Lemus, en cuyo período de mando tuvo lugar la canonizacion de Santa Rosa, murió en Diciembre de 1673 y su cadáver fué enterrado en la iglesia de San Francisco.

En cuanto á los descendientes de los hermanos Salcedo, alcanzaron, bajo el reinado de Fernando VI. la rehabilitacion de su nombre y el título de Marqués de Villarica para el gefe de la familia.

RACIMO DE HORCA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

DON BALTASAR DE LA CUEVA.

A RAFAEL POMBO.

I

Mi buen amigo y alcalde Don Rodrigo de Odría:

Hánme dado cuenta que, en deservicio de Su Magestad y en agravio de la honra que Dios me dió, ha delinquido torpemente Don Andres de Almoguera, empleado en esta Caja Real de Lima. Por ende procedereis con la mejor presteza y cuidando de no ser apercibido ni dar márgen á grave escándalo, á la prision del antedicho Almoguera y, fecha que sea y depositado en la carcel de corte, me dareis inmediato conocimiento.

Guarde Dios á Vuesamerced muchos años.

EL CONDE DE CASTELLAR.

Hoy, 10 de Setiembre de 1676.

Sentábase á la mesa, en los momentos en que, llamando á coro á los canónigos, daban las campanas de la Catedral la *gorda* para las tres, el alcalde del crímen Don Rodrigo de Odría y acababa de echar la bendicion al pan, cuando se presentó un alguacil y le entregó un pliego, diciéndole:

—De parte de Su Excelencia el virey y con urgencia.

Cabalgó las gafas sobre la nariz el honrado alcalde y despues de leer, para mejor estimar los conceptos, la órden que dejamos copiada se levantó bruscamente y llamó al alguacil, que era un mozo listo como una avispa.

—Hola, Pericote! Que se preparen ahora mismo tus compañeros, que nos ha caido trabajo y de lo fino.

Mientras se concertaban los alguaciles, el alcalde paseaba por el comedor, completamente olvidado de que la sopa, el cocido y la ensalada esperaban que tuviese á bien hacerles los honores cuotidianos. Como se vé, el bueno de Don Rodrigo no era víctima del pecado de gula; pues su comida se limitaba á sota, caballo y rey.

—Ya me daba á mí un tufillo de que este Don Andres no camina tan derecho como Dios manda y al rey conviene. Verdad que hay en él un aire de tuno, que no es para envidiado, y que no me entró nunca por el ojo derecho, á pesar de sus zalamerias y dingolodangos. Y cuando el virey que ha sido su amigote me intima que le eche la zarpa, digo si habrá motivo sobrado! A cumplir Rodrigo, que quien manda manda y Su Excelencia no gasta buenas pulgas.

Y plantándose capa y sombrero y empuñando la vara de alcalde, se echó á la calle seguido de una chusma de corchetes y enderezó á la esquina del Colegio Real.

Llegado á ella, comunicó órdenes á sus lebreles, que se esparcieron en distintas direcciones para tomar todas las avenidas é impedir que se escapase el reo, que á juzgar por los preliminares debia ser pájaro de cuenta.

Don Rodrigo, acompañado de cuatro alguaciles, penetró en una casa de la calle de San Ildefonso, que segun el lujo y apariencias no podia dejar de ser habitada por persona de calidad.

Don Andres de Almoguera era un vizcaino que frisaba en los treinta y cinco años y que llegó á Lima en 1674 nombrado para un empleo de ochenta duros al mes, renta asaz mezquina aun para el puchero de una mujer y cuatro hijos, que comian mas que un cáncer en el estó-

mago. De repente, y sin que le hubiese caido loteria ni heredado en América á tio millonario, se le vió desplegar gran boato, dando pábulo y comidilla al chischisveo de las comadres del barrio y demas gente cuya ocupacion es averiguar vidas agenas.

Don Andres dormia esa tarde, y sobre un sofá de la sala, la obligada siesta de los españoles rancios y dispertó, rodeado de esbirros, á la intimacion que le dirijió el alcalde.

—¡Por el rey! Dése preso vuesamerced.

El vizcaino echó mano de un puñal de Albacete que llevaba al cinto y se lanzó sobre el alcalde y su comitiva, que aterrorizados lo dejaron salir hasta el patio. Mas Pericote, que habia quedado de vijía en la puerta de la calle, viendo despavoridos y mal trechos á sus compañeros, se quitó la capa y con pasmosa rapidez la arrojó sobre la cabeza del delincuente, que tropezó y vino al suelo. Entonces toda la jauria cayó sobre el caido, segun es de añeja práctica en el mundo, y fuertemente atado dieron con él en la cárcel de corte, situada en la calle de la Pescaderia.

Tres meses despues, Andres de Almoguera, que préviamente recibió doscientos ramalazos por mano del verdugo, marchaba en trahilla con otros criminales al presidio de Chagres, convicto y confeso del crímen de defraudador del real tesoro, reagravado con los de falsificacion de la firma del virey y resistencia á la justicia.

Cuando el virey conde de Castellar, que á la sazon contaba cuarenta y seis años, vino á Lima, trajo en su compañia, entre otros empleados que habian comprado sus cargos en la Corte, á Don Andres de Almoguera. Durante el viaje tuvo ocasion de frecuentar el trato del virey, que le tomó algun cariño y lo invitaba á veces á comer en palacio.....Pero caigo en cuenta que estoy hablando del virey sin haberlo presentado en forma á mis lectores. Hagamos, pues, conocimiento con Su Excelencia.

II

Don Baltasar de la Cueva, conde de Castellar, marqués de Malagon, y vijésimo virey del Perú, entró á Lima el 15 de Agosto de 1674 *ostentando*, dice el historiador, *en acémilas lujosamente ataviadas la opulencia que solian sacar otros vireyes.* El pueblo pensó juiciosamente que Don Baltasar no venia en pos de logros y grangerias sino en busca de honra, y lo acojió con vivo entusiasmo.

Sus primeros actos administrativos fueron organizar la escuadra, en prevision de ataques piráticos, artillar Valparaiso, fortificar Arica, Guayaquil y Panamá y reparar los muros del Callao aumentando á la vez su guarnicion.

En el órden civil y en el religioso dictó acertadísimas disposiciones. Dió respetabilidad á los tribunales, fué celoso guardian del patronato, sosteniendo graves querellas con el Arzobispo, reformó la Universidad, creó fondos para el sostenimiento del hospital de Santa Ana y promulgó ordenanzas para moderar el lujo de los coches y túmulos, para reprimir los desafios y mejorar otros ramos de olicía.

En la hacienda realizó grandes economías en los gastos públicos, castigó con estremo rigor los abusos de los corregidores y practicó una minuciosa inspeccion de las cajas reales. Por resultado de ella marcharon al presidio de Valdivia varios empleados fiscales, se ahorcó al tesorero de la Paz y, confiscados los bienes de los culpables, recuperó el tesoro algunos millonccjos.

Ningun libramiento se pagaba si no llevaba el *cúmplase* de letra del virey y con su firma al pié. Muchos de estos documentos fueron falsificados por Almoguera.

Hablando de tan ilustre virey, dice Lorente:

—«Oía á todos en audiencias públicas y secretas, sin «tener horas reservadas ni porteros que impidieran ha«blarle, y daba por sí mismo decretos y órdenes, con ad«miracion de los limeños que ponderaban no haber obser-

«vado actividad igual en el trabajo ni forma semejante «de administracion en ninguno de los vireyes anteriores.»

Su intransigencia con arraigados abusos le concitó poderosísimos enemigos, que gastaron su influjo todo y no economizaron expediente para desquiciar al virey en el ánimo del soberano.

El 7 de Julio de 1678, cuando tenia lugar en Lima una procesion de rogativa á consecuencia de un terrible terremoto que en el mes anterior dejó á la ciudad casi en escombros, recibió el conde de Castellar una real órden del imbécil Carlos II, en que se le intimaba la inmediata entrega del mando al orgulloso y arbitrario Arzobispo Don Melchor de Liñan y Cisneros. Este lo sugetó á un estrecho juicio de residencia y, durante él, tuvo la mezquindad de mantenerlo, por cerca de dos años, desterrado en Paita.

Cuando en 1681 reemplazó el excelente duque de la Palata al Arzobispo Cisneros, Don Baltasar de la Cueva, absuelto en el juicio, presentó su *Relacion* de mando, fechada en el pueblecito de Surco inmediato á Chorrillos, que es una de las mas notables entre las *Memorias* que conocemos de los vireyes.

El conde de Castellar trajo al Perú gran fortuna, cuya mayor parte pertenecia á la dote de su esposa, dama española que se hizo querer mucho en Lima por su caridad para con los pobres y por los valiosos donativos con que favoreció á las iglesias. De él se decia que entró rico al mando y salió casi pobre.

En 1682, Carlos II, en desagravio del desaire que tan injustamente le infiriera, lo nombró consejero de Indias, desempeñando cuyo cargo falleció Don Baltasar en España, tres ó cuatro años despues.

III

El conde de Castellar acostumbraba todas las tardes dar un paseo á pié por la ciudad, acompañado de su secretario y de uno de los capitanes de servicio; pero antes

de regresar á palacio, y cuando las campanas tocaban el *angelus*, entraba al templo de Santo Domingo para rezar devotamente un rosario.

Era la noche del 10 de Febrero de 1678.

Su Excelencia se encontraba arrodillado en el escabel que un lego del convento tenia cuidado de alistarle frente al altar de la Virgen. A pocos pasos de él, y de pié junto á un escaño, se hallaban el secretario y el capitan de la escolta.

Apesar de la semi-oscuridad del templo, llamó la atencion del último un bulto que se recataba tras las columnas de la vasta nave. De pronto, la misteriosa sombra se dirijió con pisada cautelosa hácia el escabel del virey y acogotando á éste con la mano izquierda lo arrojó al suelo, á la vez que en su derecha relucia un puñal.

Por dicha para el virey, el capitan era un mancebo ágil y forzudo, que con la mayor presteza se lanzó sobre el asesino y le sugetó por la muñeca. El sacrilego bregaba desesperadamente con el puño de hierro del jóven hasta que, agolpándose los frailes y devotos que se encontraban en la iglesia, lograron quitarle el arma.

Aquel hombre era Andres de Almoguera.

Prófugo del presidio, hacia una semana que se encontraba en Lima y desde su regreso no cesó de acechar en el templo al virey, buscando ocasion propicia para asesinarlo.

Aquella misma noche se encomendó la causa al alcalde Don Rodrigo de Odría, y tanta fué su actividad que ocho dias despues el cuerpo de Almoguera se balanceaba como racimo en la horca.

—Lástima de pícaro! decia al pié del patíbulo Don Rodrigo á su fiel alguacil. ¿No es verdad, Pericote, que siempre sostuve que este bellaco habia de acabar muy alto?

—Con perdon de Usiria, contestó el interpelado, que ese palo es de poca altura para el merecimiento del bribon.

AMOR DE MADRE.

CRONICA DE LA EPOCA DÉL VIREY

BRAZO DE PLATA.

A JUAN FRANCISCO PAZOS.

Juzgamos conveniente alterar los nombres de los principales personages de esta tradicion, pecado venial que hemos cometido en «Muerta en vida» y alguna otra. Poco significan los nombres si se cuida de no falsear la verdad histórica; y bien barruntará el lector que razon, y muy poderosa, habremos tenido para desbautizar prójimos.

I

En Agosto de 1690 hizo su entrada á Lima el Excelentísimo Señor Don Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova, comendador de Zarza en la órden de Alcántara y vijésimo tercio virey del Perú por Su Magestad Don Carlos II. Ademas de su hija doña Josefa y de su familia y servidumbre, acompañábanlo desde Méjico, de cuyo gobierno fué trasladado al de estos reinos, algunos soldados españoles. Distinguíase entre ellos por su bizarro y marcial aspecto Don Fernando de Vergara, hijodalgo estremeño, capitan de gentiles hombres lanzas; y contábase de él que entre las bellezas mejicanas no habia dejado la reputacion austera de monje benedictino. Pendenciero, jugador y amante de dar guerra á las mujeres, era mas que dificil hacerlo sentar la ca-

beza; y el virey, que le profesaba paternal afecto, se propuso en Lima casarlo de su mano, por ver si resultaba verdad aquello de—estado muda costumbres.

Evangelina Zamora, amen de su juventud y belleza, tenia prendas que la hacian el partido mas codiciable de la ciudad de los Reyes. Su bisabuelo habia sido, despues de Jerónimo de Aliaga, del alcalde Rivera, de Martin de Alcántara y de Diego Maldonado el rico, uno de los conquistadores mas favorecidos por Pizarro con repartimientos en el valle del Rimac. El emperador le acordó el uso del Don y, algunos años despues, los valiosos presentes que enviaba á la corona le alcanzaron la merced de un hábito de Santiago. Con un siglo á cuestas, rico y ennoblecido, pensó nuestro conquistador que no tenia ya mision sobre este valle de lágrimas y en 1604 lió el petate legando al mayorazgo, en propiedades rústicas y urbanas, un caudal que se estimó entónces en medio millon de pesos.

El abuelo y el padre de Evangelina acrecieron la herencia; y la jóven se halló huérfana á la edad de veinte años, bajo el amparo de un tutor, y envidiada por su inmensa riqueza.

Entre la modesta hija del conde de la Monclova y la opulenta limeña se estableció en breve la mas cordial amistad. Evangelina tuvo así motivo para encontrarse frecuentemente en palacio en sociedad con el capitan de gentiles hombres, que á fuer de galante no desperdició coyuntura para hacer su corte á la doncella, la que al fin, sin confesar la inclinacion amorosa que el hidalgo estremeño habia sabido hacer brotar en su pecho, escuchó con secreta complacencia la propuesta de matrimonio con Don Fernando. El intermediario era el virey nada menos y una jóven bien endoctrinada no podia inferir desaire á tan encumbrado padrino.

Durante los cinco primeros años de matrimonio, el capitan Vergara olvidó su antigua vida de disipacion. Su

esposa y sus hijos constituian toda su felicidad: era, digámoslo así, un marido ejemplar.

Pero un dia fatal hizo el diablo que Don Fernando acompañase á su mujer á una fiesta de familia y que en ella hubiera una sala, donde no solo se jugaba la clásica malilla abarrotada, sino que, al rededor de una mesa con tapete verde, se hallaban congregados muchos devotos de los *cubículos*. La pasion del juego estaba solo adormida en el alma del capitan y no es estraño que á la vista de los dados se dispertase con mayor fuerza. Jugó, y con tan aviesa fortuna que perdió en esa noche cien mil pesos.

Desde esa hora, el esposo modelo cambió por completo su manera de ser y volvió á la febricitante existencia del jugador. Mostrándosele la suerte cada dia mas rebelde, tuvo que mermar la hacienda de su mujer y de sus hijos para hacer frente á las pérdidas y lanzarse en ese abismo sin fondo que se llama el desquite.

Entre sus compañeros de vicio habia un jóven marqués á quien los dados favorecian con tenacidad, y Don Fernando tomó á capricho luchar contra tan loca fortuna. Muchas noches lo llevaba á cenar á la casa de Evangelina, y terminada la cena los dos amigos se encerraban en una habitacion á *descamisarse*, palabra que en el tecnicismo de los jugadores tiene una repugnante exactitud.

En vano Evangelina se esforzaba por apartar del precipicio al desenfrenado jugador. Lágrimas y ternezas, enojos y reconciliaciones fueron inútiles. La mujer honrada no tiene otras armas que emplear sobre el corazon del hombre amado.

Una noche la infeliz esposa se encontraba ya recojida en su lecho cuando la dispertó Don Fernando, pidiéndo la el anillo nupcial. Era éste un brillante de crecidísimo valor. Evangelina se sobresaltó; pero su marido calmó su zozobra, diciéndola que trataba solo de satisfacer la curiosidad de unos amigos que dudaban del mérito de la preciosa alhaja.

¿Qué habia pasado en la habitacion donde se encon-

traban los dos rivales de tapete? Don Fernando perdía una gran suma y, no teniendo ya prenda que jugar, se acordó del espléndido anillo de su esposa.

La desgracia es inexorable. La valiosa alhaja lucía pocos minutos mas tarde en el dedo anular del ganancioso marqués.

Don Fernando se estremeció de vergüenza y remordimiento. Despidióse el marqués y Vergara lo acompañaba á la sala; pero al llegar á ésta volvió la cabeza hácia una mampara que comunicaba al dormitorio de Evangelina y, al traves de los cristales, vióla sollozando de rodillas ante una imágen de Maria.

Un vértigo horrible se apoderó del espíritu de Don Fernando y, rápido como el tigre, se abalanzó sobre el marqués y le dió tres puñaladas por la espalda.

El desventurado huyó hácia el dormitorio y cayó exánime delante del lecho de Evangelina.

II

Abrámos un paréntesis para ocuparnos de historia.

El conde de la Monclova, muy jóven á la sazon, mandaba una compañia en la batalla de Arras, dada en 1654. Su denuedo lo arrastró á lo mas reñido de la pelea y, victoriosas las armas españolas, fué retirado del campo casi moribundo. Restablecióse al fin; pero con pérdida del brazo derecho que hubo necesidad de amputarle. El lo sustituyó con otro plateado y de aquí vino el apodo con que en Méjico y en Lima lo bautizaron.

El virey *Brazo de plata* succedió en el gobierno del Perú al ilustre Don Melchor de Navarra y Rocafull. Con igual prestigio que su antecesor, aunque con menos dotes administrativas, dice Lorente, de costumbres puras, religioso, conciliador y moderado, el conde de la Monclova edificaba al pueblo con su ejemplo y los necesitados le hallaron siempre pronto á dar de limosna sus sueldos y las rentas de su casa.

En los quince años cuatro meses que duró el gobierno de Brazo de plata, período á que ni hasta entónces ni despues llegó ningun virey, disfrutó el país de completa paz, la administrcion fué ordenada y se edificaron en Lima magníficas casas. Verdad que el tesoro público no anduvo muy floreciente; pero fué por causas estrañas á la política. Las procesiones y fiestas religiosas de entonces recordaban, por su magnificencia y lujo, los tiempos del conde de Lemus. Los portales, el cabildo y la galería de palacio fueron obra de esa época.

En 1694 nació en Lima un mostruo con dos cabezas y rostros hermosos, dos corazones, cuatro brazos y dos pechos unidos por un cartílago. De la cintura á los piés poco tenia de fenomenal y el enciclopédico limeño don Pedro de Peralta escribió, con el título de *Desvíos de la naturaleza*, un curioso libro, en que á la vez que hace una minuciosa descripcion anatómica del monstruo, se empeña en probar que estaba dotado de dos almas.

Muerto Carlos el Hechizado en 1700, Felipe V que lo succedió, recompensó al conde de la Monclova haciéndolo grande de España.

Enfermo, octogenario y cansado del mando, el virey Brazo de plata instaba á la Corte para que se le reemplazase. Sin ver logrado este deseo falleció el conde de la Monclova el 22 de Setiembre de 1705 y su sucesor, el marques de Casteldorius, no llegó á Lima sino en Julio de 1707.

Doña Josefa, la hija del conde de la Monclova, siguió habitando en palacio despues de la muerte del virey; mas una noche, concertada ya con su confesor, el padre Alonso Mesia, se descolgó por una ventana y tomó asilo en las monjas de Santa Catalina, profesando con el hábito de Santa Rosa cuyo monasterio se hallaba en fábrica. En Mayo de 1710 se trasladó doña Josefa Portocarrero Lazo de la Vega al nuevo convento, del que fué la primera abadesa.

III

Cuatro meses despues de su prision la Real Audiencia condenaba á muerte á don Fernando de Vergara. Este, desde el primer momento, habia declarado que asesinó al marqués con alevosía, en un arranque de desesperacion de jugador arruinado. Ante tan franca confesion no quedaba al Tribunal mas que aplicar la pena.

Evangelina puso estérilmente en juego todo resorte para libertar á su marido de una muerte infamante; y en tal desconsuelo llegó el dia designado para el suplicio del criminal. Entonces la abnegada y valerosa Evangelina resolvió hacer, por amor al nombre de sus hijos, un sacrificio sin ejemplo.

Vestida de duelo se presentó en el salon de palacio, en momentos de hallarse el virey conde de la Monclova en acuerdo con los oidores, y expuso: que don Fernando habia asesinado al marqués, amparado por la ley: que ella era adúltera y que sorprendida por el esposo huyó de sus iras, recibiendo su cómplice justa muerte del ultrajado marido.

La frecuencia de las visitas del marqués á la casa de Evangelina, el anillo de ésta como gaje de amor en la mano del cadáver, las heridas por la espalda, la circunstancia de haberse hallado al muerto al pié del lecho de la señora y otros pequeños detalles, constituian motivos bastantes para que el virey, dando crédito á la revelacion, mandase suspender la sentencia.

El juez de la causa se constituyó en la cárcel para que don Fernando ratificara la declaracion de su esposa. Mas apenas terminó el escribano la lectura, cuando Vergara, presa de mil encontrados sentimientos, lanzó una histérica carcajada.

El infeliz se habia vuelto loco!

Pocos años despues, la muerte cernia sus alas sobre el casto lecho de la noble esposa y un austero sacerdote prodigaba á la moribunda los consuelos de la religion.

Los cuatro hijos de Evangelina esperaban arrodillados la postrera bendicion maternal. Entonces la abnegada víctima, forzada por su confesor, les reveló el tremendo secreto:—El mundo olvidará, les dijo, el nombre de la mujer que os dió á la vida; pero habria sido implacable para con vosotros si vuestro padre hubiese subido los escalones del cadalso. Dios, que lee en el cristal de mi conciencia, sabe que ante la sociedad perdí mi honra, porque no os llamasen un dia los hijos del ajusticiado.

LA FUNDACION DE Sta. LIBERATA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

Obispo de Quito.

I

Como fruto de una de las calaveradas de la mocedad del conde de Cartago, vino al mundo un mancebo, conocido en Lima bajo el nombre de Fernando Hurtado de Chavez. El noble conde pasaba una modesta pension á la madre, encargándola diese buen ejemplo al rapaz y cuidase de educarlo. Pero Fernandico era el mismo pié de Judas. Travieso, enredador y camorrista, mas que en la escuela se le encontraba, con otros pillastres de su edad, haciendo novillos por las huertas y murallas. Ni el látigo ni la palmeta, atributos indispensables del *dómine* de esos tiempos, podian moderar los malos instintos del muchacho.

Asi creciendo cumplió Fernando veinte años y, muerto el conde y valetudinaria la madre, hízose el mozo un dechado de todos los vicios. No hubo garito de que no fuese parroquiano, ni hembra de tumbo y trueno con quien no se tratase tú por tú. Fernando era lo que se llama un pié útil para una francachela. Tañia el arpa como el mismísimo rey David, punteaba la guitarra de lo lindo, cantaba el *pollito* y el *agua rica*, trovos muy á la moda en-

tónces, con mas salero que los comediantes de la tonadilla, y para bailar el *punto* y las *mollares* tenia un aquel y una desvergüenza que pasaban de castaño claro. En cuanto á empinar el codo, bebia el zumo de parra con mas ardor que los campos la lluvia del cielo; y en materia de tirarse de puñaladas, hasta con el gallo de la pasion si le quiquiriqueaba recio, nada tenia que aprender del mejor baratero de Andalucía.

Retratado el protagonista, entremos sin mas dibujos en la tradicion.

II

Un velo fúnebre parecia extenderse sobre la festiva ciudad de los Reyes en los dias 31 de Enero y 1º de Febrero del año 1711. Las campanas tocaban rogativas y grupos de pueblo cruzaban las calles siguiendo á algun sacerdote que, crucifijo en mano, recitaba salmos y preces. Y como si el cielo participara de la tristeza pública, negras nubes se cernian en el espacio.

Sepamos lo que traía tan impresionados los espíritus.

A las diez de la mañana del 20 de Enero, un jóven se presentó al cura del Sagrario, pidiendo le permitiese buscar una partida de bautismo en los libros parroquiales. El buen cura, engañado por las decentes apariencias del peticionario, no puso obstáculo y lo dejó solo en el bautisterio.

Cuando nuestro hombre se persuadió de que no seria interrumpido, se dirijió resueltamente al altar mayor y se metió con presteza en el bolsillo un grueso copon de oro, en el que se hallaban ciento cincuenta y tres hostias consagradas. En seguida salió del templo, y con paso tranquilo se encaminó á la Alameda.

En el tránsito, encontró á dos ó tres amigos que le preguntaron qué bulto llevaba en el bolsillo y él contestó con aplomo:—que era un almirez que habia comprado de lance.

Hasta la mañana del 31, en que hubo necesidad de ad-

ministrar el viático á un moribundo, no se descubrió la sustraccion de la píxide. De imaginarse es la agitacion que se apoderaria del católico pueblo; y el testimonio del párroco hizo recaer en Fernando de Chavez la sospecha de que él, y no otro, era el sacrílego ladron.

Fernando anduvo á salto de mata; pues su excelencia el obispo Don Diego Ladron de Guevara, virey del Perú, echó tras el criminal toda una jauria de alguaciles, oficiales y oficiosos.

III

El Ilustrísimo Señor Don Diego Ladron de Guevara, obispo de Quito, y que antes lo habia sido de Panamá y Guamanga, estaba designado por Felipe V, en tercer lugar, para gobernar el Perú, en caso de fallecer el virey marqués de Casteldorius. Cuando murió éste en 1710, habian tambien pasado á mejor vida los otros dos personajes de la terna.

Al poco tiempo de ejercer el mando el Ilustrísimo Ladron de Guevara, se recibió en Lima la noticia del triunfo de Villaviciosa, que consolidó en el trono de España á Felipe V. y la dinastía borbónica. Entre las fiestas con que la ciudad de los Reyes celebró la nueva, fué la mas notable la representacion, en una sala de palacio, convertida en teatro, de la comedia en verso—*Triunfos de amor y poder*— escrita por el poeta limeño Peralta.

El virey-obispo logró ahuyentar de la costa á un pirata inglés que habia apresado tres naves mercantes; y comisionó al marques de Villar de Tajos para que destruyese á los negros cimarrones que, enseñoreados de los montes de Huachipa, habian establecido en ellos fortificaciones y osado presentar batalla á las tropas reales.

A ejemplo de su antecesor el virey-literato, acordó el obispo gran proteccion á la Universidad de San Marcos; y mas que de enviar gruesos contingentes de dinero á la corona cuidó de que los fondos públicos se gastasen en el Perú en templos, puentes y caminos. Un virey que no

mandaba millones á España no servia para el cargo. Esto y el haber colocado las regalias de la iglesia ántes que las del soberano, fueron motivos para que en 1716 se le reemplazase con el príncipe de Santo Bono.

Regresando para España, llamado por el rey que le excusaba asi el *rubor* de volver á Quito, como dice el cronista Alcedo, quiso el obispo visitar el reino de Méjico, en cuya capital murió el 19 de Noviembre de 1718.

IV

Las diez de la noche del 1º de Febrero acababan de sonar en el reloj de la Compañía, cuando el catalan Jaime Albites, preparándose á cerrar su pulperia, situada en las esquinas de las calles de Puno y de la Concepcion, vió pasar un hombre cuyo rostro casi iba cubierto por las anchas faldas de un chambergo. Pocos pasos habia éste avanzado cuando el pulpero echó á gritar desaforadamente:

—Vecinos! Vecinos! Ahí vá el ladron del Sagrario!

Como por arte de encantamiento se abrieron puertas y la calle se vió en un minuto cubierta de gente. El ladron emprendió la carrera; mas una mujer le acertó con una pedrada en las piernas, á la vez que un carpintero de la vecindad le arrimaba un trancazo contundente. Cayó sobre él la turba y acaso habria tenido lugar un *gutierricidio* ó acto de justicia popular, como llamamos nosotros los republicanos prácticos á ciertas barbaridades, si el escribano Nicolás de Figueroa y Juan de Gadea, boticario del hospital de la Caridad, sujetos que gozaban de predicamento en el pueblo, no lo hubieran impedido diciendo:

—Si ustedes matan á este hombre nos quedaremos sin saber donde tiene escondido á Nuestro Amo.

A este tiempo asomó una patrulla y dió con el criminal en la cárcel de corte.

Allí declaró que su sacrílego robo no le habia producido mas que cuatro reales, en que vendió la crucesita de

oro que coronaba el copon; y que horrorizado de su crimen y asustado por la persecucion, habia escondido la píxide en el altar de la sacristía de San Francisco, donde en efecto se encontró.

En cuanto á las sagradas formas, confesó que las habia enterrado, envueltas en un papel, al pié de un árbol en la Alameda de los Descalzos.

En la mañana del 2 de Febrero hízose entrar al reo en una calesa, con las cortinillas corridas, y con gran séquito de oidores, canónigos, cabildantes y pueblo se le condujo á la Alameda. La turbacion de Fernando era tanta, que le fué imposible determinar á punto fijo el árbol, y ya comenzaba el cortejo á desesperar cuando un negrito, de ocho años de edad, llamado Tomás Moya, dijo:—Bajo este naranjo ví el otro dia á ese hombre y me tiró de piedras para que no me impusiera de lo que hacia.

Las divinas formas fueron encontradas y al negrito, que era esclavo, se le recompensó pagando el Cabildo cuatrocientos pesos por su libertad.

Describir la alegria de la poblacion, los repiques, luminarias y fiestas religiosas y profanas, es tarea superior á nuestras fuerzas. Publicaciones hay de esa época, como la *Imágen política* de Peralta, á las que remitimos al lector cuya curiosidad sea muy exijente.

El virey-obispo, en solemne procesion, condujo las hostias á la Catedral. Se quitó el velo morado que cubria el altar mayor y desaparecieron de las torres é iglesias los crespones que las enlutaban.

La yerba y tierra, próximas al naranjo, fueron puestas en fuentes de plata y repartidas, como reliquias, en los monasterios y entre las personas notables.

El 10 de Marzo fué trasladado Fernando á las cárceles de la Inquisicion. Dicen que se le condenó á ser quemado vivo; pero en ninguno de los documentos que conocemos del Santo Oficio de Lima hemos podido hallar noticia del auto de fé.

El vecindario contribuyó á porfia para la inmediata ereccion de una capilla, de cuarenta y cuatro varas de largo por doce de ancho, en el sitio donde se encontraron las formas. El altar mayor, dice un cronista, formado en esqueleto, permite transitar por su parte inferior hasta el sitio donde estuvieron enterradas las hostias.

Tal es la historia de la fundacion de la iglesia de Santa Liberata, junto á la que los padres crucíferos de San Camilo establecieron en 1754 un conventillo.

MUERTA EN VIDA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

PRÍNCIPE DE SANTO BONO.

I

Laura Martinez era bella como un sueño de amor en la primavera de la vida. Tenia por padre á un oidor de la Real Audiencia de Lima, viejo mas seco que un arenal, hinchado de prosopopeya y que nunca volvió atrás de lo que una vez pensara. Pertenecia á la secta de los infalibles que, de paso sea dicho, son los mas propensos á engañarse.

Con padre tal, Laura no podia ser dichosa. La pobre niña amaba locamente á un jóven médico español llamado Don Enrique de Padilla, el cual, desesperado de no alcanzar el consentimiento del oidor para su enlace, habia puesto mar de por medio y pasado á Chile. La resistencia del golilla, hombre de voluntad de hierro, nacia del empeño de unir los veinte abriles de Laura con los cincuenta octubres de un compañero de Audiencia. En vano Laura, agotando el raudal de sus lágrimas, decia á su padre que ella no amaba al que la deparaba por esposo.

—¡Melindres de muchacha!—la contestaba el flemático oidor—El amor se cria.

El amor se cria! Palabras que envenenaron muchas almas, dando vida mas tarde al remordimiento. La casta vír-

gen, fiada en ellas, se dejaba conducir al altar y nunca sentia brotar el amor prometido.

El amor se cria! Frase inmoral que servia de sinapismo para debilitar los latidos del corazon de la mujer, frase típica que pinta por completo el despotismo en la familia.

En aquellos siglos habia dos expedientes soberanos para hacer entrar en vereda á las hijas y á las esclavas.

¿Era una esclava lijera de cascos ó se expontaneaba sobre algun chischisveo de su ama? Pues la panaderia de Don Jaime el catalan, ó de cualquier otro desalmado, no estaba léjos y la infeliz criada pasaba allí semanas ó meses sufriendo azotaina diaria, cuaresmal ayuno, trabajo crecido y todos los rigores del mas bárbaro tratamiento. Y cuenta que eso siglos no fueron de libres pensadores como el actual, sino siglos cristianos, de evangélico ascetismo y suntuosas procesiones, siglos, en fin, de fundaciones monásticas, de santos y de milagros.

Para las hijas desobedientes al paternal precepto se abrian las puertas de un monasterio. Como se vé, el expediente era casi tan blando como el de la panadería.

Laura, obstinada en no arrojar de su alma el recuerdo de Enrique, prefirió tomar el velo de novicia en el convento de Santa Clara; y un año despues pronunció los solemnes votos, ceremonia que solemnizaron con su presencia los cabildantes y oidores, presididos por el virey, recien llegado entónces á Lima.

II

Don Carmine Nicolás Caracciolo, Grande de España, príncipe de Santo Bono, duque de Castel de Sangro, marqués de Buquianico, conde de Esquiabi, de Santobido, y de Capracota, señor de Nalbelti, Frainenefrica, Grandinarca y Castelnovo, recibió el mando del Perú de manos del obispo de la Plata Don Fray Diego Morcillo Rubio de Auñon, que habia sido virey interino desde el 15 de Agosto hasta el 3 de Octubre de 1716.

Para celebrar su recepcion Peralta, el poeta de la *Lima fundada*, publicó un panejírico del virey napolitano y Bermudez de la Torre, otro titulado—*El sol en el zodiaco*. Ambos libros son un hacinamiento de conceptos estravagantes y de lisonjas cortesanas, en estilo gongórico y campanudo.

De un virey que, como el excelentísimo señor Don Carmine Nicolas Caracciolo, necesitaba un carromato para cargar sus títulos y pergaminos apenas hay huella en la historia del Perú. Solo se sabe de su gobierno que fué impotente para poner diques al contrabando, que los misioneros hicieron grandes conquistas en las montañas y que en esa época se fundó el colegio de Ocopa.

Los tres años tres meses del mando del príncipe de Santo Bono se hicieron memorables por una epidemia que devastó el país, excediendo de sesenta mil el número de víctimas en la raza indígena.

Ninguna obra pública, ningun progreso, ningun bien tangible ilustra la época de un virey de tantos títulos.

Una trajedia horrible, dice Lorente, impresionó por entónces á la piadosa ciudad de los Reyes. Encontróse ahorcado de una ventana á un infeliz chileno y en su habitacion una especie de testamento, hecho la víspera del suicidio, en el que dejaba su alma al diablo si conseguia dar muerte á su mujer y á un fraile de quien ésta era barragana. Cinco dias despues fueron hallados en un callejon los cadáveres corrompidos de la adúltera y de su cómplice.

El mismo Don Fray Diego Morcillo, elevado ya á la dignidad de arzobispo de Lima, fué nombrado por Felipe V virey en propiedad y reemplazó al finchado príncipe de Santo Bono, en 16 de Enero de 1720. Del virey arzobispo decia la murmuracion, que á fuerza de oro compró el nombramiento de virey, tanto le habia halagado el mando en los cincuenta dias de su interinato.

III

Y así como así trascurrieron dos años y Sor Laura llevaba con resignacion la clausura.

Una tarde hallábase nuestra monja acompañando en la porteria á una anciana religiosa, que ejercia las funciones de tornera, cuando se presentó el nuevo médico nombrado para asistir á las enfermas del monasterio.

Por entónces cada convento tenia un crecido número de moradoras entre religiosas, educandas y sirvientas; y el de Santa Clara, tanto por espíritu de moda cuanto por la gran area que ocupa, era el mas poblado de Lima.

Fundado este monasterio por Santo Toribio, se inauguró en 4 de Enero de 1606 y á los ocho años de su fundacion, dice un cronista, contaba con ciento cincuenta monjas de velo negro y treinta y cinco de velo blanco, número que fué, á la vez que las rentas, aumentándose hasta el de cuatrocientas de ambas clases.

Las dos monjas al anuncio del médico, se cubrieron el rostro con el velo; la portera le dió entrada y la mas anciana, haciendo oir el metálico sonido de una campanilla de plata, precedia en el claustro al representante de Hipócrates.

Llegaron á la celda de la enferma y allí Sor Laura, no pudiendo sofocar por mas tiempo sus emociones, cayó sin sentido. Desde el primer momento habia reconocido en el nuevo médico á su Enrique. Una fiebre nerviosa se apoderó de ella, poniendo en peligro su vida y haciendo precisa la frecuente presencia del médico.

Una noche, despues de las doce, dos hombres escalaban cautelosamente una tapia del convento, conduciendo un pesado bulto, y poco despues ayudaban á descender á una mujer.

El bulto era un cadáver robado del hospital de Santa Ana.

Media hora mas tarde, las campanas del monasterio se echaban á vuelo anunciando incendio en el claustro. La celda de Sor Laura era presa de las llamas.

Dominado el incendio se encontró sobre el lecho un cadáver completamente carbonizado.

Al siguiente dia, y despues del ceremonial religioso, se

sepultaba en el panteon del monasterio á la que fué en el siglo Laura Martinez.

IV

Pocos meses despues Enrique acompañado de una bellísima jóven, á la que llamaba su esposa, fijó su residencia en una ciudad de Chile.

¿Ahogaron sus remordimientos? ¿Fuéron felices? Puntos son estos que no incumbe averiguar al cronista.

PEPE BANDOS.

APUNTES SOBRE EL VIREY MARQUES

DE CASTEL-FUERTE.

A JOSE ANTONIO DE LAVALLE.

No hace muchos años que tuvo Lima un prefecto, cuyo nombre no hace al caso, que dió en la manía de publicar dos ó tres bandos por semana sobre asuntos de policía y buen gobierno local, amen de los noticieros y de los obligados sobre patentes. Un escribano, á quien el pueblo llamaba el *loco* Casas, era el constante promulgador de las disposiciones prefecturales y recibia el agasajo de cuatro pesos y medio por cada bando que leía con voz estentórea, repitiendo sus palabras un pregonero, bajo el balcon de Cabildo y en las plazuelas de San Lázaro, Santa Ana, San Sebastian y San Marcelo.

¿Convenia que los vecinos encendiesen luminarias, era preciso limpiar acequias, blanquear paredes ó apresar algun bandido que andaba por extramuros cometiendo desaguisados? Pues un bando lo hacia bueno y santas pascuas. El bando era una panacea universal para su señoria el prefecto; y tanto abusó de ella, que los republicanos moradores de la ciudad de los Reyes, maldito si hacian ya pisca de caso á los pregones del depositario de la fé prefectural.

Para el que esto escribe, por entonces muchacho retozon y travieso, eran una delicia los bandos; porque servian, si es que lo necesita un escolar, de pretesto para hacer novillos. Aquel dia no habia leccion posible. Los chicos de esos tiempos vestíamos pantalon *crecedero*, gorra y chaqueta ó mameluco. No fumábamos cigarrillo, no calzábamos guantes, no la dábamos de saberlo todo, ni nos metíamos á politiquear y hacer autos de fé, como ogaño se estila, con el busto de ningun viviente, siquier fuese ministro caido. ¡Buena felpa nos habria dado señora madre en el territorio del Sur! Dígase lo que se quiera: —hace veinticinco años la juventud no era juventud— vivíamos á mil leguas del progreso. Vean ustedes si los muchachos de entonces seríamos unos bolonios, cuando teníamos la tontuna de aprender la doctrina cristiana en vez del *can-can;* y hoy, cualquier zaragatillo, que se alza apenas del suelo en dos estacas, prueba por A×B que Dios es artículo de lujo y pura chirinola ó *canard* del padre Gual.

Pero caigo en la cuenta de que por hablar de los primeros años de la vida, idos ¡ay! para mas no volver, se me ha largado el santo al cielo. Vuelvo á mis carneros, es decir, á los bandos.

Promulgábase en cierta tarde uno para que despues de las diez de la noche no quedase puerta sin cerrojo. Los *mata-perros* de la época íbamos, muy orondos y pechi-sacados, junto á la banda de música y formando cortejo al escribano Casas. En la puerta del café de Bodegones, centro á la sazon de los contemporáneos del virey inglés (O'Higgins), habia un grupo de viejos, poniendo notas y comentarios al bando. ¡Vaya un esgrimir de la sin pelos el de aquellos angelitos!

—Cosas de la república!—alcanzamos á oir á uno de ellos—Este prefecto es otro Pepe Bandos.

Mucho nos cascabeleó el mote; y cuando ya talluditos nos tentó el diablo por rebuscar tradiciones, supimos que hubo un virey, que gobernó el Perú desde 1724 hasta

1736, al que los limeños pusieron el apodo de Pepe Bandos.

Perdona el largo introito. Ya verás, lector, los bandos de Su Excelencia y si eran bandos de *ñeque*.

I

Don José de Armendaris, marqués de Castel fuerte, Comendador de Montinzon y Chiclana en la órden de Santiago, Comandante General del reino de Cerdeña, y ex-virey de Granada en España, reemplazó como virey del Perú, al Arzobispo Fray Diego Morcillo. Refieren que en el mismo dia en que tenian lugar las fiestas de la proclamacion del hijo de Felipe V, fundador de la dinastía borbónica que con Doña Isabel II ha pasado al panteon de la historia, una vieja dijo en el atrio de la Catedral:—A este que hoy celebran en Lima le están haciendo el entierro en Madrid—El dicho de la vieja cundió rápidamente y, sin que acertemos á esplicarnos el porqué, produjo mucha alarma. ¡Embelecos y novelerias populares!

Al dia siguiente se promulgó bando, ofreciendo recompensas al que denunciase á la autora del fatídico anuncio. Aprehendida ésta, declaró que asi lo habia soñado; y para que no volviese á tener sueños de tan pícara especie, la pasearon en bestia de albarda, con chilladores delante y zurradores detras.

Lo positivo es que, diez meses mas tarde, llegó un navío de Cádiz, confirmando que los funerales de Luis I habian tenido lugar el mismo dia en que fué proclamado en Lima. ¡Y dirán que no hay brujas!

Cero y vá un bando.

Quizá en otra ocasion nos ocupemos de la famosa causa del oidor Don José de Antequera, caballero de Alcántara. Por hoy, bástenos apuntar que siempre que se trataba de aprehender á alguno de los complicados en el proceso, el virey, en vez de echarle los sabuesos ó alguaci-

les, forjaba un bando, lo hacia pregonar por todo el vireinato y á poco el reo daba con su cuerpo en la cárcel, sin que le valiera escondite en sagrado, en zahurda ni en casa de cadena. ¡Digo, si serian bandos conminatorios aquellos!

La víspera de la ejecucion de Antequera y de su alguacil mayor Don Juan de Mena, hizo publicar Su Excelencia un bando terrorífico, imponiendo pena de muerte á los que intentasen detener en su camino á la justicia humana.

Los mas notables personajes de Lima y las comunidades religiosas habian estérilmente intercedido por Antequera. Nuestro virey era duro de cocer.

A las diez de la mañana del 8 de Julio de 1731, Antequera, sobre una mula negra y escoltado por cien soldados de caballería, penetró en la plaza mayor. Hallábase cerca del patíbulo cuando un fraile exclamó:—Perdon! Perdon!—Grito que fué repetido por el pueblo.

—Perdon dijiste? Pues habrá la de Dios es Cristo. Mi bando es bando y no papel de Cataluña que se vende en el estanco, pensó el de Castel-fuerte. ¡Santiago y cierra España!

La infantería hizo fuego en todas direcciones. El mismo virey, con un piquete de caballería, dió una vigorosa carga por la calle del Arzobispo, sin parar mientes en el guardian y comunidad de franciscanos que por ella venian. El pueblo se defendió lanzando sobre la tropa lágrimas de San Pedro, vulgo, piedras.

Hubo frailes muertos, muchachos ahogados, mujeres con soponcio, populacho aporreado, perros despanzurrados y, en fin, todos los accidentes fatales anexos á desbarajuste tal.

Pero el bando fué bando. ¿O somos ó no somos? Siga su curso la procesion y vamos con otros bandos.

Los frailes agustinos se dividieron en dos partidos para la eleccion de prior. El primer dia de capítulo ocurrieron graves desórdenes en el convento, con no poca alar-

ma del vecindario. Al siguiente se publicó bando, aconsejando á los vecinos que desechasen todo recelo; pues sano y vivo estaba Su Excelencia para hacer entrar en vereda á los reverendos. Los agustinos no se dieron por notificados y el escándalo se repitió. Diríase que la cosa pasaba en estos asendereados tiempos y que se trataba de la eleccion de presidente de la república en los tabladillos de las parroquias. Véase, pues, que tambien en la época colonial se aderezaban pasteles eleccionarios. Pido que conste el hecho (estilo parlamentario) y adelante con la cruz.

Su Excelencia, con buena escolta, penetró en el convento. Los frailes se encerraron en la sala capitular. El virey hizo echar por tierra la puerta, obligó á los religiosos á elejir un tercero y tomando presos á los dos pretendientes, promovedores del tumulto, los remitió á España sin mas fórmula ni proceso.

Escenas casi idénticas tuvieron lugar á poco en el Monasterio de la Encarnacion. La madre Nieves y la madre Cuevas se disputaban el cetro abacial. Si los frailes se habian tirado los trastos á la cabeza, las aristocráticas canonesas no anduvieron mezquinas en araños. En la calle el pueblo se arremolinaba y las mulatas del convento, que podian no tener voto, pero que probaban tener voz, se desgañitaban desde la porteria, gritando segun sus afecciones.

—¡Victor la madre Cuevas! ó ¡Victor la madre Nieves!

Este barullópolis reclamaba bando. Era imposible pasarse sin él.

Repitiéndose el bochinche entró tropa al convento, y la madre Nieves y sus principales secuaces fueron trasladadas á otros monasterios. Esto se llama cortar por lo sano y ahogar en germen la guerra civil.

II

¿Quieres, lector, mas bandos? Serás complacido.

La simonía y todo género de excesos eran impunemente cometidos por el clero. El relajamiento de costumbres era tal, que bastará á pintarlo esta sencilla respuesta de un indio, á quien la autoridad queria obligar á no vivir en mancebia, sino bajo la férrea coyunda matrimonial.

—*Taita*, contestó el infeliz, amancebamiento no puede ser malo; porque correjidor tiene manceba, alcabalero tiene manceba y cura tiene manceba.

Castel fuerte publicó un bando previniendo á los correjidores que lo informasen circunstanciadamente sobre la conducta de los curas.

Los obispos del Cuzco y de Guamanga quisieron agarrar la luna con las manos y excitaron á sus feligreses á desobedecer todo mandato del *hereje* que se entrometía con la gente de iglesia. ¿Qué podia hacer Su Excelencia con tan empingorrotados señores? Ahí es nada! Les suspendió las temporalidades y, mientras fué y vino la apelacion á España, se dió tales trazas que el bando produjo sus efectos. Quien manda manda!

El Tribunal de la fé no podia tolerar la ingerencia del poder civil en los asuntos eclesiásticos, y un dia se les subió la mostaza á las narices á los inquisidores.

Ya en 1659 el virey Don Luis Enrique de Guzman, conde de Alba, de Aliste y de Villaflor, ex-virey de Méjico y el primer Grande de España que vino al Perú, habia sido procesado por tener en su biblioteca tres ó cuatro libros prohibidos y negarse á poner á disposicion del Santo Oficio á su médico Carlos Wandier, sospechoso de luteranismo. Al virey, conde de Alba de Liste, se le dió un bledo del proceso inquisitorial y, apoyándose en sus fueros de Grande de España y en sus prerogativas como representante de Felipe IV, se negó á comparecer ante sus jueces. El rey, al que enviaron una queja los inquisidores, dió al asunto un sesgo prudente, reemplazando á Enrique de Guzman, en 1661, con el conde de Santistevan.

Citado el de Castel-fuerte ante la Inquisicion no vaciló en comparecer. Colocó su relox sobre la mesa del Tribunal, previniendo que solo podia disponer de una hora y que, si ésta trascurria, dos piezas de artilleria quedaban en la calle para bombardear el edificio. Los inquisidores conocian al hombre y sabian que era capaz de armar una de zambomba y degollina. Despues de fútiles esplicaciones, se apresuraron á despedirlo, acompañándolo cortesmente hasta la puerta.

Convengamos en que Don José de Armendaris era todo un hombre, superior á su siglo, y con mas hígados que un frasco de bacalao.

Bandos contra las mujeres que, llamándose honestas, se presentan en público luciendo cosas que no siempre son para lucidas; bandos contra los discípulos de Baco; bandos contra el libertinaje de las costumbres; bandos sobre el salario; bandos sobre los monederos falsos; bandos enumerando los festejos con que debia celebrarse la canonizacion de San Francisco Solano; y tanta era su fiebre de promulgar bandos que, como hemos dicho, el pueblo limeño lo llamaba Pepe Bandos.

El platero Alejo Calatayud promovió en Cochabamba una sedicion que ocasionó no pocas víctimas y que pudo convertirse en una guerra de razas. Al recibirse la noticia en Lima, llegó á manos del virey, entre otros, un pliego anónimo conteniendo una relacion de los sucesos y esta redondilla:

Pepe Bandos, ahí te mando
Nuevas de Calatayud,
Por si tienes la virtud
De librarte con un bando.

Esta fué la única vez en que el marques de Castel-fuerte dictó órdenes muy en secreto á las autoridades del Cuzco y de la Paz y alcanzó á debelar la rebelion, entregando á la horca las cabezas de Calatayud y de mas de cincuenta de sus compañeros.

En 1736, despues de doce años de gobierno, regresó á España el marqués de Castel-fuerte.

Cuentan que al leer la redondilla dijo Su Excelencia: —¿Esas tenemos, señores cochabambinos? A mí copillas de ciego! Vamos á ver si en vez de Pepe Bandos me llaman ustedes Pepe Cuerdas.

Y á fé, que bien merecía llamarse Pepe Cuerdas el que obligó á hacer tanto gasto de cáñamo al verdugo de Cochabamba.

LUCAS EL SACRILEGO.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY

MARQUES DE VILLAGARCIA.

I

El que hubiera pasado por la plazuela de San Agustin á obra de las once de la noche del 22 de Octubre de 1743, habria visto un bulto sobre la cornisa de la fachada del templo, esforzándose á penetrar en él por una estrecha claraboya. Grandes pruebas de ajilidad y equilibrio tuvo sin duda que realizar el escalador hasta encaramarse sobre la cornisa, y el cristiano que lo hubiese contemplado habria tenido que santiguarse tomándolo por el *enemigo malo* ó por duende cuando ménos. Y no se olvide que por aquellos tiempos era de pública voz y fama, que en ciertas noches la plazuela de San Agustin era invadida por una procesion de ánimas del purgatorio con cirio en mano. Viejos he conocido que con el mayor aplomo me han narrado detalles é incidentes sobre la susodicha procesion. Yo ni quito ni pongo; pero sospecho que con la República y el gas les hemos metido el resuello hasta á las mismas ánimas benditas, que se están muy mohir as y quietas en el sitio donde á Su Divina Majestad plugo ponerlas.

El átrio de la iglesia no tenia por entónces la magnífica verja de hierro que hoy lo adorna, y la policía noctur-

na de la ciudad estaba en abandono tal que era asaz dificil encontrar una ronda. Los buenos habitantes de Lima se encerraban en casita á las diez de la noche, despues de apagar el farol de la puerta, y la poblacion quedaba sumerjida en plena tiniebla con gran contentamiento de gatos y lechuzas, de los devotos de la hacienda ajena y de la gente dada á amorosas empresas.

El avisado lector que no puede creer en duendes ni en demonios coronados, y que, como es de moda en estos tiempos de civilizacion, acaso no crée ni en Dios, habrá sospechado que es un ladron el que se introduce por la claraboya de la iglesia. Piensa mal y acertarás.

En efecto. Nuestro hombre, con auxilio de una cuerda, se descolgó al templo, y con paso resuelto se dirijió al altar mayor.

Yo no sé, lector, si alguna ocasion te has encontrado de noche en un vasto templo, sin mas luz que la que despiden algunas lamparillas colocadas al pié de las efijies, y sintiendo el vuelo y el graznar fatidíco de esas aves que anidan en las torres y bóvedas. De mí sé decir que nada ha producido en mi espíritu una impresion mas sombría y solemne á la vez, y que por ello tengo á los sacristanes y monaguillos en opinion, no diré de santos, sino de ser los hombres de mas hígados de la cristiandad. ¡Me rio yo de los bravos de la guerra de independencia!

Llegado nuestro hombre al sagrario, abrió el recamarin, sacó la custodia, envolvió en su pañuelo la hostia divina, dejándola sobre el altar, y salió del templo por la misma claraboya que le habia dado entrada.

Solo dos dias despues, en la mañana del sábado 25, cuando debia hacerse la renovacion de la forma, vino á descubrirse el robo. Habia desaparecido el sol de oro, avaluado en mas de cuarenta mil pesos, y cuyas ricas perlas, rubíes, brillantes, zafiros, ópalos y esmeraldas eran obsequio de las principales damas de Lima. Aunque el pedestal era tambien de oro, y admirable como obra de arte, no despertó la codicia del ladron.

Fácil es imaginarse la conmocion que este sacrilejio causaria en el devoto pueblo. Segun refiere el erudito escritor del *Diario de Lima*, en los números del 3, 4 y 5 de Octubre de 1791, hubo procesion de penitencia, sermon sobre el texto de David—*Exurge, Domine, et judica causam tuam* —constantes rogativas, prision de legos y sacristanes, y carteles, fijando premios para quien denunciase al ladron. Se cerraron los coliseos y el duelo fué general cuando, corriendo los dias sin descubrirse al delincuente, recurrió la autoridad eclesiástica al tremendo resorte de leer censuras y apagar candelas.

Por su parte el marqués de Villagarcía, virey del Perú, habia llenado su deber, dictando todas las providencias que en su arbitrio estaban para capturar al sacrílego. Los espresos á los corregidores y demas autoridades del vireinato se sucedieron sin tregua, hasta que á fines de Noviembre llegó á Lima un alguacil del intendente de Huancavelica don Gerónimo Solá, ex-consejero de Indias, con pliegos, en los que éste comunicaba á su excelencia, que el ladron se hallaba aposentado en la cárcel y con su respectivo par de calcetas de Vizcaya.

Las campanas se echaron á vuelo, el teatro volvió á funcionar, los vecinos abandonaron el luto y Lima se entregó á fiestas y regocijos.

II

Ciñéndonos al plan que hemos seguido en las *Tradiciones*, viene aquí á cuento una rápida reseña histórica de la época de mando del excelentísimo señor don José de Mendoza Caamaño y Sotomayor, marqués de Villagarcía, de Monroy y de Cusano, conde de Barrantes y señor de Vista Alegre, Rubianes y Villanueva, trijésimo virey del Perú por Su Majestad don Felipe V, y que á la edad de sesenta y ocho años se hizo cargo del gobierno de estos reinos en 4 de Enero de 1736.

Succediendo al enérjico marqués de Castel-fuerte, la ley de las compensaciones exijia del nuevo virey una política

ménos severa. Así, á fuerza de sagacidad y moderacion, pudo el de Villagarcía impedir que tomasen incremento las turbulencias de Oruro y mantener á raya al cuzqueño Juan Santos que se habia proclamado Inca.

No fué tan feliz con los almirantes ingleses Vernon y Jorge Anson, que con sus piraterías alarmaban la costa. Haciendo grandes esfuerzos é imponiendo una contribucion al comercio, logró el virey alistar una escuadra, cuyo jefe evitó siempre poner sus naves al alcance de los cañones ingleses, dando lugar á que Anson apresara el galeon de Manila, que llevaba un cargamento avaluado en mas de tres millones de pesos.

Bajo su gobierno fué cuando el mineral de Cerro de Pasco principió á adquirir la importancia de que hoy goza, y entre otros sucesos curiosos de su época, merecen consignarse, la aurora boreal que se vió una noche en el Cuzco, y la muerte que dieron los fanáticos habitantes de Cuenca al cirujano de la expedicion científica que á las órdenes del sábio La Condamine visitó la América. Los sencillos naturales pensaron, al ver unos extranjeros examinando el cielo con grandes telescópios, que esos hombres se ocupaban de hechicerías y malas artes.

Despues de ocho años y medio de gobierno, y cuando ménos lo esperaba, fué el virey desairosamente relevado con el futuro conde de Superunda en Julio de 1745. Este agravio impresionó tanto al anciano marqués de Villagarcía, que regresando para España, á bordo del navío *Hector*, murió en el mar, en la costa patagónica, en Diciembre del mismo año.

III

Lucas de Valladolid era un mestizo, de la ciudad de Huamanga, que ejercia en Lima el oficio de platero. Obra de sus manos eran las mejores alhajas que á la sazon se fabricaban. Pero el maestro Lucas picaba de generoso, y en el juego, el vino y las mozas de partido, derrochaba sus ganancias.

Los Padres agustinos le dispensaban gran consideracion; y el maestro Lucas era uno de sus obligados comensales en los dias de mantel largo. Nuestro platero conocia, pues, á palmos el convento y la iglesia, circunstancia que le sirvió para realizar el robo de la custodia, tal como lo dejamos referido.

Dueño de tan valiosa prenda, se dirijió con ella á su casa, desarmó el sol, fundió el oro y engarzó en anillos algunas piedras. Viendo la exitacion que su crímen habia producido, se resolvió á abandonar la ciudad y emprendió viaje á Huancavelica, enterrando ántes en la falda del San Cristóbal una parte de su riqueza.

La esposa del intendente Solá era limeña, y á esta se presentó el maestro Lucas ofreciéndola en venta seis magníficos anillos. En uno de ellos lucía una preciosa esmeralda, y examinándola la señora, exclamó:—¡Qué rareza! Esta piedra es idéntica á la que obsequié para la custodia de San Agustin.

Turbóse el platero y no tardó en despedirse.

Pocos minutos despues, entraba el intendente á la estancia de su esposa y la participó que acababa de llegar un expreso de Lima con la noticia del sacrílego robo.

—Pues, hijo mio, le interrumpió la señora, hace un rato que he tenido en casa al ladron.

Con los informes de la intendenta, procedióse en el acto á buscar al maestro Lucas; pero ya éste habia abandonado la poblacion. Redobláronse los esfuerzos y salieron indios en todas direcciones en busca del criminal, logrando aprehenderlo á tres leguas de distancia.

El sacrílego principió por una tenaz negativa; pero no pudo resistir á un cuarto de rueda y cantó de plano.

Cuando el virey recibió el oficio del intendente de Huancavelica despachó, para guarda del reo, una compañia de su escolta.

Llegado éste á Lima en Enero de 1744, costó gran trabajo impedir que el pueblo lo hiciese añicos. ¡Las justicias populares son cosa rancia por lo visto!

A los pocos dias fué el ladron puesto en capilla, y entónces solicitó la gracia de que se le acordasen cuatro meses para fabricar una custodia superior en mérito á la que él habia destruido. Los agustinos intercedieron y la gracia fué otorgada.

Las familias pudientes contribuyeron con oro y nuevas alhajas, y cuatro meses despues, dia por dia, la custodia, verdadera obra de arte, estaba concluida. En este intervá-lo, el maestro Lucas dió en su prision tan positivas muestras de arrepentimiento que le valieron la merced de que se le conmutase la pena.

Es decir, que en vez de achicharrarlo como á sacrílego, se le ahorcó muy pulcramente como á ladron.

RÚDAMENTE, PULIDAMENTE, MAÑOSAMENTE.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY AMAT.

I

En que el lector hace conocimiento con una hembra del coco, de rechupete y tilin.

Leonorcica Michel era lo que hoy llamaríamos una limeña de *rompe y rasga*, y lo que en los tiempos del virey Amat se conocia por una mocita del *tecum* y de las que se amarran la liga encima de la rodilla. Veintisiete años con mas mundo que el que descubrió Colon, color sonrosado, ojos de mas preguntas y respuestas que el catecismo, nariz de escribano por lo picaresca, labios retozones y una tabla de pecho como para asirse de ella un náufrago, tal era en compendio la muchacha. Añádanse á estas perfecciones brevísimo pié, torneada pantorrilla, cintura estrecha, aire de taco y zandunguero, de esos que hacen estremecer hasta á los muertos del campo santo.

Paréceme que el retrato basta para esperar mucho de esa pieza de tela emplástica.

Leonorcita, para colmo de venturanza, era casada con un honradísimo pulpero español, mas bruto que el que usó la manteca y á la vez mas manso que todos los carneros juntos de la cristiandad y morería. El pobrete no sa-

bia otra cosa que aguar el vino, vender gato por liebre y ganar en su comercio buenos cuartos, que su bellaca mujer se encargaba de gastar bonitamente en cintajos y faralaces, no para mas encariñar á su cónyuge sino para engatusar á los oficiales de los rejimientos del Rey. A la chica, que de suyo era tornadiza, la habia agarrado el diablo por la milicia y.....échele usted un galgo á su honestidad!

El bendito del marido, siempre que la sorprendia en gatuperios y juegos nada limpios con los militares, en vez de cojer una tranca y derrengarla, se conformaba con decir:

—Mira, mujer, que no me gustan militronchos en casa, y que un dia me pican las pulgas y hago una que sea sonada.

—Pues mira ¡arrastrado! no tienes mas que empezar—contestaba la mozuela, puesta en jarras y mirando entre ceja y ceja á su víctima.

Al fin la cachaza tuvo su límite y el marido hizo..... una que fué sonada ¿Perniquebró á su costilla? Le rompió el bautismo á algun galan? Quiá! Razonando filosóficamente pensó que era tontuna perderse un hombre por perrerias de una mala pécora, que de hembras está mas que poblado este pícaro mundo y que, como dijo no sé quien, las mujeres son como las ranas que por una que zabulle salen cuatro á flor de agua.

De la noche á la mañana traspasó, pues, la pulperia y, con los reales que el negocio le produjo, se trasladó á Chile, dónde en Valdivia puso una cantina.

Qué fortuna la de las anchovetas! En vez de ir al puchero se las deja tranquilamente en el agua.

Esta metáfora, traducida á buen romance, quiere decir que Leonorcica, léjos de lloriquear y tirarse de las greñas, tocó generala, revistó á sus amigos de cuartel y de entre ellos, sin mas recancamusas, escojió para amante de relumbron al alferez del rejimiento de Córdova Don Juan Francisco Pulido.

II

Mano de historia.

Si ha caido bajo tu dominio, lector amable, mi primer libro de *Tradiciones*, habrás hecho conocimiento con el excelentísimo señor Don Manuel de Amat y Juniet, trigésimo primo virey del Perú por Su Majestad Cárlos III. Ampliaremos hoy las noticias históricas que sobre él teniamos consignadas.

La capitanía general de Chile fué en el siglo pasado un escalon para subir al virreinato. Manso de Velazco, Amat, Jáuregui, O'Higgins y Aviles, despues de haber gobernado en Chile, vinieron á ser vireyes del Perú.

En Octubre, segun unos, ó en Diciembre de 1771, segun otros, se hizo Amat cargo del gobierno. Traia, dice un historiador, la reputacion de activo, organizador, inteligente, recto hasta el rigorismo y muy celoso de los intereses públicos, *sin olvidar la propia conveniencia*. Su valor personal lo habia puesto á prueba en una sublevacion de presos en Santiago. Amat entró solo á la cárcel y, recibido á pedradas, contuvo con su espada á los rebeldes. Al otro dia ahorcó docena y media de ellos. Como se vé, el hombre no se andaba con repulgos.

Amat principió á ejercer el gobierno cuando, hallándose mas encarnizada la guerra de España con Inglaterra y Portugal, las colonias de América recelaban una invasion. El nuevo virey atendió perfectamente á poner en pié de defensa la costa desde Panamá á Chile, y envió eficaces auxilios de armas y dinero al Paraguay y Buenos Aires. Organizó en Lima las milicias cívicas que subieron á cinco mil hombres de infanteria y dos mil de caballería; y él mismo se hizo reconocer por coronel del rejimiento de nobles que contaba con cuatrocientas plazas. Efectuada la paz, Cárlos III premió á Amat con la cruz de San Genaro y mandó á Lima veintidos hábitos de ca-

balleros de diversas órdenes, para los vecinos que mas se habian distinguido por su entusiasmo en la formacion, equipo y disciplina de las milicias.

Bajo su gobierno tuvo lugar el Concilio provincial de 1772, presidido por el arzobispo Don Diego Parada, en el que fueron confirmados los cánones del Concilio de Santo Toribio. El virey, cuyo liberalismo en materia religiosa se adelantaba á su época, influyó, aunque sin éxito, para que se obligase á los frailes á hacer vida comun y á reformar sus costumbres, que no eran ciertamente evangélicas. Lima encerraba entónces entre sus murallas la bicoca de mil trescientos frailes, y los monasterios de monjas la pigricia de setecientas mujeres.

En otra ocasion hemos hablado de las medidas prudentes y acertadas que tomó Amat para cumplir con la real órden por la que fueron expulsados los miembros de la Compañia de Jesús. El virey inauguró inmediatamente en el local del colegio de los jesuitas el famoso Convictorio de San Cárlos, que tantos hombres ilustres ha dado á la América.

Amotinada en el Callao, á los gritos de ¡viva el Rey y muera su mal gobierno!—la tripulacion de los navíos *Septentrion y Astuto*, por retardo en el pagamento de sueldos, el virey enarboló en un torreon la bandera de justicia, asegurándola con siete cañonazos. Fué luego á bordo y, tras brevísima informacion, mandó colgar de las entenas á los dos cabecillas, y diezmó la marineria insurrecta, fusilando diez y siete.

Amat cuidó mucho de la buena policía, limpieza y ornato de Lima. Un hospital para marineros en Bellavista, la Alameda y Plaza de Acho para las corridas de toros y el Coliseo, que ya no existe, para las lidias de gallos, fueron obras de su época. Emprendió tambien la fábrica, que no llegó á terminarse, del Paseo de Aguas y que, á juzgar por lo que hoy se vé, habria hecho competencia á Saint-Cloud.

Licencioso en sus costumbres, escandalizó bastante al

país con sus aventuras amorosas. Muchas páginas ocuparian las historietas picantes en que figura el nombre de Amat unido al de Micaela Villegas, la Perricholi, bolero del teatro de Lima. Tan grande era la influencia de la bailarina sobre el ánimo de su galan que, habiéndolo ella sorprendido una noche en conversacion con una dama de la nobleza colonial, solo consiguió calmar los celos de su querida haciendo casar á la dama con un personage, á quien regaló el virey veinte mil pesos.

Sus contemporáneos acusaron á Amat de poca pureza en el manejo de los fondos públicos, y daban por prueba de su acusacion que vino de Chile con pequeña fortuna y que, apesar de lo mucho que derrochó con la Perricholi, que gastaba un lujo insultante, salió del mando millonario. Nosotros, que ni quitamos ni ponemos, no entramos en esas honduras y decimos caritativamente que el virey supo, en el juicio de residencia, hacerse absolver de este cargo, como hijo de la envidia y de la maledicencia humanas.

En Julio de 1776, despues de cerca de quince años de gobierno, lo reemplazó el excelentísimo señor Don Manuel Guirior. Amat se retiró á Cataluña, país de su nacimiento, en donde, aunque octogenario y achacoso, contrajo matrimonio con una jóven sobrina suya.

III

Aquí el lector hallará tres retruécanos que no son rebuscados sino históricos.

Por los años de 1772 los habitantes de esta, hoy prácticamente republicana, ciudad de los Reyes se hallaban poseidos del mas profundo pánico. ¿Quién era el guapo que, despues de las diez de la noche, asomaba las narices por esas calles? Una carrera de gatos ó ratones en el techo bastaba para producir en una casa soponcios femeniles, alarmas masculinas y barullópolis mayúsculo.

La situacion no era para ménos. Cada dos ó tres noches tenia lugar algun robo de magnitud y, segun los cronistas de esos tiempos, tales delitos salian en la forma de las prácticas hasta entónces usadas por los discípulos de Caco. Caminos subterráneos, forados abiertos por medio del fuego, escalas de alambre y otras invenciones mecánicas revelaban, amen de la seguridad de sus golpes, que los ladrones no solo eran hombres de enjundia y pelo en pecho, sino de imaginativa y cálculo. En la noche del 10 de Julio verificaron un robo que se estimó en sesenta mil pesos.

Que los ladrones no eran gentuza de poco mas ó ménos lo reconocia el mismo virey quien, conversando una tarde con los oficiales de guardia que lo acompañaban á la mesa, dijo en su acento de catalan cerrado:

—Muchi diablus de latrons!

—En efecto, excelentísimo señor—le repuso el alferez Don Juan Francisco Pulido—Hay que convenir en que roban *pulidamente.*

Entónces el teniente de artilleria Don José Manuel Martinez Ruda lo interrumpió:

—Perdone el alferez. Nada de pulido encuentro y léjos de eso, desde que desbalijan una casa contra la voluntad de su dueño, digo que proceden *rudamente.*

—Bien! señores oficiales, se conoce que hay chispa—añadió el alcalde ordinario Don Tomás Mañós. Pero no en vano empuño yo una vara que hacer caer *mañosamente* sobre esos pícaros que traen al vecindario con el credo en la boca.

IV

Donde se comprueba que á la larga el toro fina en el matadero y el ladron en la horca.

Al anochecer del 31 de Julio del susodicho año de 1772. un soldado entró cautelosamente á la casa del alcalde ordinario Don Tomás Mañós, y se entretuvo con él una hora en secreta plática.

Poco despues circulaban por la ciudad rondas de alguaciles y agentes de la policía que fundó Amat con el nombre de *encapados*.

En la mañana del 1°. de Agosto todo Lima supo que en la cárcel de corte, y con gruesas barras de grillos, se hallaban aposentados el teniente Ruda, el alferez Pulido, seis soldados del rejimiento de Saboya, tres del rejimiento de Córdova y ocho paisanos. Hacíanles tambien compañía Doña Leonor Michel y Doña Manuela Sanchez, queridas de los dos oficiales, y tres mujeres del pueblo, mancebas de los soldados. Era justo que quienes estuvieron á las maduras participasen de las duras.

El proceso, curiosísimo en verdad y que existe en los archivos de la excelentísima Córte Suprema, es largo para extractado. Baste saber que el 13 de Agosto no quedó en Lima títere que no concurriese á la Plaza mayor, en la que estaban formadas las tropas regulares y milicias cívicas.

Despues de degradados, con el solemne ceremonial de las ordenanzas militares, los oficiales Ruda y Pulido, pasaron junto con nueve de sus cómplices á balancearse en la horca, alzada frente al callejon de Petateros. El verdugo cortó luego las cabezas, que fueron colocadas en escarpias en el Callao y en Lima.

Los demas reos obtuvieron pena de presidio y cuatro fueron absueltos, contándose entre estos Doña Manuela Sanchez, la querida de Ruda. El proceso demuestra que, si bien es verdad que ella percibió los provechos, ignoró siempre de donde salian las misas.

V

En que se copia una sentencia que puede arder en un candil.

«En cuanto á Doña Leonor Michel, receptadora de especies furtivas, la condeno á que sufra cincuenta azotes,

«que le darán en su prision de mano del verdugo; y á «ser rapada la cabeza y cejas; y despues de pasada tres «veces bajo la horca, será conducida al Real Beaterio de «Amparadas de la Concepcion de esta ciudad á servir en «los oficios mas bajos y viles de la casa, reencargándola «á la madre superiora para que la mantenga con la mayor «custodia y precaucion, interin se presenta ocasion de na«vío que salga para la plaza de Valdivia, á donde será «trasladada en partida de rejistro *a vivir en union de su «marido* y se mantendrá perpétuamente en dicha plaza— «Dió y pronunció esta sentencia el excelentísimo señor «Don Manuel de Amat y Juniet. Caballero de la órden de «San Juan, del Consejo de Su Majestad, su Gentil-hom«bre de Cámara con entrada, Teniente general de sus «Reales Ejércitos, Virey, Gobernador y Capitan General «de estos Reinos del Perú y Chile; y en ella firmó su nom«bre, estando haciendo audiencia en su gabinete en los «Reyes á 11 de Agosto de 1772, siendo testigo Don Pe»dro Juan Sanz, su Secretario de Cámara, y Don José «Garmendia, que lo es de Cartas—*Gregorio Gonzalez de «Mendoza*, escribano de Su Majestad y Guerra.»

Cáscaras! ¿No les parece á ustedes que la sentencia tiene tres pares de berendengues?

Ignoramos si el marido entablaria recurso de fuerza al Rey por la parte en que, sin comerlo ni beberlo, se le obligaba á vivir en ayuntamiento con la media naranja que le dió la Iglesia, ó si cerró los ojos y aceptó la libranza, que bien pudo ser; pues para todo hay génios en la viña del Señor.

EL CORREJIDOR DE TINTA.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY JAUREGUI.

A NUMA POMPILIO LLONA.

Ahorcaban á un delincuente
Y decia su mujer:—
No tengas pena, pariente,
Todavia puede ser
Que la soga se reviente.

Anónimo.

I

Era el 4 de Noviembre de 1780, y el cura de Tungasuca, para celebrar á su santo patron, que lo era tambien de Su Magestad Carlos III, tenia congregados en opíparo almuerzo á los mas notables vecinos de la parroquia y algunos amigos de los pueblos inmediatos que, desde el amanecer, habian llegado á felicitarlo por su cumpleaños.

El cura don Carlos Diaz era un clérigo campechano, caritativo y poco exijente en el cobro de diezmos y demas provechos parroquiales, cualidades apostólicas que lo hacian el ídolo de sus feligreses. Ocupaba aquella mañana la cabecera de la mesa, teniendo á su izquierda á un descendiente de los Incas, llamado Don José Gabriel Tupac-Amaru, y á su derecha á Doña Micaela Bástidas, es-

posa del noble cacique. Las libaciones se multiplicaban y, como consecuencia de ellas, reinaba la mas espansiva alegria. De pronto sintióse el galope de un caballo, que se detuvo á la puerta de la casa parroquial y el ginete. sin descalzarse las espuelas, penetró en la sala del festin.

El nuevo personaje llamábase Don Antonio de Arriaga, Correjidor de la provincia de Tinta, hidalgo español muy engreido con lo rancio de su nobleza y que despotizaba, por plebeyos, á europeos y criollos. Grosero en sus palabras, brusco de modales, cruel para con los indios de la mita y avaro hasta el estremo de que, si en vez de nacer hombre hubiera nacido reloj, por no dar no habria dado ni las horas, tal era su señoría. Y para colmo de desprestijio, el Provisor y canónigos del Cuzco lo habian excomulgado solemnemente por ciertos avances contra la autoridad eclesiástica.

Todos los comensales se pusieron de pié á la entrada del Correjidor, quien sin hacer atencion en el cacique Don José Gabriel se dejó caer sobre la silla que éste ocupaba, y el noble indio fué á colocarse al otro estremo de la mesa, sin darse por entendido de la falta de cortesía del empingorrotado español. Despues de algunas frases banales, de haber refocilado el estómago con las viandas y remojado la palabra, dijo su señoria:

—No piense vuesamerced que me he pegado un trote desde Yanaoca solo por darle saludes.

—Usiría sabe, contestó el párroco, que cualquiera que sea la causa que lo trae, es siempre bien recibido en esta humilde choza.

—Huélgome por vuesamerced de haberme convencido personalmente de la falsedad de un aviso que recibí ayer, que, á haberlo encontrado real, juro cierto que no habria reparado en hopalandas ni tonsura para amarrar á vuesamerced y darle una zurribanda de que guardara memoria en los dias de su vida; que mientras yo empuñe la vara ningun monigote me ha de resollar gordo.

—Dios me es testigo de que no sé á qué vienen las ai-

radas palabras de su señoria, murmuró el cura intimidado por los impertinentes conceptos de Arriaga.

—Yo me entiendo y bailo solo, señor Don Carlos. Bonito es mi perjenio para tolerar que en mi correjimiento. á mis barbas, como quien dice, se lean censuras ni esos papelotes de excomunion que contra mí reparte el viejo loco que anda de Provisor en el Cuzco y ¡por el ánima de mi padre que esté en gloria! que tengo de hacer mangas y capinotes con el primer cura que se me descantille en mi jurisdiccion! Y cuenta que se me suba la mostaza á las narices y me atufe un tantico, que en un verbo me plante en el Cuzco y torne chanfaina y picadillo á esos canónigos barrigudos y abarraganados!

Y enfrascado el correjidor en sus groseras baladronadas, que solo interrumpia para apurar sendos tragos de vino, no observó que Don Gabriel y algunos de los convidados iban desapareciendo de la sala.

II

A las seis de la tarde, el insolente hidalgo galopaba en direccion á la villa de su residencia cuando, al doblar una encrucijada del camino, fué enlazado su caballo y Don Antonio se encontró en medio de cinco hombres armados, en los que reconoció á otros tantos de los comensales del cura.

—Dése preso vuesamerced – le dijo Tupac-Amaru, que era el que acaudillaba el grupo, y sin dar tiempo al mal trecho Correjidor para que opusiera la menor resistencia, le remacharon un par de grillos y lo condujeron á Tungasuca. Inmediatamente salieron indios con pliegos para el Alto-Perú y otros lugares, y Tupac-Amaru alzó bandera contra España.

Pocos dias despues, el 10 de Noviembre, destacábase una horca frente á la capilla de Tungasuca y el altivo español, vestido de uniforme y acompañado de un sacer-

dote que lo exhortaba á morir cristianamente, oyó al pregonero estas palabras:

Esta es la justicia que Don José Gabriel I, por la gracia de Dios, Inca, Rey del Perú, Santa Fé, Quito, Chile, Buenos Aires y Continente de los mares del Sur, Duque y Señor de los Amazonas y del Gran Paititi, manda hacer en la persona de Antonio de Arriaga por tirano, alevoso, enemigo de Dios y sus ministros, corruptor y falsario.

En seguida el verdugo, que era un negro esclavo del infeliz Correjidor, le arrancó el uniforme en señal de degradacion, le vistió una mortaja y le puso la soga al cuello. Mas, al suspender el cuerpo, á pocas pulgadas de la tierra, reventó la cuerda y Arriaga, aprovechando de la natural sorpresa que en los indios produjo este incidente, echó á correr en direccion á la capilla, gritando:

—Salvo soy! A Iglesia me llamo! La Iglesia me vale!

Iba ya el hidalgo á penetrar en sagrado, cuando se le interpuso el Inca Tupac-Amaru y lo tomó del cuello, diciéndole:

—No vale la Iglesia á tan grande pícaro como vos! No vale la Iglesia á un descomulgado por la Iglesia!

Y volviendo el verdugo á apoderarse del sentenciado, dió pronto remate á su sangrienta mision.

III

Aquí deberíamos dar por terminada la tradicion; pero el plan de nuestra obra exije que consagremos algunas líneas, por via de epílogo, al virey en cuya época de mando aconteció este suceso.

El Excelentísimo Señor Don Agustin de Jáuregui, Caballero de la órden de Santiago y Teniente General de los Reales Ejércitos, desempeñaba la Presidencia de Chile cuando Carlos III relevó con él, injusta y desairosamente, al virey Don Manuel Guirior. El caballero de Jáure-

gui llegó á Lima el 21 de Julio de 1780, y francamente, que ninguno de sus antecesores recibió el mando bajo peores auspicios.

Por una parte, los salvajes de Chanchamayo acababan de incendiar y saquear varias poblaciones civilizadas; y por otra, el recargo de impuestos habia producido sérios disturbios, en los que muchos correjidores y alcabaleros fueron sacrificados á la cólera popular. Puede decirse que la conflagracion era general en el país, sin embargo de que Guirior habia declarado en suspenso el cobro de las odiosas y exajeradas contribuciones, mientras con mejor acuerdo volvia el monarca sobre sus pasos.

Ademas, en 1779, se declaró la guerra entre España é Inglaterra y, reiterados avisos de Europa, afirmaban al nuevo virey que la reina de los mares alistaba una flota con destino al Pacífico.

Jáuregui, en prevision de los amagos piráticos, tuvo que fortificar y artillar la costa, organizar milicias y aumentar la marina de guerra, medidas que reclamaron fuertes gastos con los que se acrecentó la penuria pública.

Apenas hacia cuatro meses que Don Agustin de Jáuregui ocupaba el sólio de los vireyes, cuando se tuvo noticia de la muerte dada al Correjidor Arriaga, y con ella la de que. en una estension de mas de trescientas leguas, era proclamado por Inca y Soberano del Perú el cacique Tupac-Amaru.

No es del caso historiar aquí esta tremenda revolucion que, como es sabido, puso en grave peligro al gobierno colonial. Poquísimo faltó para que entonces hubiese quedado realizada la obra de la independencia.

El 6 de Abril, viernes de Dolores del año 1781, cayeron prisioneros el Inca y sus principales vasallos, con los que se ejercieron los mas bárbaros horrores. Hubo lenguas y manos cortadas, cuerpos descuartizados, horca y garrote vil.

Con el suplicio del Inca, de su esposa Doña Micaela, de sus hijos y hermanos, quedaron los revolucionarios sin

un centro de unidad. Sin embargo, la chispa no se estinguió hasta Julio de 1783 en que tuvo lugar en Lima la ejecucion de Don Felipe Tupac, hermano del infortunado Inca, caudillo de los naturales de Huarochirí. Así, dice el dean Funes, terminó esta revolucion y dificilmente presentará la historia otra ni mas justificada ni ménos feliz.

Es fama que, el 26 de Abril de 1784, el virey Don Agustin de Jáuregui recibió de regalo un canastillo de cerezas, fruta á la que era su excelencia muy aficionado, y que apenas hubo comido dos ó tres, cayó al suelo sin sentido. Treinta horas despues se abria en Palacio la gran puerta del salon de recepciones y en un sillon, bajo el dosel, se veía á Jáuregui vestido de gran uniforme. Con arreglo al ceremonial del caso, el escribano de cámara, seguido de la Real Audiencia, avanzó hasta pocos pasos distante del dosel y dijo, en voz alta, por tres veces—¡Excelentísimo Señor Don Agustin de Jáuregui!—Y luego, volviéndose al concurso, pronunció esta frase obligada:—Señores, no responde. ¡Falleció! Falleció! Falleció!—En seguida sacó un protocolo y los Oidores estamparon en él sus firmas.

Así vengaron los indios la muerte de Tupac-Amaru.

¡A LA CARCEL TODO CRISTO!

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY INGLES.

I

Por los años de 1752 recorria las calles de Lima un buhonero ó *mercachifle*, hombre de mediana talla, grueso, de manos y facciones toscas, pelo rubio, color casi alabastrino y que representaba muy poco mas de veinte años. Era irlandés, hijo de pobres labradores, y, segun su biógrafo Lavalle, pasó los primeros años de su vida conduciendo haces de leña para la cocina del castillo de Dungan, residencia de la condesa de Bective, hasta que un su tio, padre jesuita del convento de Cádiz, lo llamó á su lado, lo educó medianamente y, viéndolo decidido por el comercio mas que por el santo hábito, lo envió á América con una pacotilla.

No *Ambrosio el inglés*, como llamaban las limeñas al mercachifle, convencido de que el comercio de cintas, agujas, blondas, dedales y otras chucherías no le produciria nunca para hacer caldo gordo, resolvió pasar á Chile donde consiguió, por la influencia de un médico irlandés muy relacionado en Santiago, que con el carácter de ingeniero delineador lo empleasen en la construccion de albergues ó casitas para abrigo de los correos que, al traves de la cordillera, conducian la correspondencia entre Chile y Buenos Ayres.

Ocupábase en llenar concienzudamente su compromiso, cuando tuvo lugar una formidable invasion de los arauca-

nos y otras para rechazarla organizó el capitan general, entre fuerzas, una compañía de voluntarios extranjeros, cuyo mando se acordó á nuestro flamante ingeniero. La campaña le dió honra y provecho; y sucesivamente el rey le confirió los grados de capitan de dragones, teniente coronel, coronel y brigadier; y en 1785, al ascenderlo á mariscal de campo, lo invistió del carácter de presidente de la Audiencia, gobernador y capitan general del reino de Chile.

Ni tenemos los suficientes datos ni la forma lijera de nuestras Tradiciones nos permite historiar los diez años del memorable gobierno de Don Ambrosio O'Higgins. La fortaleza del Baron, en Valparaiso, y multitud de obras públicas hacen su nombre imperecedero en Chile.

Habiendo reconquistado la ciudad de Osorno del poder de los araucanos, el monarca lo nombró marqués de Osorno, lo ascendió á teniente general y lo trasladó al Perú como virey, en reemplazo del Baylío Don Frey Francisco Gil y Lemus de Toledo y Villamarin, caballero profeso del órden de San Juan, comendador del Puente Orvigo y teniente general de la real armada.

El 5 de Julio de 1796 se encargó O'Higgins del mando. Bajo su breve gobierno se empedraron las calles y concluyeron las torres de la Catedral de Lima, se creó la sociedad de Beneficencia y se establecieron fábricas de tejidos. La portada, alameda y camino carretero del Callao fueron tambien obra de su administracion.

En su época se incorporó al Perú la intendencia de Puno, que habia estado sujeta al vireinato de Buenos Ayres, y fué separado Chile de la jurisdiccion del vireinato del Perú.

La alianza que por el tratado de San Ildefonso, despues de la campaña del Rosellon, celebró con Francia el ministro Don Manuel Godoy, duque de Acudia y príncipe de la Paz, trajo como consecuencia la guerra entre España é Inglaterra. O'Higgins envió á la corona siete millones de pesos con los que el Perú contribuyó, mas que á las nece-

sidades de la guerra, al lujo de los cortesanos y á los placeres de Godoy y de su real manceba María Luisa.

Rápida pero fructuosa en bienes fué la administracion de O'Higgins, á quien llamaban en Lima *el virey inglés* Falleció el 18 de Marzo de 1800 y fué enterrado en las bóvedas de la iglesia de San Pedro.

II

Grande era la desmoralizacion de Lima cuando O'Higgins entró á ejercer el mando. Segun el censo mandado formar por el virey Baylío Gil y Lemus contaba la ciudad, en el recinto de sus murallas, 52,627 habitantes y, para tan reducida poblacion, excedia de mil cuatrocientos el número de carruajes de particulares que, con ricos arneses y soberbios troncos, se ostentaban en la Alameda. Tal exceso de lujo basta á revelarnos que la moralidad social no podia rayar muy alto.

Los robos, asesinatos y otros escándalos nocturnos se multiplicaban y, para remediarlos, juzgó oportuno Su Excelencia promulgar bandos, previniendo que seria aposentado en la cárcel todo el que, despues de las diez de la noche, fuese encontrado en la calle por las comisiones de ronda. Las compañias de *encapados* ó ajentes de policía, establecidas por el virey Amat, recibieron aumento y mejora en el personal con el nombramiento de capitanes, que recayó en personas notables.

Pero los bandos se quedaban escritos en las esquinas y los desórdenes no disminuian. Precisamente los jóvenes de la nobleza colonial hacian gala de ser los primeros infractores. El pueblo tomaba ejemplo en ellos y viendo el virey que no habia forma de estirpar el mal, llamó un dia á los cinco capitanes de las compañias de encapados.

—Tengo noticia, señores, les dijo, que ustedes llevan á la cárcel solo á los pobres diablos que no tienen padrino que les valga; pero que cuando se trata de uno de los marquesitos ó condesitos que andan escandalizando el vecin-

dario con escalamientos, serenatas, estocadas y jolgorios, vienen las contemporizaciones y se hacen ustedes de la vista gorda. Yo quiero que la justicia no tenga dos pesos y dos medidas sino que sea igual para grandes y chicos. Ténganlo ustedes así por entendido y, despues de las diez de la noche,.....¡á la cárcel todo Cristo!

Antes de proseguir refiramos, pues viene á pelo, el orígen del refran popular—*á la cárcel todo Cristo*—Cuentan que en un pueblo de Andalucía tuvo lugar una procesion de penitencia, en la que muchos de los devotos salieron vestidos con túnica nazarena y llevando al hombro una pesada cruz de madera. Parece que uno de los parodiadores de Cristo empujó maliciosamente á otro compañero, que no tenia aguachirle en las venas y que, olvidando la mansedumbre á que lo comprometia su papel, sacó á relucir la navaja. Los demás penitentes tomáron cartas en el juego y anduvieron á mojicon cerrado y puñalada limpia, hasta que apareciéndose el alcalde, dijo:—¡A la cárcel todo Cristo!

Probablemente Don Ambrosio O'Higgins se acordó del cuento cuando, al sermonear á los capitanes, terminó la reprimenda empleando las palabras del alcalde andaluz.

Aquella noche quiso Su Excelencia convencerse personalmente de la manera como se obedecian sus prescripciones. Despues de las once, y cuando estaba la ciudad en plena tiniebla, embozóse el virey en su capa y salió de Palacio.

A poco andar tropezó con una ronda; mas reconociéndolo el capitan lo dejó seguir tranquilamente, murmurando:

—Vamos, ya pareció aquello! Tambien Su Excelencia anda de galanteo y por eso no quiere que los demás tengan un arreglillo y se diviertan.

Y el virey encontró otras tres rondas, y los capitanes le dieron las buenas noches; y le preguntaron si queria ser acompañado; y se derriticron en cortesías; y le dejaron libre el paso.

Sonaron las dos y el virey, cansado del ejercicio, se retiraba ya á dormir, cuando le dió en la cara la luz del farolillo de la quinta ronda, cuyo capitan era Don Juan Pedro Lostaunau.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Soy yo, Don Juan Pedro, el virey.

—No conozco al virey en la calle, despues de las diez de la noche. Al centro el vagabundo!

—Pero, señor capitan.....

—Nada! El bando es bando y ¡á la cárcel todo Cristo!

Al siguiente dia quedaron destituidos de sus empleos los cuatro capitanes, que por respeto no habian arrestado al virey; y los que los reemplazaron fueron bastante enérjicos para no andarse en contemplaciones, poniendo en breve término á los desórdenes.

El hecho es que pasó la noche en el calabozo de la cárcel de la Pescadería, como cualquier pelafustan, todo un Don Ambrosio O'Higgins, marqués de Osorno, baron de Ballenari, teniente general de los reales ejércitos y trijésimosesto virey del Perú por Su Majestad Don Cárlos IV.

NADIE SE MUERE
HASTA QUE DIOS QUIERE.

CRONICA DE LA EPOCA DEL VIREY
MARQUES DE AVILES.

A JULIO L. JAIMES.

I

Cuentan que un fraile con ribetes de tuno y de filósofo, administrando el sacramento del matrimonio, le dijo al varon:

Ahí te entrego esa mujer;
Trátala como á mula de alquiler,
Mucho garrote y poco de comer.

Otro que tal debió ser el que casó en Lima al platero Roman, solo que cambió de frenos y dijo á la mujer:

Ahí tienes ese marido;
Trátalo como á buey al yugo uncido
Y procura que se ahorque de aburrido.

Viven aun personas que conocieron y trataron al platero, á quien llamaremos Roman; pues causa existe para no estampar en letras de molde su nombre verdadero. El presente sucedido es popularísimo en Lima y te lo referirá, lector, con puntos y comas el primer octogenario con quien tropieces por esas calles.

La mujer de Roman, si bien honradísima hembra en punto á fidelidad conyugal, tenia las peores cualidades apetecibles en una hija de Eva. Amiga del boato, manirota, terca y regañona, atosigaba al pobrete del marido con exijencias de dinero y aquello no era casa, ni hogar, ni Cristo que lo fundó, sino trasunto vivo del infierno. Ni se daba escobada, ni se zurcian las calcetas del pagano. ni se cuidaba del puchero y todo, en fin, andaba á la bolina. Madama no pensaba sino en dijes y perifollos, en bebendurrias y paseos.

A este andar la tienda y los haberes del marido se evaporaron en ménos de lo que se persigna un cura loco, y con la pobreza estalló la guerra civil en esa república práctica que se llama matrimonio. Por quítame allá esas pajas se tiraban los cacharros á la cabeza, á riesgo de descalabrarse, y no quedaba silla con hueso sano. A buen librar salia siempre el bonachon del marido llevando en el rostro reminiscencias de las uñas de su conjunta persona.

Este matrimonio nos trae al majin un soneto que escribimos allá por los alegres tiempos de nuestra mocedad y que, pues la ocasion es tentadora para endilgarlo, *ahí vá* como el caballo de copas:

Caséme, por mi mal, con una indina,
Fresca como la pera bergamota;
Trájome suegra y larga familiota
Y por dote su cara peregrina.
A trote largo mi caudal camina
A sumerjirse en una sirte ignota;
Pronto he de hacer con ella bancarrota,
Salvo que encuentre una boyante mina.
Un diablo pedigüeño anda conmigo;
Es ¡dáme! su perenne cantinela,
Y así estoy en los huesos, caro amigo.
¿Qué me dices? Mi afan te desconsuela?
—Digote. don Peruétano, que digo,
Que aquella no es mujer.....es sanguijuela.

Una mañana, despues de haber tenido Roman una de esas cuotidianas zambras de moros y cristianos, se dijo:

—Pues, señor, esto no puede durar mas tiempo, que penas mas negras que las que paso con mi costilla no me ha de deparar Su Divina Majestad en el otro mundo. Decididamente, hoy me ahorco.

Y con la única peseta columniaria que le quedaba en el bolsillo se dirijió al ventorrillo ó pulperia de la esquina y compró seis varas de cuerda fuerte y nueva, lujo muy escusable en quien se prometia no tener ya otros en la vida.

II

¿Y qué virey gobernaba entónces?—Paréceme oir esta pregunta, que es de estilo cuando se escucha contar algo de cuya veracidad dudan los oyentes.

Pues, lectores mios, gobernaba el excelentísimo señor Don Gabriel de Avilés y Fierro, marqués de Avilés, teniente general de los reales ejércitos y que, despues de haber servido la presidencia de Chile y el virreinato de Buenos Ayres, vino en Noviembre de 1801 á hacerse cargo del mando de esta bendita tierra.

Avilés habia llegado al Perú en la época del virey Amat; y cuando estalló en 1780 la famosa revolucion de Tupac-Amaru fué mandado con tropas para sofocarla. Excesivo fué el rigor que empleó Avilés en esa campaña, y el rey premió sus servicios confiriéndole el título de marqués.

Durante su gobierno se erijió el obispado de Maynas y se incorporó Guayaquil al virreinato. Se estableció en Lima el hospital del Refujio para mujeres, á espensas de Avilés y de su esposa la limeña Doña Mercedes Risco, y se principió la fábrica del fuerte de Santa Catalina para cuartel de artillería, bajo la direccion del entónces coronel y mas tarde virey Don Joaquin de la Pezuela.

Con grandes fiestas se celebró la llegada del fluido vacuno. Tuvo el Perú la visita del sabio Humboldt y en Li-

ma se esperimentó una noche el alarmante fenómeno de haberse oido con claridad muchos truenos.

Como España y Francia hacian causa comun contra Inglaterra y acababa de realizarse el desastre de Trafalgar, dos bergantines ingleses atacaron en Arica á la fragata de guerra española *Astrea*, ocasionándola fuertes averias y forzándola á buscar abrigo en la bahía.

Tratando de dar cumplimiento á una Real órden sobre desamortizacion de bienes eclesiásticos, tropezó Avilés con sérias resistencias, que el prudente virey calmó dando largas al asunto y enviando consultas y memoriales á la corona.

Avilés consagraba gran parte de su tiempo á las prácticas religiosas. El pueblo lo pintaba con esta frase—En la oracion *hábil es* y en gobierno *inhábil es*.

En Julio de 1806 entregó el mando á Abascal.

Anciano, enfermo y abatido de ánimo por la reciente muerte de su esposa, quiso Avilés regresar á España. La nave que lo conducia arribó á Valparaiso y á los pocos dias falleció en ese puerto el *Virey devoto*, como lo llamaban las picarescas limeñas.

III

Provisto de cuerda, y sin cuidarse de escribir préviamente esquelas de despedida como es de moda desde la invencion de los nervios y del romanticismo, se dirijió nuestro hombre al estanque de Santa Beatriz, lugar amenísimo entónces y rodeado de naranjos y otros árboles, que no parecia sino que estaban convidando al prójimo para colgarse de ellos y dar al traste con el aburrimiento y pesadumbres.

Principió Roman por pasar revista á los árboles y á todos hallaba algun pero que ponerles. Este no era bastante elevado; aquel no ofrecia consistencia para soportar por fruto el cuerpo de un tagarote como él; el otro era poco frondoso y el de mas allá un tanto encorbado. Cuan-

do uno se ahorca debe siquiera llevar el consuelo de haberlo hecho á su regalado gusto. Al fin encontró árbol con las condiciones que el caso requeria y, encaramándose en él, ató la cuerda en una de las ramas mas vigorosas.

En estos preparativos reflexionó que para no ser interrumpido y quedarse á medio morir y tener tal vez que empezar de nuevo la faena, lo mejor era esperar á que el camino estuviese desierto. Indias pescadoras que venian de Chorrillos, yerbateros de Surco, yanaconas de Miraflores, cimarrones de San Juan y peones de las haciendas traficaban á esa hora, á pequeña distancia del estanque. No habia forma de que un hombre pudiera matarse en paz.

—Pues seria andrómina que á lo mejor de la funcion me descolgase un transeunte importuno! Si ello al fin ha de ser, nada se pierde con esperar un rato, que no llega tarde quien llega.

En estas y otras cavilaciones hallábase Roman, escondido entre el espeso ramaje del árbol, cuando vió llegar, con tardo paso y mirando á todas partes en faz recelosa, un hombrecillo envuelto en un capote lleno de remiendos.

Era este un vejete español que vivia de la caridad pública y á quien en Lima conocian con el apodo de *Ovillitos*. El apodo le venia de que en una época entraba de casa en casa vendiendo ovillos de hilo, hasta que un dia resolvió cambiar de oficio sentando plaza de mendigo.

Ovillitos, despues de dirijir miradas escudriñadoras á las tapias y al camino, se sentó bajo el árbol que cobijaba á Roman y sacando una tijera, descosió dos de los infinitos parches que esmaltaban su mugriento capote de barragan.

¿Cuál seria la sorpresa del encaramado Roman al ver que de cada parche sacó Ovillitos una onza de oro y que luego las enterró al pié del árbol, despues de haber permanecido gran espacio de tiempo contemplándolas amorosamente?

—Qué suicidio ni qué ocho cuartos!—esclamó Roman,

descendiendo listamente de su árbol apenas se alejó el mendigo—Pues Dios me ha venido á ver, aprovechemos la ocasion y empuñémosla por el único pelo de la calva. Arbol feliz el que tal abono tiene!

Y se puso á la obra y desenterró poco mas de seiscientas peluconas, de esas que bajo el *Indiæ et Hispaniarum Rex* lucian el busto de Cárlos III ó Cárlos IV.

IV

Roman volvió á habilitar la tienda y su comercio de plateria marchó viento en popa. Aleccionado por los dias de penuria, puso coto á los derroches de su mujer cuyo carácter, por milagro sin duda de la Divina Providencia para quien no hay imposible, mejoró notablemente.

Ovillitos enfermó de gravedad, al descubrir que su tesoro se habia convertido en pájaro y volado del encierro. El infeliz ignoraba que el dinero no es monje que gusta de estar guardado y criar moho, y que es un libertino que se desvive por andar al aire libre y de mano en mano. Mendigos ha habido, en todos los tiempos, que á su muerte han dejado un caudal decente.

Roman murió, ya en los tiempos de la República, repartiéndose entre sus herederos una fortuna que se estimó en mas de cien mil pesos.

Una de las cláusulas de su testamento, que hemos leido, señala durante veinticinco años la suma de treinta pesos al mes para misas en sufragio del alma de Ovillitos.

DOS MILLONES.

El 16 de Julio de 1826 fué dia de gran ajitacion en Lima y el Callao. Por todas partes se encontraban grupos en animada charla. No era en verdad un cataclismo ni un gran acontecimiento político lo que motivaba esta excitacion, sino la noticia de haber desaparecido del fondeadero el bergantin inglés *Peruvian* cargado de dos millones de pesos en oro, barras de plata y moneda sellada.

El buque debia zarpar en ese dia para Europa; pero su capitan habia ido la víspera á Lima para recibir las últimas instrucciones de sus armadores, permitiendo tambien á varios de los tripulantes que pasasen la noche en tierra. En el *Peruvian* se encontraban solo el piloto y seis marineros, cuando á las dos de la madrugada fué abordado por una lancha con trece hombres, los que procedieron con tal cautela y rapidéz, que la ronda del resguardo no pudo apercibirse de lo que acontecía. Inmediatamente levaron ancla y el *Peruvian* se hizo á la vela.

A las tres de la tarde un bote del *Peruvian* llegó al Callao conduciendo al piloto y sus seis marineros, puestos en libertad por los piratas.

La historia del audaz gefe de esta empresa y el éxito del tesoro que contenia el *Peruvian* es lo que hoy nos proponemos narrar rápidamente, remitiendo al lector que anhele mayor cópia de datos á la obra del capitan Lafond, titulada *Voyages dans les Ameriques.*

I

Por los años de 1817 un jóven escocés, de aire bravo y simpático, se presentó á las autoridades de Valparaiso,

solicitando un puesto en la marina de Chile, y comprobando que habia servido como aspirante en la armada real de Inglaterra. Destinado de oficial en uno de los buques, el jóven Robertson se distinguió en breve por su pericia en la maniobra y su coraje en los combates. El esforzado Guisse, que mandaba el bergantin *Galvarino*, pidió á Robertson para su primer teniente.

Era Robertson valiente hasta el heroismo, de mediana estatura, rojizos cabellos y penetrante mirada. Su carácter fogoso y apasionado lo arrastraba á ser feroz. Por eso, en 1822, cuando, al mando de un bergantin chileno tomó prisioneros setenta hombres de la banda realista de Benavidez, los hizo colgar de las ramas de los árboles.

No es este artículo á propósito para estendernos en la gloriosa historia de las hazañas navales que Cochrane y Guisse realizaron contra la formidable escuadra española.

En el encuentro de Quilca, entre la «Quintanilla» y el «Congreso,» Robertson, que habia cambiado la escarapela chilena por la del Perú, y que á la sazon tenia el grado de capitan de fragata, fué el segundo comandante del bergantin que mandaba el valiente Young.

En el famoso sitio del Callao, cuyas fortalezas eran defendidas por el general español Rodil, quien se sostuvo en ellas trece meses y medio despues de la batalla de Ayacucho, cupo á Robertson ejecutar muy distinguidas acciones. Todo le hacia esperar un espléndido porvenir y acaso habria alcanzado el alto rango de almirante si el diablo, en forma de una linda limeña, no se hubiera encargado de perderlo.

Teresa Mendez era, en 1826, una preciosa jóven de veintiun años, de ojos grandes, negros y decidores, labios de fuego, brevísima cintura, hechicero donaire, todas las gracias, en fin, y perfecciones que han hecho proverbial la belleza de las limeñas. Parece que me esplico, picarillas, y que soy lo que se llama un cronista galante.

Viuda de un rico español, se habia despertado en ella la fiebre del lujo, y su casa se convirtió en el centro de

la juventud elegante. Teresa Mendez hacia y deshacia la moda.

Su felicidad consistia en tiranizar á los cautivos que suspiraban presos en el Argel de sus encantos. Jamás pudo amartelado galan vanagloriarse de haber merecido de ella uno de esos favores que revelan predileccion por un hombre. Teresa era una mezcla de ángel y demonio, una de aquellas mujeres que nacieron para ejercer un autocrático despotismo sobre los que las rodean; en una palabra, pertenecia al número de aquellos seres sin corazon que Dios echó al mundo para infierno y condenacion de los hombres.

Robertson conoció á Teresa Mendez en la procesion del Corpus y desde ese dia el arrogante marino la echó bandera de parlamento, se puso al habla con ella y se declaró buena presa de la encantadora limeña. Ella empleó para con el nuevo adorador la misma táctica que para con los otros, y un dia en que Robertson quiso pecar de exijente, obtuvo de los lábios de cereza de la jóven este categórico ultimatum:

—Pierde usted su tiempo, comandante. Yo no perteneceré sino al hombre que sea grande por su fortuna ó por su posicion, aunque su grandeza sea hija del crímen. Viuda de un coronel no acepto á un simple comandante.

Robertson se retiró despechado y en su exaltacion confió á varios de sus camaradas el éxito de sus amores.

Pocas noches despues tomaba té en casa del capitan de puerto del Callao en union de otros marinos y, como la conversacion rodase sobre la desdeñosa limeña, uno de los oficiales dijo en tono de chanza:

—Desde que la guerra con los *chapetones* ha concluido, no hay esperanza de que el comandante logre enarbolar la insignia del almirantazgo. En cuanto á hacer fortuna, la ocasion se le viene á la mano. Dos millones de pesos hay á bordo de un bergantin.

Robertson pareció no dar importancia á la broma, y se limitó á preguntar:

—Teniente Vieyra, ¿cómo dice usted que se llama ese barco que tiene millones por lastre?

—El *Peruvian*, bergantin inglés.

—Pues poca plata es, porque mas vale Teresa, repuso el comandante y dió sesgo distinto á la conversacion.

Tres horas despues Robertson era dueño del tesoro embarcado en el *Peruvian*.

II

Al salir de la casa del capitan de puerto, Robertson se habia dirijido á una posada de marineros y escojido entre ellos doce hombres resueltos y que le eran personalmente conocidos, por haberlos manejado á bordo del *Galvarino* y del *Congreso*.

Realizado el abordaje, pensó el pirata que no le convenia hacer partícipes á tantos cómplices de los millones robados, y resolvió no detenerse en la senda del crímen á fin de eliminarlos. Asoció á su plan á dos irlandeses, Jorje y Guillermo, é hizo rumbo á Oceanía.

En la primera isla que encontraron, desembarcó con algunos marineros, se encenagó con ellos en los desórdenes de un lupanar, y ya avanzada la noche regresó con todos á bordo. El vino habia producido su efecto en esos desventurados. El capitan los dejó durmiendo en la chalupa, levó ancla y, cuando el bergantin se hallaba á treinta millas de la costa, cortó la amarra, abandonando seis hombres en pleno y embravecido oceano.

Ademas de los dos irlandeses solo habia perdonado por el momento á cuatro de los tripulantes que le eran precisos para la maniobra.

Entonces desembarcó y enterró el tesoro en la desierta isla de Agrigan, y con solo treinta mil pesos en oro, se dirijió en el *Peruvian* á las islas de Sandwich.

En esta travesía una noche dió á beber un narcótico á los marineros, los encerró en la bodega y barrenó el buque. Al dia siguiente, en un bote arribaron á la isla de

Wahou, Robertson, Guillermo y Jorge, contando que el buque habia zozobrado.

La Providencia lo habia dispuesto de otro modo. El *Peruvian* tardó mucho tiempo en sumerjirse y, encontrado por un buque ballenero, fué salvado uno de los cuatro tripulantes; pues sus compañeros habian sucumbido á la hambre y la sed.

De Wahou pasaron los tres piratas á Rio Janeiro. En esta ciudad desapareció para siempre el irlandés Jorge, víctima de un nuevo crímen de sus compañeros.

Despues de peregrinar por Sidney pasaron á Hobartoun, capital de Van-Diemen. Allí propusieron á un viejo inglés llamado Thompson, patron de una goletilla pescadora, que los condujese á las islas Marianas. La goleta no tenia mas que dos muchachos de tripulacion y Thompson aceptó al fin la propuesta.

El viaje fué largo y sembrado de peligros. El calor era excesivo y los cinco habitantes de la goleta dormian sobre el puente. Una noche, despues de haberse embriagado todos, ménos Robertson á quien tocaba la guardia, cayó Guillermo al mar. El viejo Thompson despertó á los desesperados gritos que éste daba. Robertson finjió esforzarse para socorrerlo; pero la oscuridad, la corriente y la carencia de bote, hicieron imposible todo auxilio.

Robertson quedaba sin cómplice; mas le eran indispensables los servicios de Thompson. No le fué dificil inventar una fábula revelando á medias su secreto al rudo patron de la goleta y ofreciéndole una parte del tesoro.

Al tocar en la isla Tinian para procurarse víveres, el capitan de una fragata española visitó la goleta. Súpolo Robertson al regresar de tierra y receló que el viejo hubiese hablado mas de lo preciso. Apenas se desprendia de la rada la embarcacion cuando Robertson, olvidando su habitual prudencia, se lanzó sobre el viejo patron y lo arrojó al agua.

Robertson ignoraba que se las habia con un lobo marino, excelente nadador.

Pocos dias despues la fragata española, á cuyo bordo iba el viejo Thompson, descubria á la goleta oculta en una ensenada de Saipan.

Preso Robertson, nada pudo alcanzarse de él con sagacidad y el capitan español dispuso entonces que fuese azotado sobre cubierta.

Eran trascurridos cerca de dos años y las gacetas todas de Europa habian anunciado la desaparicion del *Peruvian*, acusando al comandante Robertson. El marinero milagrosamente salvado en Wahou, habia tambien hecho una estensa declaracion. Los armadores ingleses y el almirantazgo ofrecian buena recompensa al que capturase al pirata. El crímen del aventurero escocés habia producido gran ruido é indignacion.

Cuando iba á ser flajelado, pareció Robertson mostrarse mas razonable. Convino en conducir á sus guardianes al sitio en donde tenia enterrados los dos millones; pero, al poner el pié en la borda del bote, se arrepintió de su debilidad y se dejó caer al fondo del mar, llevándose consigo su secreto.

III

Una noticia importante, por via de conclusion, para los que aspiren á salir de pobres.

La isla de Agrigan en las Marianas, está situada en la latitud Norte 19° O', lonjitud al Este del meridiano de Paris 142° O'.

Dos millones no son para despreciados.

Con que así, lectores mios, buen ánimo, fé en Dios y á las Marianas sin mas equipaje.

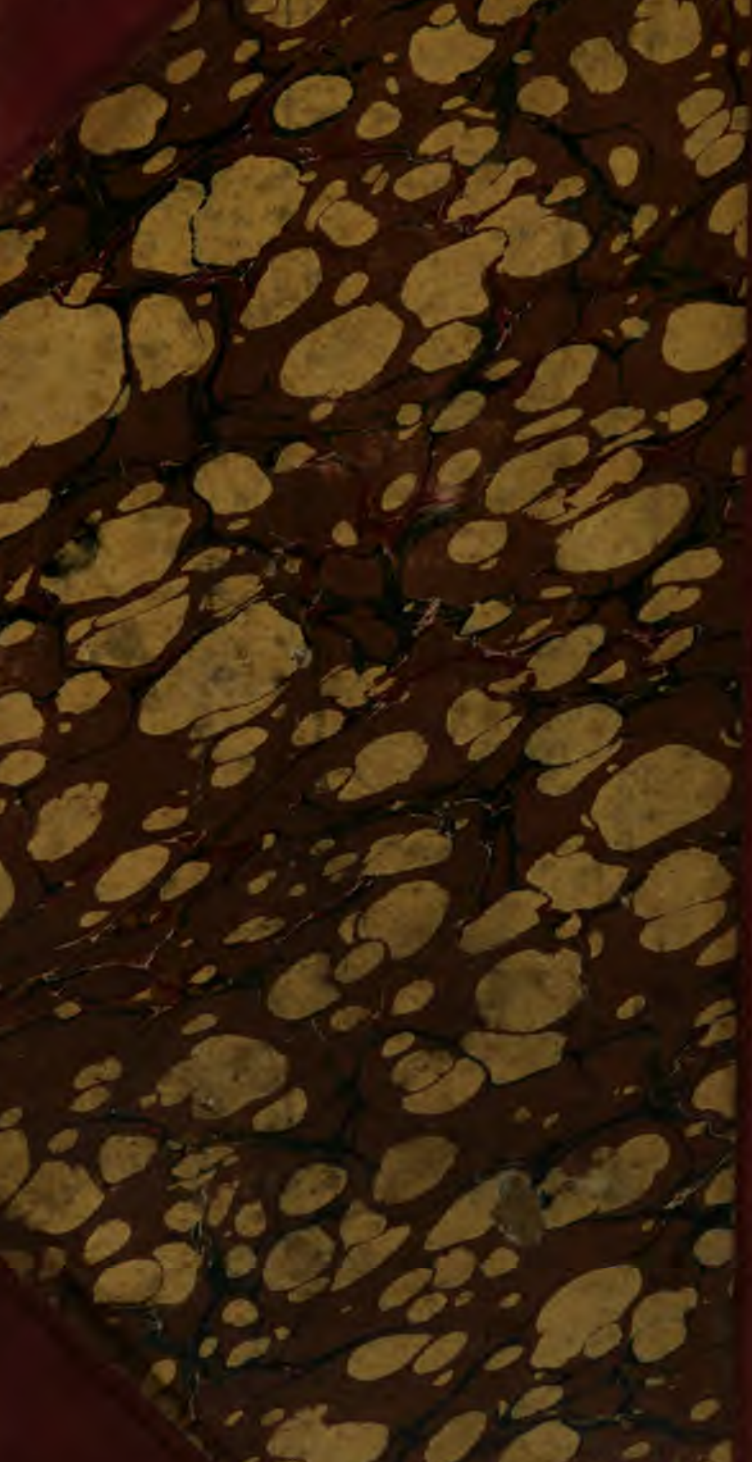
ERRATA NOTABLE—En pájina 138 línea 2ª donde dice:—despues de *leer*, para mejor estimar los conceptos —debe sustituirse:— despues de *reeler* &a.

INDICE.

PAGINAS.

Prólogo..... III
Carta-tónico-biliosa..... XVII

TRADICIONES.

Los Conquistadores..... 3
Los Caballeros de la capa..... 27
Las orejas del Alcalde..... 43
El pejc-chico..... 51
La monja de la llave..... 61
Las querellas de Santo Toribio..... 67
Los malditos..... 77
Los duendes del Cuzco..... 85
Iglesia me llamo..... 93
Los azulejos de San Francisco..... 99
De potencia á potencia..... 105
Los polvos de la Condesa..... 111
El encapuchado..... 116
La desolacion de Castrovireina..... 123
El justicia mayor de Laycacota..... 129
Racimo de horca..... 137
Amor de madre..... 143
La fundacion de Santa Liberata..... 151
Muerta en vida..... 157
Pepe Bandos..... 163
Lucas el sacrílego..... 171
Rudamente, pulidamente, mañosamente..... 177
El Corregidor de Tinta..... 185
A la cárcel todo Cristo!..... 191
Nadie se muere hasta que Dios quiere..... 197
Dos millones..... 203

TAYLOR INSTITUTION
DOMI MINA
NUS TIO
ILLU MEA